
SALTA
CONMIGO
PEPA GUERRERO

© Pepa Guerrero

Corrección: Raquel Rodríguez.

Cubierta y diseño: CANVA - Pepa Guerrero.

Imagen de Aberrant Realities en Pixabay

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Salta Conmigo

Pepa Guerrero

ATENCIÓN: Se recomienda cautela.

Esta obra es puramente ficticia, creada por la autora a partir de su imaginación. Contiene escenas que son particularmente intensas y pueden resultar difíciles de leer para algunas personas. Por tanto, se aconseja precaución al adentrarse en el contenido de esta historia.

Para todas esas almas extraordinarias que deciden
sumergirse en las páginas de mis historias.
Gracias por elegirme.

1
Abril

Mis primeros años de vida transcurrieron en una estrecha calle del centro de Madrid, muy cercana a la plaza de Jacinto Benavente. Por aquel entonces, dicha plaza era un elegante lugar de paso, con una reposada elegancia que nada tenía que ver con ese punto de distracción y bullicio por el que empezaba a destacar cuando nos mudamos de allí.

Por aquellos días, mi mundo giraba felizmente alrededor de la segura e imperecedera presencia de mis padres, de la tía Ágata, una tía de mi padre que siempre que nos visitaba me agasajaba con pequeñas fruslerías, y de la inmaterial presencia de los seres que formaban mi mundo de fantasía, donde la magia, las hadas y todo tipo de criaturas fabulosas se fundían con mi realidad y la idealizaban para crear un universo propio en el que todo se volvía más bonito todavía.

Pero mi madre era la más sólida de todas esas figuras. Era guapísima. Toda la gente mayor lo comentaba y yo veía cómo se giraban al verla pasar. A mí me encantaba ser su hija y, con un desaforado orgullo infantil, me agarraba a su mano para que todo el mundo lo supiera. Me gustaba tanto como verla reír o que me llevara a comprar hilos y telas, o que por las noches me arropara después de bajar la persiana, sin llegar al tope para que entrara la luz.

—Así a tooodos tus amigos —decía refiriéndose a los seres etéreos que poblaban mi imaginación, y me daba un golpecito en la frente con el dedo mientras yo veía que esa luz enmarcaba su silueta— no les asustará la oscuridad. —Después me tapaba antes de besarme.

Ella era modista. Tenía su propio taller de corte y confección en el bajo de la casa de la estrecha calle en la que vivíamos. No era muy grande, o quizá sí; lo cierto es que estaba atiborrado de rollos de telas, colocados por estampados, colores y géneros en una estantería que cubría de arriba abajo toda una pared. La de enfrente tenía un mueble de madera lleno de cajones de distintos tamaños y, en el centro de la estancia, la enorme mesa, donde comenzaba la magia. Allí dibujaba y cortaba los patrones con los que transformaba todas esas telas en abrigos, trajes y vestidos, trabajaba durante horas y se dejaba la vista, como tantas otras con su misma profesión, en cada uno de los encargos.

Pero lo más admirable de todo era un maravilloso biombo oriental dispuesto en un rincón, tras el que las clientas se desvestían para probarse la ropa. Era de seis hojas, en madera lacada. Yo adoraba ese biombo; podía pasarme horas mirando los delicados dibujos de flores y animales en dorado y blanco, que resaltaban sobre el brillante y negro fondo de sus dos caras. Creaba historias con la detallada decoración oriental, que incluso tenía alguna que otra incrustación de madreperla y marfil. Saber que había llegado a la familia de mi padre, mucho antes de que él naciera, en barco desde un puerto de la India, en la Costa de Coromandel, aunque era originario de China, acrecentaba mi fantasía.

Como veis, mis días transcurrían en la calma de un entorno feliz, a pesar de que mi padre pasaba poco tiempo en casa, pero cuando lo hacía era como las Navidades, como el día de Reyes, como las tiendas de dulces y los carruseles de las ferias. Como el zoo, con las jirafas y los elefantes, y

como las galletas y las tostadas de mantequilla con azúcar. Recuerdo que me iba a buscar al colegio incluso antes de pasar por casa y juntos sorprendíamos a mamá.

—Enséñame tu sonrisa, que quiero que cubra el vacío de estos días.

Ese era siempre el saludo para mamá. Entonces ella le sonreía como nunca he visto hacerlo a nadie. Todavía hoy me resulta difícil describir cómo era ese simple gesto, que el brillo de sus ojos completaba; lo que estos irradiaban no se puede poner con palabras.

Su llegada venía repleta de excursiones, paseos y sorpresas. Daba igual qué día de la semana fuera. Podíamos ir al Retiro. Entonces, desde mi altura, miraba hacia arriba feliz, muy consciente de esa magia que los rodeaba cuando estaban juntos, mientras paseaba agarrada a sus manos. A veces montábamos en una de las barcas del lago. Papá remaba a la vez que contaba historias de piratas. Me encantaba escuchar su voz y las risas de mamá mientras narraba las aventuras. También jugábamos a ver quién veía más carpas. En otras ocasiones íbamos a merendar al café de La Suiza. Chocolate con churros si hacía frío y, en los días de calor, la especialidad de la casa: su deliciosa leche merengada. No había parque con columpios al que no me llevaran ni charco que no pisáramos si llovía. Irrumpía en lo ordinario de nuestros días y los iluminaba, pero nunca más de dos o tres. Entonces se volvía a marchar. Lo hacía siempre cuando yo dormía. Pero sé que papá le decía a mamá:

—Enséñame tu sonrisa, que me lleve mi imagen favorita.

Y mamá volvía a la costura, a tomar medidas, a cortar, hilvanar... Sus dedos eran ágiles y tenía buena mano, por eso nunca le faltó trabajo.

Por las tardes, al salir del colegio, me sentaba junto a ella. Con los retales que desechaba, que no eran muchos, porque se aprovechaba todo al máximo, hacía mis propias creaciones, mientras mi madre seguía a lo suyo, como si no me viera. Pero yo la miraba de reojo de vez en cuando y veía que elevaba la comisura de los labios para formar una sonrisa.

No penséis que mis creaciones eran vestidos para las muñecas, no. Eran bolsos y tocados. No solo utilizaba los retales, les añadía todo tipo de cosas que me sirvieran para decorar, como plumas de pájaro o pequeñas piedrecillas que encontraba por la calle. Pero lo mejor de todo eran los lazos, los abalorios y las cuentas de collar que la tía Ágata me regalaba. Su aspecto y su nombre estimulaban mi imaginación. Fantaseaba con que era una bruja, pero buena; si no, no me regalaba todos esos tesoros; e imaginaba que, cuando venía a visitarnos, lo hacía volando sobre una escoba.

Así era mi vida. Una buena infancia. No la recordaba de otra manera. Era feliz, ¿qué más podía pedir?

2
Héctor

¿Qué gesto o tipo de suerte decide el instante en el que elegimos a ese ser que, como una sirena, te atrae con su dulce canto y se convierte en el único para siempre? Aunque resulte difícil averiguar el mecanismo que lo activa, yo lo supe. Fue el esplendor de su alma.

Nunca había visto nada tan dotado de hermosura. Era una preciosidad. Radiante y muy dulce, con una gracia y una desenvoltura natural tan fascinantes y atrayentes que dibujó un camino directo a mi corazón.

Mi padre era diplomático, estábamos de viaje y aquel día tenía una cena importante. El vestido que mi madre se iba a poner necesitaba un arreglo de emergencia. La nana, que viajaba siempre con nosotros, fue la encargada de llevar el vestido a la modista. Yo la acompañé. Recuerdo que era una tarde de verano, de esas en las que el calor funde hasta el último resquicio de voluntad. El cielo estaba gris y pesaba como si fuera plomo. «A ver si descarga y refresca», era el comentario general.

Al traspasar la puerta de entrada, unas botas de agua, en espera de esa lluvia, llamaron mi atención por su llamativo color amarillo; las hacían refulgir como un faro en la oscuridad del zaguán. Por su tamaño deduje que eran de alguien más o menos de mi edad.

A continuación, entramos en una sala, donde una maraña de retales, hilos y rollos de telas coloreaban lo que para mí era una vivienda minúscula, acostumbrado como estaba a estancias grandes y luminosas con aroma de flores. Esta desprendía un olor muy peculiar que no supe identificar. Ahora sé que era consecuencia de los distintos tipos de géneros.

Una mesa alargada ocupaba el centro del taller. Sobre ella, una pieza de tela a medio cortar, patrones, un metro, tizas y alfileres con la cabeza de colores variados que se me antojaron como pequeñas espadas. Mientras la nana y la modista hablaban y yo buscaba la manera de que me permitieran tocar las llamativas agujas, un aroma casi infantil, como a polvo de talco con un toque dulce a golosina, se apoderó del lugar.

Precedida por la agradable fragancia de su naturaleza, apareció una hermosa criatura, como un hada de cuento, andando de puntillas, con pasos de bailarina, y revoloteando entre los distintos obstáculos de la habitación con unas alas de mariposa hechas de alambre y tul, evidentemente confeccionadas por su madre, prendidas en la espalda. La melena, castaña cobriza, ondeaba tras ella con unos simpáticos ricitos en las puntas. Más tarde me diría que sus bucles eran herencia de su padre.

La habitación que antes se me antojaba insignificante, de repente se llenó de luz. Ella era preciosa. Su nariz, pequeña y respingona; la boca, carnosa y, rodeados por largas y espesas pestañas, los ojos… extraordinarios. Cuántas noches he soñado después con aquellos ojos negros, grandes y brillantes.

—Hola, ¿cómo te llamas?

Cuando habló, algo me tembló por dentro. El dulce sonido de su voz me pareció una maravilla más. Era como sirope. Embelesado como estaba, no me salieron las palabras.

—Yo me llamo Abril; bueno, en realidad, Abril Catalina, pero todos me llaman Abril.

Avergonzado, fui incapaz de mirarla directamente a los ojos. Me centré en el movimiento de sus labios y de la lengua mientras hablaba. Dibujé también la graciosa silueta de su nariz, que, al llegar a la punta, terminaba con una ligera y encantadora curvita hacia arriba que le otorgaba, todavía más, el aspecto de un ser mágico.

—Mi padre me quería haber llamado solo Abril, porque dice que suena a vida, además de ser alegre y mágico, y porque fui tan deseada como la primavera después de un duro invierno —exclamó esbozando una sonrisa que le iluminaba los ojos—, pero, cuando me iban a bautizar, el cura se negó porque decía que era el cuarto mes del año y no un nombre —articuló las últimas cuatro palabras frunciendo los labios deliciosamente para emitir algo parecido a una voz de hombre—. Entonces mi padre le dijo que me pondría el nombre de su madre, la madre del cura —puntualizó con un movimiento de cabeza que hizo que sus rizos bailaran—, que resultó ser Catalina, si aceptaba ponerme Abril también. Si no era así, no me bautizaría. Mi padre estaba seguro de que así aceptaría. —Ahora su sonrisa era como el arcoíris—. Y aceptó —exclamó elevando los hombros—, pero todos me llaman solo Abril.

La confusión que me generaba su naturalidad me tenía pasmado. Pensé que esa espontaneidad se debía a que tenía un padre que mostraba abiertamente el inmenso cariño que sentía por su hija, no como el mío. No pongo en duda que no me quisiera, pero fomentaba con autoridad la disciplina en la educación y no había espacio para esas muestras de cariño. Con el tiempo comprendí que repetía el comportamiento que había visto de pequeño. Menos mal que los abrazos, los besos y las risas de mi madre compensaban esa rigidez.

—Entonces ¿cómo te llamas?

—Héctor —logré decir.

—Héctor. —Mi nombre en su boca sonaba distinto—. Nunca lo había oído, es muy bonito.

—Es el nombre de un príncipe Troyano —murmuré con decisión.

—¡Un príncipe! —exclamó fantaseando mientras recorría mi rostro con sus enormes y preciosos ojos negros—. ¡Por eso tienes un beso de hada! —dijo maravillada al señalar la mancha que tengo en el cuello, un poco más abajo de la oreja. Era el típico antojo por el que sentía cierta aversión. Cuando me lavaba, lo frotaba y frotaba con la intención de que desapareciera. A partir de ese día dejé de hacerlo.

Contuve el aliento cuando elevó el delgado brazo con delicadeza, como una bailarina de *ballet*, para tocar esa parte de mí que tanto me disgustaba. El roce de sus dedos, casi casual, fue como el aleteo de una mariposa, que agitó con un ligero temblor un camino de cosquillas sobre mi piel.

—¿Crees que, si pongo los labios sobre tu beso de hada, absorberé su magia y podré dar besos de hada? —Me miró con ojos soñadores, dispuestos a creer, mientras pestañeaba lentamente.

Sentí un hormigueo en el estómago, sobre todo cuando atrapó el labio inferior entre los dientes. Me sorprendí tanto que no me di cuenta de que tenía la boca abierta, hasta que tragué saliva antes de responder vacilante.

—No lo sé.

Con una capacidad de premonición que jamás he vuelto a experimentar, cuando frunció los labios de esa forma tan deliciosa para acercarlos a mi aborrecida mancha, supe que iba a pasar algo que quedaría grabado para siempre en mi memoria.

Tardó un rato en posarlos, o eso me pareció a mí, y cuando por fin lo hizo, la cálida sensación fue como el estallido del maíz, cuando la corteza no aguanta más la presión del calor y el contenido queda expuesto al eclosionar en forma de palomita. Hasta creí oír el característico golpeteo que produce al reventar, sin saber que en realidad era mi corazón desbocado.

No tuvo prisa en alejarse. Recuerdo que las orejas me ardían, consciente de las partes de su rostro que presionaban mi joven carne: la punta de la nariz, la barbilla, los labios. Una nueva e indescriptible emoción recorría mis venas. Fui consciente de que mi vida ya no sería igual. Cuando ella se apartó, movía los labios de la misma forma que lo hacía mi madre cuando se los pintaba, solo que en ella resultaba adorable.

Sin más, se acercó de nuevo a mi cuello, pero esta vez en el lado opuesto de la mancha, y, cerrando los ojos, presionó los labios sobre la delicada piel. Un estallido nuevo. La adrenalina fluía por mis brazos y mis piernas. Intuí que mi cuerpo ya no volvería a ser el de siempre. Sabía que quería algo, pero desconocía exactamente qué. Inquieto por ello, moví el cuello ligeramente. Sus labios se desplazaron. El roce fue delicioso. La sentí, la olí. Entonces lo supe, quería fundirme dentro de ella. Fue la primera vez que experimenté esa encendida sensación que entonces no llegué a comprender, pero que me gustó muchísimo.

Cuando se apartó, nos miramos con las mejillas encendidas. ¿Habría sentido también ese algo… electrizante?

Obnubilado por tal efervescencia, casi no la oí preguntar, con la mirada fija en el punto donde había posado los labios:

—¿Has sentido los chispazos?

Emocionado, tragué saliva. ¡Ella también lo había notado! Con renovada fascinación, observé su lengua rodando entre los labios mientras me hipnotizaba la melódica sinuosidad de su voz. Logré salir de mi neblina de ofuscación en la última frase.

—Al parecer, no es suficiente para dejar marca.

Nos miramos. Como si ella fuera consciente de mi repentina incapacidad para razonar con claridad, elevó la comisura de los labios y rompió a reír. Su risa era contagiosa y sincera y yo volé y planeé entre las nubes. Con la certeza de que ella sería importante para mí, yo también reí feliz.

Después hablamos y hablamos de nuestras cosas de chiquillos. Cuando ella lo hacía, yo la escuchaba absorto y, maravillado, la veía gesticular, de manera inconsciente, con graciosos movimientos que le salían de forma natural, con los que daba énfasis a su mundo de fantasía. Pero los que de verdad atrapaban mi mirada eran sus ojos; con ellos te invitaba a colarte en su fantástico universo.

De golpe, ese ruido espantoso que siempre conseguía que mi aliento quedara atrapado en el pecho y que, por asociación, evocaba en mi imaginación el rugido de una bestia abismal provocó que Abril saltara de su asiento y corriera hacia la ventana. En otro momento ese ruido me habría llevado a poner música a todo volumen para ignorar la estruendosa tormenta que empezaba a desarrollarse. Pero, echándomelas de valiente, la seguí, aunque sin librarme de esa conocida inquietud que reverberaba en mi cuerpo. Miré y, como siempre en estas circunstancias, solo vi olas de nubes furiosas y amenazantes. Otro trueno. ¡Maldita tormenta eléctrica! Milagrosamente, pude reprimir dar un pequeño bote. Comenzó a caer una fuerte lluvia. Entonces la miré, pero ella no apartaba los ojos del emborrado panorama. ¿Era posible que sus ojos parecieran más grandes y brillantes?

—¡Lluvia! —exclamó con un entusiasmo que no logré entender; por eso no supe qué contestar. Para mí la lluvia era una molestia. Mojaba, ensuciaba y, si te descuidabas, acababas resfriado—. ¡Me encanta la lluvia! —continuó ella sin esperar respuesta—. Me gusta el ruido del golpeteo, sentirla en la cara, perseguir las gotas en una ventana. —Mientras hablaba, seguía con un dedo el rastro de los churretes que formaba el agua al estrellarse sin orden contra el cristal—. Son como pequeños caminos, pero, sobre todo —empañó el cristal con el vaho de su aliento y dibujó una carita sonriente—, me gusta saltar sobre los diminutos océanos que se forman.

—¿Diminutos océanos?

—Los charcos —reveló mientras corría hacia la puerta.

Cuando quise reaccionar para seguirla, apareció con las botas amarillas que había visto en la entrada.

—Sígueme.

Me ofreció la mano para que se la agarrara. Mi estómago convulsionó de manera deliciosa al aferrarme a ella. Por un momento, disfruté de la calidez de su pequeña extremidad antes de entrelazar los dedos y, cuando lo hice, me dije que la seguiría a cualquier parte, a pesar del pánico que me daban las tormentas.

Nos deslizamos con sigilo hasta llegar frente a una puerta. Al abrirla, el viento la arrastró y dejó oír el crepitar de la lluvia. A través de la cortina de agua, distinguí cuerdas vacías en las que tender la ropa y varias macetas rebosantes de agua. Deduje que era un patio interior.

—Saltar sobre los charcos es lo más divertido del mundo —dijo con una sonrisa pícara adentrándose bajo la lluvia, que empezaba a amainar.

Corrió hacia el charco más grande y se colocó en el centro. Levantó la cara hacia el cielo, cerró los ojos y dejó que el agua le bañara el rostro. Entonces vi por primera vez el efecto del placer embriagador. Sobre su rostro bailaban las gotas de lluvia como una fusión de poesía y naturaleza, centelleaban en su piel sin mácula como si fueran pequeños diamantes. Yo me limité a contemplar, incrédulo, su belleza. No podía dejar de mirarla. Envidié a esas brillantes y cristalinas gotas que se deslizaban sin prisa sobre su fresca y tersa piel. Ansié también delinear con los dedos los surcos de cada una de sus sonrisas, como había hecho ella con las gotas de lluvia en el cristal. Deseé estar en sus pensamientos y disfrutar de… no sé… Había algo más que no entendía. Entonces tomó impulso para elevarse y caer en el mismo lugar, una y otra vez, chapoteando, sin importarle mojarse o ensuciarse, a la par que se le escapaban risas llenas de diversión. La risa le salía del alma. Inocente, desbordante, y provocó que me sumara a ella. En aquel momento no fui consciente de que se clavaría en mi alma para siempre.

Su alegría era tan contagiosa que, aunque jamás hubiera entrado en mis planes saltar en los charcos, salpicar y remojarme hasta pillar un resfriado, no lo dudé cuando levantó un brazo y dijo:

—Ven, salta conmigo.

Movió los dedos para que fuera hacia ella, que, con las mejillas sonrosadas por la emoción, me invitaba a transgredir las normas más elementales de mi existencia, con una sonrisa traviesa, de esas que muestran los niños cuando solo quieren divertirse. Y me uní a ella. Saltamos, brincamos y nos perseguimos por todos los charcos, que agitamos con los pies y chapoteamos repetidas veces armando un gran alboroto. El ruido del agua nos ofrecía la banda sonora de nuestro alegre retozar. Nunca me había movido tan alegremente y sin trabas, ni me había sentido tan espontáneo y vital.

¿Por qué nunca me había gustado la lluvia? ¿Por qué siempre me cobijaba bajo un paraguas y corría para no mojarme? ¿Era porque de verdad no quería mojarme o porque es lo que se supone que hay que hacer? Por unos instantes, la corriente de mis pensamientos me llevó a reflexionar sobre ello. ¿De verdad no me gustaba la lluvia?

Nunca me habían atraído las tormentas y, muchísimo menos, esa sensación abrumadora de que podía pasar algo terrible. Tampoco me gustaba estar solo cuando los rayos y truenos fulminaban el cielo sobre mi cabeza. Odiaba los relámpagos y los truenos, tanto como los escalofríos que me provocaban. Supuse que por eso rechazaba la lluvia.

Influenciado por esas particularidades, jamás habría imaginado que, a partir de ese día, la lluvia pasaría a ser un fenómeno hermoso. Que el cielo gris sería un admirable suceso natural. Que el sonido de la lluvia pasaría a ser reconfortante a la vez que evocador. Que el olor a tierra mojada sería como un recordatorio de ese día por su inolvidable fragancia a pura vida, como Abril, y que nunca me abandonaría.

En un momento dado de nuestro brincar, nos cogimos de las manos y, juntando la punta de las botas con mis zapatos, comenzamos a dar vueltas, giramos sobre el eje del calzado con la mirada fija en los ojos del otro. Como un molino, dimos vueltas y vueltas riendo sin cesar hasta que, tambaleantes, paramos mareados.

Ninguno de los dos fuimos conscientes del tiempo que había transcurrido. La tormenta que caminaba por delante de la lluvia hacía rato que había dejado de retumbar y de la lluvia solo quedaba el expectorante perfume que emana del moho de las plantas y hojarascas, del suave y dulce aroma a piedra, a pedruscos, a rollos, guijarros y adoquines mojados; un olor que permanece suspendido en el aire después de caer sobre la tierra y que es transportado por el viento.

Estábamos tan empapados que casi podíamos croar.

—¡Héctor! —exclamó la nana con incredulidad—, pero ¡¿qué haces?! —El enfado eliminó su tono incrédulo al increparme—. ¡Es que te has vuelto loco!

Conteniendo la respiración, me acerqué a ella con cara de cordero degollado. Sentí en la nuca el cosquilleo del frescor dejado por la lluvia. No sé cómo, pero descendió hasta el estómago y se transformó en algo que no supe identificar. Después, por el rabillo del ojo, vi que movía la boca, aunque no escuchaba lo que decía porque mi atención estaba en Abril, que se mordía con disimulo el labio inferior. Entonces me di cuenta de que no había reparado en que era ligeramente más grueso que el superior. Su preciosa melena chorreaba y, aun así, dibujaba los graciosos ricitos de sus puntas. Sonreírnos fue un acto reflejo. Con ella, las cosas parecían fluir de otra manera y todo resultaba más sencillo. Nos mantuvimos la mirada, hasta que rompió a reír. Era tan magnética que, inevitablemente, yo la secundé y escandalicé a la nana. Dios, cuánto me encantó hacerlo. Entonces lo supe: ese cosquilleo que antes no logré identificar en el estómago era la pérdida de esa inseguridad que me había acompañado desde siempre.

La madre mostró una disimulada sonrisa cuando le ofreció a la nana unas toallas. Con la mala disposición que le habían ocasionado mis actos, me frotó con vigorosa energía, irritando mi piel de una manera alarmante, mientras exhalaba su enfado por la mala elección de mis actos y las futuras consecuencias. Sabía que después del rapapolvo de la nana, cuando llegase al hotel, la reprimenda de mis padres sería más severa, pero, por primera vez, no tuve miedo.

—Cariño, no deberías haber alentado a tu amiguito a jugar bajo la lluvia —le dijo su madre con una tenue sonrisa a la vez que, con delicadeza, quitaba la humedad de su pelo con otra toalla.

—Pero, mami —protestó con ese dulce sonido de su voz—, nos hemos divertido muchísimo.

—Mi pequeña —murmuró con ternura—, no todo el mundo entiende que eres lo que tu nombre evoca, que todo lo bueno y hermoso deriva del abril de la vida. —Le cogió un mechón de pelo que se había soltado y, antes de unirlo al resto, jugueteó con él entre los dedos mientras musitaba pensativa—. Ojalá que se dilate a lo largo de la tuya para que sea tan plena y feliz como lo eres ahora.

La criatura, atenta a las palabras de su madre, escuchaba con detenimiento. Tras sacar sus propias conclusiones, debió de considerar que no tenía que ver con lo que en ese momento era importante para ella.

—Pero, mami, ¿qué tiene de malo mojarse? —preguntó frunciendo la naricilla. Su madre le quitaba las alas que llevaba a la espalda.

—Está empapado hasta que llegue a casa y corre el riesgo de enfriarse —argumentó señalándome con un movimiento de cabeza.

Yo quise decirle que a mí no me importaba; que, si me resfriaba, había merecido la pena y ya lo sortearía con medicinas o quedándome en la cama, o tomando sopa caliente, o como fuera.

—Vaaale —replicó mi criatura con un adorable rictus.

Intuí que, aunque la mujer enumerara una a una todas las molestias, estas nunca iban a sobreponerse a la pasión de su hija por los charcos. Supongo que por eso musitó en plan conspiratorio:

—También está lo otro.

—¿Qué otro? —preguntó ella abriendo los ojos de par en par.

—Te lo digo si guardas el secreto.

Sus ojos no podían estar ni más grandes ni más brillantes cuando respondió afirmativamente. Adoré la dulce benevolencia de esa mujer que, con una sonrisa, manifestaba todo su afecto.

—Hay ciertos adultos que han perdido al niño que llevan dentro, así que mojarse hasta las orejas es como romper una norma de mayores.

—Ahhh —soltó encantada.

Entonces me miró. Supongo que no ofrecía muy buena imagen, con la nana frotando y frotando sin piedad y sermoneándome con enfado.

—Pero Héctor no es mayor —manifestó.

—Pero su nana sí y su papá y su mamá también.

—¿Qué es una nana?

—Una señora que ayuda a una mamá a cuidar de sus hijos.

—¿Esa señora es una nana? —preguntó curiosa.

—Sí.

—¿Es que su mamá no sabe cuidarlo?

—Sí sabe, pero tiene muchas cosas que hacer y no le da tiempo.

—Tú también tienes muchas cosas que hacer y cuidas de mí muy bien —dijo elevando las manitas para abrazarse a ella.

Su madre la acogió entre sus brazos. «Mi madre también me quiere y me cuida —me dije— y también es muy dulce y además me defiende delante de mi padre, porque él… es de otra manera». Aun así, sabía que también me quería.

—Creo que esta conversación la dejaremos para más tarde —señaló al advertir que las observaba.

—Vale —resopló mi criatura—, pero sigo sin saber qué tiene de malo mojarse un poco.

—¡¿Un poco?! Pero ¡si os van a salir escamas! —exclamó haciéndole cosquillas.

Sus pequeñas carcajadas vibraron como las campanillas de viento cuando suenan mecidas por la brisa, que estallan en un encantador tintinear e irradian todo su frescor, alegría y viveza. Porque en esta criatura de cuento todo parecía florecer con vigor y lozanía, como en abril, con sus flores, sus colores y su albor. Comprendí que su pasión por la lluvia se debía a la vida que albergaba en cada gota de agua, que no es que rieguen la vida, es que son el origen de ella.

No podía dejar de mirarla, como tampoco dejaba de pensar en la sonrisa congelada de mi padre si me hubiera escuchado reír de una forma tan abierta, alegre y espontánea. Él asociaba lo serio con lo correcto y lo formal. Reír así era poco educado y vulgar. Evidentemente, reíamos en casa, pero no con esa fuerza y confianza. De repente me di cuenta de que era porque él siempre trazaba sobre qué podíamos bromear y, en ese afán por el control, perdíamos la espontaneidad de la libertad; por eso los gestos alegres de Abril despertaban multitud de sensaciones en mí. Tan solo una me importunaba. Saber que, para mi padre, ese tipo de persona, de trato informal, despreocupado y alegre, nunca podría ser responsable. Renegué de ese trazado burdo de estereotipos que diferenciaban nuestra educación.

Cuando la nana consideró que ya estaba lo suficientemente seco, después de soltarme toda una buena retahíla de reproches, apremió a la modista para que le entregara el vestido y me instó a marcharnos de ahí.

Palidecí al pensar que tenía que alejarme de mi bella criatura. Aunque no tuviera aún el control total de mi vida, sí podía indicarle una dirección a mi observador interno, que todavía se estaba consolidando para su pleno desarrollo. Este, tras repasar todo lo acontecido esa tarde, determinó con una fortaleza rotunda que ese sería el primer día del resto de mi vida. Así que, en un impulso, pronuncié inclinándome hacia su oído:

—Nos casaremos. —Fue un murmullo solo para ella.

Su pelo retenía la fragancia de la lluvia. En ella era como su olor natural. Todavía en la distancia pienso en él.

—Vale —respondió elevando los pequeños hombros.

3
Abril

Una tarde de verano de esas que son extremadamente calurosas, en las que ni las moscas se atreven a salir y el zumbido pasa a ser el del vaivén de los abanicos o el refrescante sonido del agua cayendo en un vaso, al que le sigue un «Ah»; de esas en las el mundo parece haberse detenido, porque el calor es tan intenso que se mete bajo la piel y es imposible no amodorrarse en algún rincón fresquito durante las horas posteriores a la comida; de esas tardes que solo pueden enmendarse con un buen chaparrón. Una de esas tardes yo danzaba en mi mundo de fantasía a la espera de esa lluvia.

En mi revoleteo de acá para allá, simulando ser una bailarina de *ballet*, entré en el taller de mi madre. No fue por casualidad, había oído voces y fui a ver quién estaba con ella. Entonces lo vi. Vi que miraba, con ojos golosos, los alfileres de colores que mamá usaba para mantener sujetas las piezas de tela antes de coserlas. Recuerdo perfectamente su cara. Sus bonitos ojos eran como el color del café que le gustaba a mi madre, con una nube de leche, y su pelo, bien corto, del color del café que le gustaba a mi padre, solo. En conjunto, le conferían un aspecto formal, a pesar de su desgarbada complexión.

No supe por qué, pero una emoción desconocida cubrió mi corazón con un manto de tibia ternura. Ese momento se quedó grabado en este músculo. Las razones de ello supongo que son las mismas por las que nunca olvidé ese día.

Irrumpí haciendo cabriolas. Sus ojos fueron tras de mí como si hubieran visto algo admirable. Me acerqué a él y le hablé. Observé que no se atrevía a mirarme directamente a los ojos y, nervioso, se rascaba la nuca. Cuando él todavía no había pronunciado palabra alguna, yo apenas había parado de hablar. ¿Cómo podía tener unos ojos tan aniñados y, al mismo tiempo, mostrarse tan circunspecto?

Al principio escuchaba atento mis palabras, hasta que comenzó a fijarse en mi cara. Cuando por fin se atrevió a pronunciar palabra fue para decir su nombre. Un nombre que me sedujo, y más cuando con orgullo me dijo que era el de un príncipe.

Parecía querer volar, pero no se atrevía a despegar. Entonces dejé que entrara en mi mundo. Señalé una mancha que tenía en el cuello, cerca de la oreja. Apenas la rocé; aun así, esa ligera fricción pareció repercutir en todo mi cuerpo. Intenté no pensar en ello mientras le decía que era un beso de hada y le pedí que me dejara comprobar si era posible absorber su magia, para que yo pudiera dar besos de hada. Pero sucedió otro tipo de encanto que daría nuevos tintes a mi vida.

Le descubrí mirándome los labios detenidamente, con la boca abierta. Pestañeó, como cuando te da la luz y te despiertas, y después negó tener conocimiento de que eso pudiera pasar. Evidentemente, no sabíamos todavía nada acerca de las emociones que se desatan con lo inesperado. Esas que se sienten en el instante en el que unos labios inexpertos rozan otra piel igual de inocente por primera vez.

Un agradable escalofrío me recorrió la espalda. Fue intenso y dulce. De repente me sentí tímida,

quise bajar la mirada al ver sus ojos fijos en mis labios mientras los movía, pero me podían más las ganas de acortar distancia y repetir. Tomé coraje y ¡zas!, otra vez esa deliciosa corriente instantánea que me pedía que no me alejara. Sentí la profunda necesidad de cobijar mi rostro en su cuello y respirar en su piel. Inspirar su aroma y absorber su calor. Emociones desconocidas y sumamente atrayentes. Pero me aparté. El corazón me latía con la fuerza de la juventud, la energía de la emoción desatada y el alboroto de lo deliciosamente nuevo. Me detuve un instante antes de alejarme del todo y me encontré con dos ojos café con nube de leche mirando tan expectantes y confusos como supuse que estarían los míos.

Con toda la inocencia de la edad, le pregunté si había sentido también el chispazo. No me contestó al instante. Estaba tan patidifuso como yo. Nerviosa, solté una verborrea, hasta que lo vi salir de su estupor. Entonces rompí a reír, con ese tipo de risa que se vuelve contagiosa, y él rio también.

A partir de ese instante, todo fluyó con naturalidad. Mientras hablábamos y hablábamos, lo sorprendía mirándome, como si quisiera aprenderse cada detalle, hasta que por fin sonó el estruendo que había estado esperando toda la tarde y que la llegada de Héctor había conseguido que olvidara. Luego corrí a ponerme las katiuskas amarillas que me regaló papá para que no saltara sobre los charcos con los zapatos.

Desde bien pequeña siempre he sentido atracción por los charcos. Para mí no eran algo tan simple como el agua sobre el asfalto o la tierra después de un buen chaparrón. Mi fascinación por los días de lluvia provenía de la creencia de que algunos de esos seres de mi mundo de fantasía vivían encima de una bóveda transparente que cubría el cielo. De este modo, la lluvia era el agua que se les escapaba cuando había alguna grieta. Si nadie se daba cuenta, llovía en calma, pero si alguien lo hacía, tronaba mostrando su enfado.

No era de extrañar que pensase que, en uno de esos pequeños océanos que se forman, algún día encontrara una puerta que me llevaría a mi mundo real. Con tan solo pisarlo, me zambulliría y caería como Alicia en la madriguera, con tiempo de sobra para verlo todo a mi alrededor, pero, en mi caso, iría en ascenso. Después volvería a por mis padres para que vinieran conmigo; así papá nunca se volvería a marchar y mamá tendría siempre en sus ojos ese bonito brillo que desprendían cuando estaba con él.

Le pedí que me siguiera. De la mano, muy consciente del cálido hormigueo de ese contacto, corrimos hacia el patio interior de la casa. Dispuesta a enseñarle lo divertido que era saltar sobre los charcos, corrí hacia el más grande. Todavía conservaba el calor de su mano.

Levanté el rostro hacia esas gotas que albergan la vida y que me regaban con su frescor y efervescencia, para absorber toda la grandeza de su misterio. Siempre me ha encantado sentir cómo se deslizan, chispeantes y cristalinas, sobre mi cara.

Feliz, empecé a saltar sin esquivar ninguno de los dos perfectos charcos que se habían formado. Era genial, Héctor tenía que unirse a la diversión. Elevé el brazo y, moviendo los dedos, lo invité.

—Ven, salta conmigo.

Saltamos dentro y fuera de ellos. Corrimos a su alrededor, los atravesamos despacio, como si fuéramos tortugas, y otras veces de forma rápida, como si fuéramos liebres. Jugamos con su sonoridad, golpeando con un pie, con dos o con los cuatro juntos para su máximo chapoteo. Reíamos con alegría, con regocijo, activando todos esos mecanismos que te llevan a crear un recuerdo feliz, porque la diversión y la risa son unas de las formas más sinceras y bonitas de hacerlo.

Agarrados de las manos, dimos vueltas y vueltas con los ojos fijos en los del otro, y acabamos mareados y tambaleantes. Reímos, reímos y reímos. Creo que ese día fue la última vez que lo hice exponiendo tanto mi corazón.

Su recuerdo siempre me ha acompañado como un hermoso sueño y me ha servido de consuelo en los momentos más oscuros de la vida, cuando necesitaba del calor de un abrazo. Entonces aparece desde el pasado como una caricia.

Al final de la tarde, el formal y moderado niño, al que casi le parecía una aventura tocar los alfileres de colores, había batido por fin las alas.

—Nos casaremos.

No fue una pregunta, fue una afirmación. Recuerdo ese momento como si fuera ahora mismo.

Con los años, cuántas veces me habré preguntado qué habría pasado si hubiera esperado a que se cumpliera esa prometedora afirmación. En ese momento no le atribuí la importancia que tenía. ¿Cómo habría sido mi vida?

4
Héctor

El cielo ruge y lo enmudece todo. El fuerte estruendo hace vibrar los cristales. El dormitorio está en penumbra. Miro a mi alrededor. Una bonita morena duerme en el otro lado del formidable lecho.

—¿Tomamos la última?

Todos sabemos que, en ciertas situaciones, como cuando esperas el ascensor que te lleva a tu habitación del hotel, esa pregunta, formulada con un ronroneo, es la *pole position* para que ciertas cosas fluyan a la velocidad de un Fórmula 1. Instantes después, ella sacaba la tarjeta del bolso y la introducía por la rendija de la puerta de su habitación. Yo, caballeroso, sujeté la madera con el brazo extendido para que ella pasara. Cuando lo hizo, se giró para mirarme. El mar de sus ojos taladró los míos con una intensidad que no dejaba lugar a dudas. Por mi parte, le di un buen repaso de arriba abajo dejando bien claras mis intenciones. Ella se mordió el labio de forma muy significativa…

Entre y cerré la puerta. Ella soltó una risita nerviosa y tiró de mi camisa hacia sí. Rodeé sus caderas con las manos, obligándola a dar los escasos pasos que la separaban de la pared, a la par que buscaba su boca con la mía. En respuesta, ella abrió los labios al encuentro de mi lengua, enredando los dedos entre mi pelo. Inevitablemente, mi cadera se pegó a su estómago, pues era algo más baja que yo. Ella gimió cuando sintió que me endurecía. Entonces envolví sus nalgas con las manos, amasándolas sin contemplaciones. Por unos instantes, nuestras lenguas se retaron con apremio. Liberé la mano de una nalga y deslicé los dedos entre sus mechones. Luego tiré de ellos para separar nuestras bocas.

Bajé la vista por el escote de su camisa hasta las deliciosas prominencias de su femenino torso, que subían y bajaban al ritmo de su alterada respiración, y la clavé en la tímida dureza de sus crestas, que se marcaba a través de la fina tela, para advertirle de mi siguiente paso. La oscilación de su mirada era de lo más convincente… Sujeté sus dos manos y las elevé para posarlas contra la pared. Afiancé las muñecas con una mía, inmovilizándoselas. La mano que tenía libre, la metí por debajo de la blusa hasta el sostén. Tiré de él hacia arriba y agarré con fuerza uno de los delicados montículos. Lo masajeé con cierta rudeza. Ella jadeó con gusto. En respuesta, agaché la cabeza para mordisquear, lamer y succionar la turgencia del botón de la deliciosa protuberancia. Ella me regaló sus jadeos. Entonces bajé la mano, levanté la falda y me aventuré por debajo de su ropa más íntima, hasta encontrar ese punto perturbador que tanto enloquece a las mujeres. Me demoré masajeando ese lugar. La sentía vibrar. Entonces introduje la rodilla entre sus piernas e hice que las separara. Ese gesto me permitió rodar más la mano e introducir dos dedos en su resbaladizo interior, a la par que, con el pulgar, acariciaba la corona de su placer. Nerviosa, se mordió el labio inferior y su cuerpo se curvó pidiendo más. Al percibir el sensual balanceo de sus caderas, aumenté el movimiento de mis dedos y sus vaivenes, dispuesto a ofrecerle toda mi atención. La humedad que escurría por mis dedos indicaba lo mucho que lo

estaba disfrutando. Pasados unos minutos, sus piernas se flexionaron ligeramente, como si perdiera el control de ellas, y se dejó ir con un profundo gemido, empapando más mi mano, mientras que la notaba temblar desaforada.

El resto de la noche lo dedicamos al recreo de nuevos y fogosos asaltos...

«Teniendo en cuenta que mi relación con las mujeres está basada en el sexo, no ha estado mal», me digo mientras la veo descansar. Y es que hay cuestiones que no deberíamos tratar como si fueran algo carente de importancia, como, por ejemplo, demostrarnos lo maravillosa que es la vida y disfrutar de sus cosas buenas, como el delicioso juego de antes de tomar un cuerpo sensualmente dispuesto o la placentera tensión que antecede a ese momento sublime en el que te encomiendas al goce absoluto. Estas son, definitivamente, asignaturas obligatorias a cuyo fin me entrego gustoso.

Animado por un nuevo resplandor del cielo, salgo de la cama. Me dirijo hacia el enorme ventanal. Miro las nubes. Veo cómo se mueven. Recuerdo lo amenazantes que me resultaban antes de conocer a Abril. Apoyo la frente en el frescor del cristal.

Observo que aumenta el viento. Las nubes se mueven con más rapidez y traen la lluvia, que cae en la lejanía. Mientras las brillantes y estruendosas descargas eléctricas forman luminosos hilos de gran longitud, mi alma fraterniza con el poderío de los elementos, que me transportan a otro tiempo y a otro lugar con un halo de romanticismo y vitalidad.

Con esa banda sonora, vuelven las imágenes de ese día, que están retenidas en el interior de mis párpados. Me dejo llevar por el recuerdo y regreso allí, fusionando la poesía de esas imágenes con la furia de la tormenta, que ahora ruge en todo su esplendor y me hace sentir más vivo. De la misma forma que mi bella chiquilla, que, con su alegre chispear, me transmitió esas ganas de vivir y de ser mejor.

¿Por qué ese recuerdo recurrente cada vez que hay tormenta? Porque esa chispa solo la he sentido con ella; su chisporroteo me hizo ser consciente de mi cuerpo, de ese ardor de la entrepierna que asomó por primera vez, golpeando con discreción, desde el otro lado de la puerta. Entonces no entendí nada, solo que hasta ese día había soñado sin sueños.

A lo largo de mi vida las personas han ido y venido e incluso puede que hasta me haya enamorado. Pero solo aquella vez saltó esa chispa sempiterna e inmortal, que no se ha ido y quedó incandescente, guardada en un rincón de mi corazón, sin importar el paso del tiempo, para recordarla en días como hoy con todo el cariño que merece.

Pero quizá no estábamos destinados a tenernos… Por eso, cuando volvía al pasado, solo podía reconstruirla en mi memoria, que se desbocaba con toda la efervescencia de la adolescencia.

Tenía diecisiete años cuando llamé a su puerta. Oía mi corazón, sentía que se me rompería a latidos. Abrió una mujer. Qué emoción cuando recorrí con mis ojos el zaguán. La misma escena que tenía retenida en mi mente, tan solo faltaban las botas amarillas. Me invadió una extraña desazón al no verlas allí. De pronto el zaguán se convirtió en un cascarón vacío.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Vengo a ver a mi… —me corté, iba a decir criatura angelical— a Abril.

—¿Abril? No sé qué quieres decir.

Me estanqué unos segundos. Debería haber sabido que las cosas no siempre salen como las deseamos, que por mucho que alberguemos la idea de que sucederán a nuestro antojo, no ocurre así.

—¿No es aquí el taller de una modista? —pregunté.

—Ah, ya entiendo —respondió la mujer—. Hace años que se marchó.

La alegría se me congeló de forma instantánea. Lo de las botas era un presagio.

—¿Y no sabe usted dónde puedo encontrarla?

—Cambió de ciudad, es lo único que te puedo decir.

—¿Sabe a cuál? —articulé esperanzado.

—No —respondió negando también con la cabeza.

¿Qué era ese nudo que me apretaba el estómago? Solo recuerdo la angustia que me ocasionaba.

Al mirarlo con perspectiva, y con la cabeza, sonrío con benevolencia por aquellos sentimientos que me sacaron de mí mismo. ¿Primer amor? Lo cierto es que, hasta ese instante, ella fue mi luz y, para desgracia de las que han venido detrás, dejó la vara de medir muy alta.

Tal vez algún día me saque esa astilla que llevo clavada en lo más hondo y la deje volar junto con unos sueños construidos alrededor de una promesa pronunciada de niño, pero de momento seguiré evocando, en días como hoy, esa sonrisa infantil, que no ha crecido ni envejecido en mi memoria. ¿Cómo será ahora que ha madurado? Me pregunto si con el paso de los años seguirá riendo con esa espontánea energía, con esa fuerza y confianza, porque si algo hay cierto es que la risa se nos vuelve más intermitente al hacernos adultos.

¿Seguirán las puntas de su pelo rizadas? Y sus ojos, esos ojos tan llenos de sueños, ¿de qué estarán llenos ahora?

5
Abril

Un hombre al que no conocía manejaba el coche en el que viajábamos la tía Ágata, mamá y yo. Recuerdo que iba echada sobre mi madre. Mi cabeza descansaba sobre sus muslos. Ella acariciaba distraídamente, con suavidad, la parte de mi cara que no estaba pegada a ellos mientras lloraba sin hacer ruido. Yo sabía que lo hacía para que no escuchara su llanto. Lo que no sabía es que mi propio llanto no dejaba de sonar en mi cabeza. Supongo que no quería dejarlo escapar para que mamá no se pusiera más triste todavía.

Desde la mañana en la que la tía Ágata había llegado a casa y me arrastró hasta mi dormitorio, nada más traspasar el umbral del taller, todo se convirtió en un mal sueño, de esos que quieres olvidar volviéndote a dormir para despertar como si nada hubiera pasado. Debí darme cuenta de que algo iba mal cuando me dijo que no saliera de allí. En ese momento, no me planteé no hacerlo; después de todo, nadie le llevaba la contraria a una bruja.

Pero el desgarrador aullido de mi madre instantes después me hizo olvidarlo todo y corrí hacia ella con el corazón desbocado y con una extraña sensación de malestar. Entonces me paré en seco. En tan solo unos minutos, la tía Ágata parecía haber envejecido. Abrazaba a mi desconsolada madre, que en ese momento era como una desconocida. La hermosura de su semblante se había transformado en una máscara de dolor.

En los días que siguieron desfilaron, entre suspiros y cuchicheos, clientas y vecinas; no había ninguna que tuviera una verdadera relación con mi madre, pero ya se sabe que antes en los barrios, cuando se trataba de muertos, condolerse era la norma del buen vecino. Yo solo quería que desaparecieran, pero al final la que desaparecía era yo. Salía al patio. El frescor del aire otoñal empezaba a imponerse al calor del verano. Recorría el perímetro de una esquina a otra mientras a mi mente acudían todos esos momentos de mi vida con la presencia de mi padre. La ligera frescura acariciaba mi rostro y su soplo me despejaba de los afectados lamentos que escondían los murmullos de esas desconocidas.

Lo que no sabíamos ni esas vecinas ni yo era que a mi madre se le negó velar al gran amor de su vida e ir a su entierro como lo que ella había sido para mi padre, su mujer. Tuvo que hacerlo a escondidas, sin que nadie la viera. Por eso, días después atravesamos en coche los diferentes paisajes que dividía la carretera que nos llevaba al yermo y sórdido lugar del que mi padre no saldría jamás.

De la mano de mamá, traspasé la reja abierta que protegía los arcos de una enorme tapia y nos adentramos en ese escenario de nostalgia, pérdida y tristeza. Avanzamos entre largos muros de fachadas grises y pequeñas ventanas con inscripciones hasta llegar a unas hileras con casitas de diferentes construcciones que parecían competir en relevancia, una relevancia que me resultaba algo inquietante. La tía Ágata se paró delante de una. Sacó una llave y abrió la puerta.

Entramos dentro con paso vacilante. Creo que la misma sensación de asfixia nos atenazó a mi

madre y a mí. Pero fue a ella a la que desmadejó. En ese momento aprendí lo que era el dolor más profundo, cuando la vi caer arrodillada en el lugar donde se leía el nombre de mi padre. Por primera vez fui consciente de que el dolor no solo es físico, también es del alma, y duele tanto o más.

Quería irme de allí, volver a casa, aunque allí sí que íbamos a extrañar a papá. No podía ni quería imaginarme que no fuera a volver nunca más con nosotras. Ni tampoco podía imaginarme a mi madre sin mi padre y mucho menos nuestra vida sin él.

Me aferré a ella con la misma fuerza con la que ella me abrazaba a mí. No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando por fin nos disponíamos a salir de ese sombrío lugar de tristeza, el olor de la lluvia reactivó de manera instantánea todas esas emociones que te transportan a lugares y momentos felices.

—Papá nos regala la lluvia —grité alborozada, y por un momento sentí la reconfortante caricia de la mano de mi padre sobre el cabello—. ¿No lo ves, mamá? —dije como si fuera lo más normal del mundo—. Ahora vive en la bóveda transparente que cubre el cielo y nos la envía para que sepamos cuánto nos quiere.

Tiré de su mano para guiarla hacia el acompasado sonido de la lluvia. Ella miró fuera mientras yo estaba expectante. Cerró los ojos e inspiró profundamente el inicio del otoño en el aire. El olor de la lluvia debió de evocarle recuerdos intensos, sentimientos y emociones de otros momentos y otros lugares, e incluso nuevos sucesos con los que mi padre habría disfrutado, porque, cuando lo expulsó, abrió los ojos y me miró.

—¿Preparada? —dijo con su hermosa sonrisa, esa que parecía haber perdido en los últimos días.

No le hizo falta una respuesta. La gran sonrisa que dibujó mi rostro lo decía todo. Nos lanzamos libres bajo la lluvia. La tía Ágata respetó el momento sin decir nada. Supongo que pensaba que lo mejor era dejar que manejáramos la tristeza como buenamente pudiéramos, mientras la lluvia nos bañaba el rostro.

Absorbimos la vida que llevan sus gotas y desandamos el camino de vuelta buscando los charcos y saltando sobre ellos. Una vez fuera del cementerio, nos detuvimos frente a uno enorme, que parecía esperar a que alguien rompiera su imagen y esparciera la gran balsa de agua que el desnivelado terreno había formado. La lluvia había cesado y las ondas de las gotas al caer habían parado, lo que convertía esa particular extensión en un espejo mojado. Nos detuvimos en el borde y, unidas por esa comprensión, saltamos a la par.

Chapoteamos como nunca lo habíamos hecho. Dejamos salir todo el dolor, toda la rabia y toda la incomprensión. Entre risas y lágrimas, desafiamos a la tristeza y logramos sentir la misma alegría que compartíamos cuando estábamos los tres, porque él se encontraba allí con nosotras; sé que las dos sentíamos su presencia.

Con los años supe que mi padre había sido el heredero de una prestigiosa financiera fundada por su bisabuelo y por eso su adinerada y tradicional familia se opuso a la relación de mis padres. No le importaba que mi madre fuera la mujer de su vida, ni que su amor por ella diera sentido a todo lo demás; lo único que quería era que mi padre no se involucrase con alguien que no era nadie en su elitista sociedad. Aun sabiendo a lo que se enfrentarían, mis padres no renunciaron a su amor cuando le obligaron a tener otra familia.

Nunca he sabido nada de esa otra familia. No sé si tengo algún hermano o hermana; francamente, tampoco es que quiera saberlo porque nunca los consideraría como tales. De esa exquisita parentela de mi padre, la tía Ágata es el único miembro que conocí. Enamorada del amor, los apoyó desde el principio porque a ella su padre, es decir, el abuelo de mi padre, la forzó a un

casamiento concertado. Tras cinco años de matrimonio sin amor, en los que tampoco hubo hijos, enviudó. Supongo que después de arrastrar el vacío de esos años, estaba especialmente dotada para entender las circunstancias de mi padre; por eso hizo propia su tormentosa situación.

Han pasado muchos años desde ese día y todavía rememoro la caricia de los labios de mi madre cuando me besó las mejillas antes de entrar en el coche para volver a casa, esa casa a la que ya nunca regresaría mi padre. Su dulzura me transmitió lo mucho que me quería. Pero había algo más que, por mi corta edad, no logré identificar, pero que me provocaba un sollozo que no conseguía salir. Ahora sé que era la congoja de su soledad. A pesar del momento tan triste, saltar en los charcos lo convirtió en especial, porque estos guardaron buena parte de la intensa pena que nuestras almas iban liberando mientras esparcíamos su contenido líquido.

6
Abril

Por aquel entonces no estaba bien visto ser madre soltera y, una vez dado el paso, se cuidaba lo que se hacía para no despertar cotilleos. En el barrio, todos pensaban que mis padres estaban casados y que, por su trabajo, mi padre pasaba mucho tiempo fuera de casa. Si hubieran sabido que mi madre era la otra, su situación habría sido el blanco de chismes malintencionados, y más siendo tan bonita como era, porque la hubieran convertido en el objetivo de sus frustraciones. Por envidia, la habrían tratado con desprecio.

La experiencia me ha enseñado que hacer lo que debo hacer por miedo a las habladurías no tiene ningún sentido. Nunca actúas como quieres y… ¿nuestra esencia y, por ende, nuestra felicidad no reside precisamente en obrar conforme a lo que queremos? Pero, bueno, esto es salirme de la historia.

De pronto, nos encontrábamos ante una situación a la que teníamos que hacer frente; rotas de dolor, sin fuerzas y con mucho miedo. Ser conscientes de que papá no volvería iba a marcar un antes y un después en nuestras vidas. Quien lo haya vivido puede entender ese vacío, o tal vez no, porque en cuestión de sentimientos no todos somos iguales.

Nos tuvimos que despedir de la vida que habíamos llevado hasta ese fatídico día y nada volvió a ser lo mismo. Obligadas a dejar nuestro hogar, lo hicimos casi a hurtadillas. Al atravesar el zaguán, de repente todo se volvió borroso, pues la humedad de mis ojos enturbió la visión. Cientos de imágenes acudieron a mi mente; todas eran recuerdos de mi padre. Pese a sus intermitentes ausencias, no hubo ni una sola reminiscencia que fuera mala.

Nos fuimos sin decirle nada a la tía Ágata. Aunque siempre había sido buena con mis padres, ahora que papá no estaba, mamá no quería ponerla en un aprieto con sus familiares, los cuales, gracias a tejemanejes, lograron quedarse con la casa en la que él había formado su verdadero hogar. Así que empezamos de cero en otra ciudad. Afortunadamente, gracias a las puntadas exactas que daba, mi madre no tardó en encontrar trabajo en un reputado taller que se dedicaba a la confección de vestidos de novia.

A partir de entonces, los años avanzaron tranquilos. Vivíamos sin excesos, pero también sin carencias. Mis días transcurrían entre el colegio, mi casa y el taller, porque Bárbara, que era la encargada, y mi madre se hicieron grandes amigas; por eso me dejaba deambular por allí hasta que mamá acababa su jornada. En realidad, Bárbara era la única amiga de mi madre y eso que eran bien distintas. Mamá apenas reía; lo triste era saber el día exacto en el que había perdido las ganas de hacerlo. Se volvió taciturna y marcaba las distancias con el resto del mundo. Aunque en el trabajo se mostrase afectuosa cuando tomaba medidas y probaba, al terminar la jornada se distanciaba. Solo Bárbara y yo éramos las receptoras de su entrañable, dulce y acogedora disposición.

Bárbara, al contrario que mi madre, era dicharachera y accesible. Ella no estaba casada ni tenía

hijos, pero aparecía con acompañantes que acababan rompiéndole el corazón, pues decían que ella no era el tipo de mujer con la que sentar la cabeza. Sí, tal vez se pintaba de más y fuera del trabajo se vestía algo más llamativa que el resto. ¿Y qué? Era ocurrente y vivaracha y también cariñosa y trabajadora. Qué injusto, solo porque no tuviera el aspecto que se supone que debía tener una esposa. En fin, el caso es que las dos cargaban distintos pesos, pero lo sostenían como buenamente podían para mantenerse a flote. Supongo que compartir el aire de la pieza flotante que utilizaban para no hundirse fue lo que las unió.

Como estar entre telas había sido siempre mi suerte natural, aprendí desde bien pequeña a distinguir y apreciar las calidades de los tejidos. Pero, como ya he dicho, lo que motivaba mi creatividad no era la confección de prendas, sino la creación de complementos. La variedad de artículos en el taller se convirtió en un paraíso para desarrollar mi imaginación y pronto las compañeras de mi madre, que se afanaban como ella en el diseño de gloriosos vestidos de novia, para que estas causaran admiración y lucieran primorosas en su gran día, se dieron cuenta de mi habilidad creativa y me guardaban retales de tules, tafetanes, sedas, blondas, encajes, perlas, madreperlas y todo tipo de pequeños adornos. Recuerdo que el que más ilusión me hizo fue un pedacito de armiño. Mi inusitado dominio para calibrar el potencial de lo que me daban era muy comentado. En esos momentos mi madre se permitía mostrar una tenue sonrisa y yo, feliz, ponía más empeño en demostrar mi ingenio, empleando la misma dedicación que esas mujeres al hacer los vestidos. Por eso, no extrañó a nadie que, con el tiempo, contaran con mi opinión para el tema de los adornos y complementos.

7
Héctor

Siempre he estado seguro de tres cosas. La primera, que nunca he vuelto a sentir tanto y tan intenso. O puede que lo haya magnificado con el paso del tiempo, aunque lo dudo porque esa euforia emocional está tan incrustada en mí que resulta improbable. La segunda, que, a pesar de encontrar compañía femenina con facilidad, nadie ha conseguido enamorarme de la misma forma que Abril. Y la tercera, que siempre quise ser médico.

Después de licenciarme en Medicina, elegí la cirugía plástica y reconstructiva, una especialidad que no es la de preservar o salvar vidas. Sin embargo, este tipo de cirugía sí les da calidad de vida a todas aquellas personas que necesitan reparar áreas de su cuerpo que han sido dañadas por quemaduras, cáncer o un accidente, reparar tejidos trasplantando zonas de piel sana o corregir anomalías como malformaciones o ausencia de miembros que no se han formado durante el desarrollo embrionario. Ver cómo les cambia la vida no tiene precio.

Para mantenernos actualizados, se celebran eventos en los que se presentan tecnologías novedosas con soluciones innovadoras, se organizan simposios, conferencias y seminarios. Este año, el congreso más relevante tiene lugar en Río de Janeiro. Para mí ha sido genial porque así aprovecho para visitar a mi hermana, que hace tiempo que no la veo. Aunque mientras dure el congreso me alojo en un hotel, por eso de la última copa y sus engranajes.

La tormenta ha pasado. Me alejo del ventanal. Recupero mi ropa. Miro a la bonita colega con la que he retozado. Sigue dormida. Me visto en silencio y me marcho sin despedirme, más que nada para no generar expectativas. Aun así, dejo una nota, pues no me gusta que parezca que este tipo de encuentros los manejo como algo tan funcional como la reparación de un coche.

«Perfecto… Que tengas un bonito día».

Me sonrío. Si ella supiera que en realidad soy un tipo con una visión del amor más romántica de lo que se pueda pensar… Eso sí, sin llegar a la cursilería… Suspiro. Sin embargo, solo me vale el amor que hace que un instante se convierta en un momento único, por el que pierdes el control de las emociones, que se graba a fuego en la memoria y recuerdas muchos años después. Me encojo de hombros. Aunque a veces dudo de que, una vez que se ha sentido algo así, se repita, porque ya no vale cualquier mujer, aunque en mi caso fuera tan solo un inocente encuentro con una niña adorable.

Intento no rumiar nada más y me voy a mi habitación. Todavía puedo descansar un par de horas más.

8
Abril

Una soleada mañana, mientras esperaba el autobús, cuando cursaba el último año de instituto, conocí a Daniel. Era un chico mayor que yo. Aparte de ser muy guapo, me hizo reír y fue muy distinto a todos los chicos que conocía. Llevaba un buen traje y sus zapatos parecían refulgir de limpios que estaban. Las líneas de su bonito rostro, su amplia sonrisa y su imponente porte consiguieron que sintiera ese particular cosquilleo con el que pareces percibir cada centímetro de piel y que me llevó a quitar el freno de mano que mantenía puesto a la espera de Héctor. He de reconocer que Daniel no vino precedido por una fuerte sacudida, como la que experimenté cuando conocí a Héctor. Al instante me sentí poderosamente atraída por él y lo convertí, de una forma ilusa y soñadora, en mi sempiterno príncipe azul; a fin de cuentas, por aquel entonces era una niña.

Con un exceso de fantasía diferente, mis pensamientos de esa noche, sorprendentemente, solo tuvieron un destinatario: Daniel. El día después nos volvimos a encontrar. Él me aguardaba, pero no lo admitió. Habló sobre la casualidad, sobre sus circunstancias y combinaciones y lo imposible que resultaba anticiparlas y mucho menos evitarlas. Sus argumentos no me importaban; le había visto esperarme y me resultó adorable. Aproveché su exposición para observarlo con disimulo. Llevaba otro traje y otra camisa igual de impecables que el día anterior. Sus maneras, elegantes y refinadas, eran demasiado ajenas a los chicos de mi entorno. De su conversación, solo me quedé con que no podemos evitar el hecho de habernos conocido y de encontrarnos de nuevo.

Esa noche era su voz la que escuchaba. Ya nada se podía hacer para que Daniel no estuviera en mis pensamientos, y menos después de que, en otro de esos encuentros «casuales» al día siguiente, me soltara nada más verme:

—No he dejado de pensar en ti ni un solo instante desde que nos despedimos ayer.

Las noches que siguieron me acostaba con la certeza de que el nuevo día vendría con otro «encuentro inesperado».

Daniel desplazó a mi príncipe troyano al adueñarse de todos mis pensamientos. Estaba cuando hacía la cama, cuando me lavaba los dientes, cuando caminaba… Uno de los efectos de enamorarse de una manera obcecada es que te anula los sentidos y no eres consciente de lo que en realidad acontece a tu alrededor. No vi ni su falta de romanticismo ni lo distante y a veces cortante que era. Como tampoco intuí la reserva de mi madre. Bárbara, sin embargo, parecía estar tan prendada con el ideal del primer amor que suspiraba transportada por sus propios recuerdos.

—Demasiado embelesada —decía mi madre.

—Cuánto es demasiado si es amor —respondía Bárbara, soñadora, y mi madre callaba.

Cuando empezamos a salir, me llevaba a lugares en los que no había mucho tiempo para hablar y conocernos. Íbamos al cine, al teatro, a ver museos y exposiciones. Era como si me instruyera y lo hacía con tal capacidad de seducción que nada hubiera impedido que yo absorbiera hasta el aire que respiraba. Me maravillaba escucharle hablar y hablar de sus cosas. Cuando yo le contaba mis creaciones, decía que no era lo más excitante del mundo, pero que seguramente yo lo hacía muy bien, y volvíamos a sus cosas, y yo me callaba, porque no quería contrariarlo. Si alguna vez decía algo que no le gustaba, el que callaba era él y yo odiaba eso, porque sentía que lo decepcionaba y que no estaba a su altura.

—Demasiado absorta… —mascullaba mi madre sin llegar a manifestar su disconformidad.

Yo solo sabía que quería estar con Daniel y, aunque él no me lo dijera, yo sentía que él también. Si no, ¿por qué iba a ser tan protector? Se preocupaba por elegir los asientos más alejados para que no me molestaran, pedía por mí en los restaurantes para que probara cosas nuevas. También opinaba sobre la ropa que debía ponerme para que fuera la más elegante de mis escasas amigas, que, por cierto, no le caían nada bien. Decía que salían por ahí en busca de chicos y de problemas y que yo valía mucho más que ellas. Así que empecé a ponerles excusas cuando decían de quedar y poco a poco nos distanciamos.

Pero no me importó. Tenía a Daniel, que era encantador y me colmaba de atenciones. Era el único que me llamaba Catalina y decía que lo hacía para sentirme más suya. Yo, como una tonta, solo estaba para él y me sentía especial. Qué lejos me encontraba de creer que formaba parte de su plan de dominación. Enamorada como estaba, no me di cuenta de que no nos relacionábamos mucho con los demás; las pocas veces que lo hacíamos, veía con orgullo que Daniel caía bien a todo el mundo. Su buena memoria lo convertía en un conversador ameno y locuaz. Podía hablar de todo e incluso hacer reír a sus interlocutores. Tampoco vi nada extraño en el hecho de que no me presentara a su familia, hasta que me propuso matrimonio dos años después. Lo cierto es que no hizo nada romántico ni dijo nada apasionado, tierno o sentimental; simplemente dio por sentado que era el siguiente paso.

Cuando me encontré cara a cara con su madre, porque su padre, como el mío, había muerto, y con su hermano, bastante más mayor que Daniel, mi primer paso fue dedicarles una sonrisa, que se borró en cuanto vi la severidad de sus miradas.

—Así que Daniel y tú vais a casaros —dijo su hermano.

Su voz me perturbó, no sonaba nada afectuosa ni cordial.

—Sí, señor —mascullé intentando ocultar mi nerviosismo.

—¿Por qué te quieres casar con él?

Supongo que la expresión de sorpresa de mi rostro debió de sorprenderlos tanto como a mí la pregunta.

—Porque lo amo y estoy enamorada de él —contesté sin titubeos. «Si no, ¿por qué se casa la gente?», pensé.

—¿Y él también siente lo mismo por ti?

—¡Pues claro! —respondí con ingenuidad.

Madre e hijo intercambiaron una mirada. Ambos afirmaron levemente con la cabeza. Entonces Daniel habló.

—Os lo dije…

Por cómo se miraban, parecían mantener una conversación privada. Recuerdo lo mucho que me alteró la situación. Para mi vergüenza, inicié una verborrea nerviosa.

—Cuando conozcan a mi madre les va a encantar; es guapa, inteligente y trabajadora…

Mis palabras se fueron desvaneciendo según hablaba. El gesto poco amable de sus rostros y su opresivo silencio me acallaron.

Durante la cena, que, por cierto, tragué como pude, porque estaba demasiado nerviosa para comer, hablaron del trabajo de Daniel, de su ascenso, del posterior traslado y de la boda, sin tener en cuenta mi opinión. Aunque he de reconocer que yo solo me limité a escuchar lo que quería oír, palabras como invitaciones, boda, hijos… que me hacían soñar con el fueron felices y comieron perdices.

Cuando esa noche me acompañó a casa, hicimos todo el trayecto en silencio. No me importó mucho, porque estaba agotada por la tensión del encuentro.

—Espero que no te hayan asustado demasiado. Mi familia puede ser bastante rigurosa —dijo al llegar frente a mi portal.

—Oh, no —mentí—, es normal que se preocupen. —Una respuesta más de esas que le daba para no herir sus sentimientos. Como he dicho, temía sus silencios y me aborrecía a mí misma si lo decepcionaba.

—Bien —zanjó—, mañana tengo un día complicado.

Sin admitir mi desencanto, vi que volvía sobre sus pasos después de darme un casto y breve beso en los labios. Porque ese era el único gesto físico que se permitía como muestra de cariño; decía que me respetaba demasiado para manchar mi honor antes del matrimonio y yo, candorosa, adoraba esa pose de caballero.

Para entonces yo pensaba que Daniel ya se había ganado a mi madre, pues muchos días, cuando me venía a buscar, le traía flores o algún dulce, elogiaba su atuendo o su aspecto, hablaban del programa de televisión que estuviera en auge en ese momento. No me daba cuenta de que, en realidad, era Bárbara quien llevaba el peso de estos encuentros.

—No sé, no sé —rumiaba mi madre entre dientes cuando me veía deambular abstraída pensando en la boda.

«Se apoya demasiado en ti —me explicaba Daniel—, no es sano; es egoísta y está celosa».

Yo no me daba cuenta del trasfondo de estos comentarios. En el fondo, me sentía halagada porque pensaba que era él quien estaba celoso de mi madre. Pero qué tonta. En fin, en esos días yo estaba demasiado ocupada pensando en que mi matrimonio fuera tan perfecto como el de mis padres, aunque ellos nunca hubieran pasado por el altar, cosa que nunca supo Daniel. Omitirlo fue un acuerdo tácito entre mi madre y yo. El día de mi boda sería el comienzo de ese matrimonio y me aferré tanto a ello que su campaña contra mi madre no surtió el efecto que él esperaba, porque mis jornadas estaban llenas de blondas, encajes, bordados y todo tipo de materiales para la creación de mi vestido.

Bárbara y las demás mujeres del taller, alborozadas con el evento, acordaron regalarme su trabajo de confección para que yo luciera como la novia más bella del mundo. Días después daba vueltas sobre la peana en la que se suben las novias cuando se prueban los trajes, mirándome en todos los espejos que me rodeaban. Mostraba una sonrisa radiante, como el maravilloso vestido.

—Estás preciosa —era el comentario general.

—¡Verdad que sí! —exclamaba yo entre el júbilo de las mujeres, pues me sentía como una princesa.

Bárbara aplaudía encantada y mi madre me miraba callada pero emocionada, incluso sacó un pañuelo y se limpió la nariz.

—Sí —articuló al fin—, estás realmente preciosa.

—Es normal que una madre se quede sin palabras —declaró Bárbara— y llore al ver a su hija tan guapa —dictaminó entregándole una caja de clínex.

Al ver la caja, mi madre dibujó su bonita sonrisa, esa que parecía haber olvidado, y yo, feliz, bajé de un salto para abrazarme a ella. Tras un puchero contenido, solapado con un suspiro, mi madre balbuceó:

—Si tu padre pudiera verte…

—Seguro que lo hace, mamá.

—Lo dicho —dijo apartándose ligeramente—, estás preciosa, pero lo estarás más con esto.

No hacía falta que nadie me dijera lo que había en la pequeña cajita de terciopelo verde que me tendía.

—¡Te los regaló papá! ¡No puedo…!

—Son tuyos —me calló— y, cuando tengas una hija y se vaya a casar, se los darás a ella y así…

—Mamá…

—Tienes que aceptarlos y comenzar una tradición.

Emocionada, abrí la cajita y tomé uno de los finos y delicados pendientes de perla con forma de lágrima. Mientras todas exclamaban, maravilladas, lo bonitos que eran, mi madre me señaló con emoción:

—A él también le hubiera gustado que los llevaras en un día tan importante.

9
Abril

La ceremonia religiosa tuvo lugar en una pequeña iglesia, de esas que tienen el atractivo de lo antiguo. Con techos abovedados, un reluciente altar en pan de oro y bancos de madera que, como esas varitas que desprenden olor, expelían añejo.

Cuando mi madre se quedó embarazada, como estaba soltera, su familia la rechazó de forma tajante y categórica. Por aquel entonces era un pecado y un escándalo y, desde luego, un mal ejemplo para los demás. Así que no volvió a saber nada más de ellos. En fin, era otro tiempo y otra mentalidad. El caso es que, como mi familia éramos mi madre y yo, fui al altar del brazo del hermano de Daniel. Por supuesto la madre de Daniel fue la madrina. Que, por cierto, odió a mi madre desde el primer momento, por ser todo lo contrario a ella.

A pesar de ese halo de tristeza que la envolvía, y pese a querer pasar desapercibida evitando el trato de la gente, seguía atrayendo todas las miradas cuando entraba en un lugar. Era hermosísima y ese día parecía una reina. Sin embargo, la madre de Daniel era una mujer insulsa y fea; quizá no tanto por el físico, sino por lo que desprendía su interior.

Al oír la tradicional melodía que da paso a la novia, comencé a caminar sobre la alfombra roja acompasada por el crujido de mi vestido. Desde el instante en el que vi a Daniel delante del altar, me olvidé por completo de quién me llevaba hasta él. Parecía un príncipe. Su estatura y su complexión estaban perfectamente enmarcadas por un traje de sastre que aumentaba su atractivo. ¿La fe ciega que tenía en él era mayor que la fe de una novia normal? No lo sé. El caso es que caí víctima de mi propio cuento de hadas, pues me sentí su princesa con aquel hermosísimo vestido que me habían confeccionado.

—Estás muy guapa —aprobó Daniel cuando llegué junto a él.

Su voz sonó tan suave y sincera que remató mi fantasía.

Cuando el sacerdote habló sobre el compromiso del matrimonio, mis sentimientos se intensificaron, y cuando dije los votos, mis promesas salieron del corazón. Tras las palabras del cura que anunciaban que ya éramos marido y mujer, Daniel se volvió hacia mí. Sus ojos oscuros me miraron y, si yo no hubiera estado tan cegada, habría distinguido un tinte de maldad. Habíamos dado el mayor paso que una pareja puede dar. Mis razones habían sido las normales, pero ¿y las suyas?

Tras unos instantes, inclinó la cabeza y posó los labios en los míos. Noté que dudaba antes de besarme como nunca lo había hecho, con profundidad. Entreabrió mis labios y deslizó la lengua en mi boca, que me provocó algo devastador por todo el cuerpo. Era algo tan nuevo para mí que, cuando se apartó, mi cara estaba enrojecida, y subió más de intensidad cuando percibí el murmullo festivo de los invitados. Con el tiempo comprendí que aquel beso fue tan solo una pose para dar credibilidad.

Una vez terminada la ceremonia, y tras ese primer beso de casados, tan diferente a todos,

pasamos a la sacristía para la firma de los testigos. Cuando salimos, nos esperaban las mujeres del taller, que, capitaneadas por Bárbara, arrojaron la tradicional lluvia de arroz. La sonrisa bobalicona que tenía se amplió al verlas y recibir la acostumbrada tromba de la conocida semilla, pero se me borró en cuanto vi la cara de pocos amigos de Daniel. Durante el trayecto en coche hasta el lugar del festejo, no paró de descalificar a las pobres mujeres, que no habían hecho otra cosa que seguir la tradición, absorbiendo como otras veces esa parte de mí que me generaba un absurdo sentimiento de culpa, sentimiento que me creía a pies juntillas, pues él era el perfecto… Y como yo me creía esa frase hecha de que el amor duele, asumía mi culpa. Pero ¿a quién se le ocurre decir que el amor duele? ¿Qué interés hay en hacer creer eso? Lo que de verdad duele es la ausencia de amor.

La cena se celebró en un conocido hotel. La orgullosa madre del novio y su hijo mayor se paseaban con Daniel entre invitados que yo no conocía y que ni se molestaron en presentarme.

—¿Eres feliz, hija?

—Por supuesto, mamá —respondí obviando ese malestar con el que Daniel conseguía socavar mi autoestima.

Una vez ubicados todos los comensales, los camareros sirvieron una deliciosa cena regada con estupendos vinos y cavas. Su madre debió de pagar lo que mi madre y yo hubiéramos considerado una fortuna.

Todo parecía estar muy medido, como si estuviera preparado para que fuera de un modo concreto. Lo cierto es que más que mi día parecía el de mi suegra, tanto que fue ella la protagonista del primer baile. Daniel le entregó un ramo de rosas antes de que sonara la canción y después iniciaron el baile entre los aplausos de sus invitados.

Todo el mundo sabe que abrir el baile es cosa de los recién casados. Es un momento especial para recordar. ¿Cómo reaccioné? Pues ahora sé que como una imbécil; si hasta justifiqué su inapropiado proceder ante mis invitados: «Es su madre, pobrecilla…».

¿Por qué no supe empoderarme desde el principio? ¿Por esa fe ciega? Aunque en ese momento hubiera dicho lo que pensaba, supongo que mi mente era muy consciente de la manipulación y el abuso psicológico de los chantajes emocionales de Daniel, con los que sembraba mi falta de autoestima, por lo que me abstuve de dar explicaciones sobre lo inadecuado de la situación. De nada me hubiera servido porque él habría encontrado el modo de hacerme sentir mal.

A continuación, mi cuñado me arrastró a la pista y bailó conmigo de forma forzada y estática, sin dirigirme la mirada, pero agarrándome por la cintura y acercando su cuerpo al mío de una forma que me hacía sentir incómoda. Cuando creyó conveniente, me cambió por su madre y yo, agradecida, me aferré encantada al que desde ese día era mi marido, que, por cierto, no mostró el mismo entusiasmo que yo por nuestro baile nupcial; a decir verdad, tampoco por el resto de la velada.

Mis alas estaban listas para volar, pero mi corazón no tanto. Hay despedidas que forman parte de la vida y no se pueden evitar. Mi madre siempre ha sido mi gran apoyo, así que pensar en dejar la comodidad de nuestro pequeño hogar me ponía triste, pero el amor de su mirada cuando nos despedimos al final del festejo me dio fuerzas para salir y apostar por mi nueva vida.

Después de la montaña rusa de emociones experimentadas durante todo el día, llegamos al lugar que su familia había elegido para pasar nuestra primera noche, esa primera cita con la cama, que no puede ser eludida y que está aprobada socialmente por todos. Los nervios me atenazaban el estómago, sobre todo después de lo que había sentido con ese beso. ¿Lo que venía a continuación sería tan maravilloso? Yo sabía que para muchas parejas esa noche no era su primera vez, pero

para nosotros iba a ser nuestro primer encuentro sexual, porque Daniel siempre había enaltecido el sentido sacramental de la consumación del matrimonio en la noche de bodas. Y yo le creía, qué motivo iba a tener para no hacerlo, si era respetuoso y firme en sus convicciones. Dios, cómo confiaba en él…

¿Alguna vez has deseado algo tanto que al final te has dado de bruces?

Enamorada y romántica, pensé que traspasaría la puerta en brazos de Daniel, como establece la costumbre clásica y ancestral que los romanos instauraron, porque creían que, si la esposa se tropezaba al entrar, el matrimonio tendría mala suerte. Aunque también existía la creencia de que en los umbrales hacían antesala los malos espíritus, así que cargar con la novia era sinónimo de protección. Pero nada de eso debía de saber Daniel, porque él traspasó primero la puerta y detrás fui yo.

La realidad y las expectativas no tienen nada que ver.

La noche de bodas no fue mi primera decepción, pero todavía no lo veía o tal vez no lo quería ver. Cuando cerró la puerta del dormitorio, dijo que debíamos apresurarnos y me penetró tan pronto como pudo, sin preliminares ni romanticismo, e incluso sin ardor, y eso que justificó las prisas y su impaciencia por las ganas que tenía de demostrarme lo que sentía por mí. Se centró en su tarea sin mirarme y sin tener en cuenta lo que yo pudiera sentir, tanto física como anímicamente. Era virgen y mi primera vez…

En cuanto acabó, dirigió la mirada hacia mí. La clavó como un cuchillo en el sangrado de mi virginidad. La cantidad de sangrado en las mujeres varía y la mía fue abundante. En algunas culturas celebran ese momento; no es que yo quisiera eso, pero lo que menos me esperaba era su repulsión. Le asqueó, literalmente, y me instó a que cambiara las sábanas. ¿Fue la primera vez que fui consciente de cómo redujo mi ser? Pues sí, porque me hizo sentir sucia, abandonada y vacía, pero no lo quise ver y disculpé su proceder por los nervios, por la falta de experiencia y un montón de excusas más, que no eran otra cosa que la búsqueda de consuelo ante esa decepción que me negaba a reconocer.

¿Se puede echar más leña al fuego? Sí. Una vez que hice la cama con las sábanas limpias, Daniel se metió en ella y se durmió dándome la espalda.

10
Abril

Cuando te embarcas en un matrimonio y emprendes esa nueva vida en otro país, no eres muy consciente de lo que implica ese cambio tan drástico. Por lo menos yo no lo fui. Hay a quien la idea de seguir a su estrenado marido a donde el trabajo lo lleve le resulte romántica. Los clichés sobre el amor de tu vida, seguirlo hasta el infinito… no resultan tan rosas cuando días después de haber deshecho las maletas te das cuenta de que has dejado todo tu mundo atrás. Perder lo que hasta entonces es tu eje, ese punto de apoyo y sus rutinas, es duro.

Estaba tan ensimismada por compartir mi vida con Daniel que nada de eso se me pasó por la cabeza. No tuve en cuenta mi adaptación a la convivencia marital ni al cambio de país y lo que ello implicaba: nuevo idioma, nueva moneda, otro clima, diferentes comidas, otra cultura o una nueva forma de vida.

Por aquel entonces, tampoco contábamos con la tecnología actual, esa que permite que estés en contacto en cualquier momento, incluso a través de una pantalla. Y yo, que ya sabía lo que significaba la palabra *extrañar*, no fui consciente de lo doloroso que iba a ser alejarme de mi madre y formar una nueva vida en un país que nada tenía que ver con el mío. Tampoco que lloraría por mi profunda soledad y por otro tipo de distancia.

A la mañana siguiente, nos despedimos de nuestras respectivas madres antes de volar a Río de Janeiro, donde comenzaría nuestro futuro juntos. Embarqué con la emoción del primer vuelo. Una emoción que Daniel pronto se encargó de ridiculizar. Ese gesto era cada vez más habitual, tanto que acabó convirtiéndose en una práctica diaria que, sin ser todavía muy consciente de ello, ya había empezado a mellar mi mente. Nada destruye más tu autoestima que callar por temor a la reacción de la persona que te pierde el respeto.

De Río de Janeiro solo conocía lo que se sabe generalmente de esa ciudad: que es la segunda ciudad más grande de Brasil, que es conocida por su carnaval, por sus playas, por la escultura monumental del Cristo Redentor, con los brazos abiertos en lo alto del cerro del Corcovado, por el conocidísimo peñasco llamado Pan de Azúcar, que se encuentra en la bahía, sobresaliendo en una pequeña península hacia el océano Atlántico, por las favelas, el fútbol y por el mundialmente famoso Maracaná.

Aterrizamos y fuera del aeropuerto nos esperaba un chófer para llevarnos a nuestro nuevo hogar. Emocionada, me agarré del brazo de Daniel, como tantas veces había hecho durante el noviazgo.

—No me aferres de esa manera, no quiero parecer una pareja de ancianos —me increpó dando un tirón para deshacerse de mi agarre.

Dolida, sin entender ese desaire, solo pude tragarme las lágrimas. No sé si el chófer se dio cuenta o no, si entre sus funciones estaba la de ofrecer una pequeña explicación sobre la ciudad a la gente que iba de nuevas. El caso es que consiguió que aparcara el desconcierto que Daniel me había generado mientras lo escuchaba y observaba todo lo que nos rodeaba por la ventanilla del

auto.

—Como verán —comenzó—, la ciudad está flanqueada por verdes montañas de bosque tropical y se encuentra bordeada por las azules aguas del mar. Está compuesta por un mosaico de barrios bastante desiguales. —Observé que la selva se extendía hasta el mismo borde del mar—. El centro de la ciudad es una mezcla de patrimonio colonial y moderno y es también un ajetreado núcleo comercial y administrativo. —Puse atención en el contraste entre la antigua arquitectura colonial y los modernos rascacielos—. En la zona sur —decía— se concentran los complejos hoteleros y las clases altas. Allí están los conocidos barrios de Flamengo, Urca, Laranjeiras, Copacabana, Ipanema y Leblon, coronados por una inmensidad de favelas o casas en las comunidades, como decimos aquí —miré los miles de viviendas suburbiales que estaban relegadas a la parte alta de la ciudad—; es donde se establecen los menos favorecidos, que no son necesariamente pobres y excluidos. Son personas trabajadoras pero humildes —enfatizó buscando mis ojos por el espejo retrovisor—. El barrio de Flamengo —prosiguió volviendo su atención al frente— es conocido por su equipo de fútbol y por tener las zonas verdes más grandes de la ciudad. En el barrio de Urca se encuentra el teleférico que te lleva hasta la cima del Pan de Azúcar. A los pies del Corcovado, se ubica el barrio de Laranjeiras, una de las zonas residenciales más antiguas de Río. Ipanema y Leblon son los barrios más elegantes y modernos de la zona sur de la ciudad. Leblon es más familiar e Ipanema es la cuna de la música *bossa nova* y compite en popularidad con la playa de Copacabana. Y qué decir del icónico barrio de Copacabana, conocido por su larga y pintoresca playa, una de las más famosas del mundo; también por su paseo marítimo de olas dibujadas en piedra y por los bares y restaurantes de estilo tradicional. Pero, sobre todo, es famoso por la celebración de Año Nuevo —concluyó guiñándome un ojo por el retrovisor sin que Daniel lo viera.

Incómoda, me revolví en el asiento y, como si este lo intuyera, prosiguió con su exposición.

—Después de nuestro Carnaval, el Reveillon es la fiesta más grande de Río —dijo—. Todos vestimos de blanco, arrojamos flores al mar e incluso nos acercamos a la orilla y saltamos tres olas consecutivas para atraer la buena suerte, y damos la bienvenida al año nuevo con fuegos artificiales desde unas balsas colocadas a unos metros de la costa. —Volvió a guiñarme el ojo—. Imagínense qué espectáculo tan maravilloso de luz y color.

Nerviosa, miré disimuladamente a Daniel, pero este estaba concentrado en ojear el exterior.

—Cuando el espectáculo de luces concluye —vocalizó el chófer retomando su explicación—, la fiesta continúa con conciertos de música en la misma playa.

Sonriente, centró de nuevo su atención en la conducción. Supongo que mi apremiante nerviosismo le pareció divertido, pero a mí no. No sabía entonces que la preocupación constante por las reacciones de Daniel me acabaría convirtiendo en una persona asustadiza, patética e incluso paranoica.

En el vecindario de Leblon nos esperaba la que iba a ser nuestra casa. Por eso, según nos aproximábamos, el chófer soltó una mano del volante para señalar distintos puntos de los alrededores.

—Como ya les he dicho, Leblon es uno de los barrios más elegantes de Río y tiene una de las playas más exclusivas. Está habitado por gente de un poder adquisitivo digamos que más que desahogado, como famosos de la televisión o del cine o personas como ustedes —en ese momento Daniel despegó los ojos del exterior para mirarlo—, que se trasladan desde sus países de origen para trabajar aquí —aclaró el chófer con moderación—. El distrito de Leblon empieza donde termina la playa de Ipanema. A pesar de que no hay realmente una separación, ese jardín

hace de frontera entre los dos barrios, el Jardim de Alah, en cuyo interior hay un canal que une la laguna de Rodrigo de Freitas con el océano, hasta el morro Dois Irmãos. Esa formación rocosa de dos cimas —señaló con la cabeza la abrupta mole rocosa— es una imagen muy característica de esta costa, que esconde un verdadero paraíso de la naturaleza. Tiene distintos miradores desde los que se aprecian unas de las mejores vistas de Río.

La avenida Delfim Moreira discurre junto a la playa entre estos dos puntos y es una de las rutas de comunicación más utilizadas de Leblon. Ocio, tiendas, hoteles, movilidad… La infraestructura no puede ser mejor; por eso, Leblon es un lugar muy bueno para vivir —concluyó mirándome justo antes de parar junto a la garita de entrada de la urbanización en la que viviríamos.

Cuando nos identificamos, el guarda nos dejó pasar. Al llegar al portal, nos esperaba el uniformado conserje del edificio. El chófer se apresuró a abrirnos la puerta. Después se dispuso a sacar el equipaje, no sin antes desearme mucha suerte en un bisbiseo, solo para mis oídos.

Mientras subíamos en el ascensor, el conserje nos explicó todo lo que debíamos saber. Al entrar en el apartamento, el espacioso salón me dejó sin habla, pero lo que de verdad me quitó el aliento fue la amplia terraza y su magnífica vista de la playa. Me hizo olvidar por completo mi malestar. He de decir que Daniel mostró el mismo entusiasmo ante la sobrecogedora belleza que asomaba a nuestros pies.

11
Abril

Daniel tenía unos días de adaptación antes de empezar a trabajar y los dedicamos a conocer la ciudad. Yo no había tenido ocasión de viajar. Esta era la primera ciudad importante que iba a conocer fuera de las fronteras de mi país y, por muchas fotos que hubiera visto de Río de Janeiro, sin lugar a duda, me resultó inesperada.

Desde abajo, no puedes parar de mirar las moles rocosas que, cubiertas con un manto verde de naturaleza, rodean la ciudad. Y, si estás en la cima, es imposible no maravillarte con sus vistas al mirar, que son mágicas. Realmente, me estrené con una ciudad espectacular. Ya en el primer contacto, desde el coche, me deslumbró. Yo no sé si hay más ciudades con un entorno natural tan fabuloso, pero el de Río te deja sin habla; su riqueza es apabullante.

Creo que la primera vez que vi al Cristo Redentor fue de pequeña en una película. Una vez a sus pies, no me resultó tan grande como lo imaginaba, coronando la ciudad, pero no deja de ser igual de majestuoso, así que la sensación al tenerlo tan cerca es igual de extraordinaria. La panorámica desde allí es maravillosa. El mar, las playas, el Pan de Azúcar, la ciudad… Color, Río es color, imposible aburrirte de estos paisajes. Podría pasar un día entero parada contemplándolos.

Otra espléndida imagen de la ciudad es la que te ofrece el Pan de Azúcar, ese famoso peñasco que está situado en la boca de la bahía de Guanabara y que puedes encumbrar por medio de un teleférico. Durante la subida, dentro de la cabina del transbordador, ya te deleitas con la espectacular visión. La ciudad, las playas, el Cristo del Corcovado… Como subimos por la tarde, la disfrutamos con los colores del atardecer, justo antes de que se encendieran las luces de la ciudad; una vez encendidas estas, la experiencia resultó diferente pero igual de especial.

No solo encontré belleza en el entorno natural, también la hallé en los edificios de épocas pasadas y en avenidas que me parecían platós de cine, como el bonito barrio de Cosme Velho, un auténtico viaje al pasado. Recorrimos otros distritos, como el de Santa Teresa, de serpenteantes calles adoquinadas y ubicado en una colina. Famoso por sus antiguas mansiones y su histórica red de tranvías. Andando entre sus calles, me llamó mucho la atención un hombre que trabajaba colocando azulejos coloridos en una escalera de paso pública. Con los años esta escalera se convertiría en todo un símbolo de la creatividad callejera y sería conocida en todo el mundo como la escalera de Selarón, apellido del hombre al que yo vi en plena tarea creativa. A lo largo de su vida, cubrió los doscientos cincuenta escalones con un elaborado mosaico de azulejos de brillantes colores.

Paseamos por lugares como el Parque Lage, un jardín de estilo inglés con hermosas fuentes, plantas desconocidas para mí y senderos que se extendían en torno a una majestuosa mansión de esas de película. Caminamos por los paseos marítimos adoquinados de Copacabana e Ipanema. También admiramos el inusual diseño de la catedral metropolitana dedicada a san Sebastián, el santo patrón de esta ciudad. Si ya el exterior me pareció totalmente insólito y de lo más

llamativo, por su altura y su forma de cono, imaginaos su interior hueco, al que accedes por unas enormes puertas de bronce. Cuatro vidrieras, que van desde el suelo hasta el techo, rodean la nave circular, que es iluminada con la luz natural de una claraboya con forma de cruz. Y como no puede ser de otra forma, también estuvimos en el otro templo, el más emblemático y conocido de todo Sudamérica: el estadio Maracaná.

Lo cierto es que Río tiene un montón de puntos de interés, que fui descubriendo poco a poco con el paso del tiempo, pero estos primeros días de contacto con Daniel resultaron realmente buenos. Aunque él nunca lo reconocerá, sé que estaba tan deslumbrado como yo y supongo que por eso se mostró más tranquilo y accesible.

No es que Daniel fuera el más cariñoso de los recién casados, pero esos días, a pesar de lo que sucedía por las noches, los viví como una auténtica luna de miel. Supongo que crecer con el modelo de mis padres como pareja perfecta me hizo creer que Daniel era el amor de mi vida. ¿Cómo no iba a creer que me quería cuando me disparaba toda su estudiada artillería amorosa o cuando me decía que todo lo que hacía era por mi bien, porque se preocupaba por mí? ¿Cómo iba yo a desconfiar de él o a imaginar que así me manipulaba?

Cuando empezó a controlarme los horarios, al principio de conocernos, pensé que era una muestra de su afecto, igual que cuando revisaba mi ropa o me aislaba de mis amigas. Supongo que creía lo que tantas, que ese celo era una muestra de su amor.

¡Puaj! Pero ¡qué tonta!

A veces, cuando se es muy joven, se tiene un concepto del amor equivocado y algunas mujeres entienden que si su pareja es celosa es porque la quiere más.

¡Ja! Menudo error.

En ese momento no me planteaba que la violencia no solo es física y mucho menos que yo estaba siendo maltratada. Si alguien me hubiera preguntado, habría respondido que el maltrato era algo visible; por eso no era consciente del bucle en el que ya estaba inmersa. Cómo iba a imaginar que la persona a la que le había entregado mi corazón me maltrataba. Lo peor es que, a medida que pasaba el tiempo, este maltrato fue en aumento.

Una vez que Daniel empezó a trabajar, esos días de «armonía» se fueron difuminando, aunque las noches seguían siendo iguales. Las noches… Pensé que hacer el amor sería algo bello y maravilloso. Pero ¿qué tenía de maravilloso que prefiriera masturbarse antes que entregarse al placer de la seducción y los preliminares en el encuentro más íntimo con tu pareja? Cuando estaba a punto, me penetraba sin más y se limitaba a lo básico. Así era imposible que mi vagina se lubricara. Imaginaos qué frustrante es cuando eres una completa inexperta y estás a la expectativa. No encontraba ese punto exacto de fricción que da placer; eso lo aprendí mucho tiempo después. Hasta entonces, yo seguí sin sentir nada en mí, pero con la intuición de que había algo más.

Al principio de mi relación con Daniel, me creí sus convicciones y lo admiré por ellas; por eso, no vi el fondo de su actitud. Ahora sé que Daniel se aprovechó de mi inocencia. No le interesaba que yo supiera que había otras cosas más allá de la penetración y de las obligaciones de género que tanto se encargaba de recalcarme y controlaba que yo no me alejara de la rancia moralidad que él predicaba, para que no desarrollara mi sexualidad. Así nunca conocería el potencial del placer y no se lo reclamaría…

—¿Cómo te ha ido hoy? —le preguntaba todos los días cuando volvía a casa.

—Muy bien, todos están encantados conmigo.

Y yo le manifestaba mi orgullo diciéndole lo mucho que valía, sin saber que alentaba esa necesidad que tenía de sentirse superior al resto. A pesar de no satisfacer nunca el grado de exigencia de Daniel, tenía la casa impoluta y era improbable que encontrara algo que no estuviera a su gusto. La escoba y la fregona pasaron a ser una prolongación de mis brazos y la bayeta del polvo un complemento de mi atuendo. Pero cuando tenía un mal día y volvía a casa despotricando de todo, entonces veía algo que yo había hecho mal. Y yo aceptaba su descontento y asumía mi mediocridad y mi falta de habilidad en las tareas domésticas, como se encargaba de señalarme. « Qué inútil eres. Todo lo haces mal. No vales para limpiar ni para nada. Es mejor que no hagas nada » .

Me increpaba adoptando esa pose que le distanciaba de las emociones y lo hacía con un arranque tan violento que mi cerebro se bloqueaba; me hacía sentir que de verdad era incapaz. Esa falta de valoración con la que me obsequiaba no era otra cosa que el reflejo de su baja autoestima, porque él no se aceptaba como era.

Para que os hagáis una idea, un día, cuando regaba las plantas, un pequeño hilillo de agua cayó fuera del tiesto y, mientras pasaba la fregona para recogerlo, él me reprendió:

—¿Cómo hay que decirte que escurras bien el agua antes de pasar la fregona? ¿No ves que, si no, lo que haces es esparcirla y estropeas el suelo ?

Pero ¡si solo eran dos gotas!, ¿qué podía esparcir? Además, la fregona no podía estar más escurrida.

Viví tantos momentos con sabor a hiel…

Su agresividad al hablar me azoraba, me atemorizaba y desmotivaba. He de confesar que a veces tenía verdadero miedo a sus reacciones, sobre todo porque con el paso de los días sus exigencias y su nivel de intolerancia iban en aumento, a la par que mi agitación, que turbaba mis sentidos convirtiéndolos en un haz de ansiedad y emociones negativas.

Siempre le había visto apretar los dientes. Al principio pensé que era un tic, hasta que me di cuenta de que se trataba de un reflejo que mostraba su estado. Lo hacía cuando algo le molestaba, le irritaba o le enfadaba. Desde que lo descubrí, el ruidito que hacía con los dientes se adueñaba de cada poro de mi piel, para penetrar de manera atronadora en mis entrañas y arrasar como un volcán en erupción.

Como no tenía sitio alguno al que ir ni nadie conocido con quien hablar, apenas salía de casa. Por suerte, a veces aparecen en tu vida personas cuyo objetivo es mostrarte una luz de esperanza, como un faro que nunca se apaga. Geraldo, el conserje del inmueble, e Irasema, su esposa, tan dulce como sugiere su hermoso nombre, fueron un gran apoyo. Geraldo se encargaba del mantenimiento y la vigilancia e Irasema de la limpieza. Limpiando fue como la conocí una mañana, mientras fregaba las losetas de damero de mármol blanco y negro de la planta en la que se encontraba mi casa. Paró su tarea al oír que se abría mi puerta. Cruzó las manos sobre el mango de la fregona y apoyó la barbilla sobre ellas.

—¿Puedo hacer algo por usted? —me preguntó.

—Lo siento —me disculpé—, no era mi intención interrumpirla. Es solo que oí ruido y me asomé a ver.

La mujer me sonrío y reanudó el trabajo. Al ver que yo no cerraba, volvió a parar. Antes de que se girara, cerré.

Desde ese día, abrir la puerta cuando barría mi rellano se convirtió en algo recurrente e Irasema me regalaba cada una de las veces una sonrisa cargada de afecto y sabiduría. Hasta que una de

esas mañanas se me ocurrió invitarla a un café. La mujer me miró extrañada.

—Lo siento —balbuceé entre avergonzada y decepcionada.

—Perdone —respondió cuando vio que empezaba a cerrar la puerta—, pero es que ninguno de los vecinos de este edificio me habla nada más que para darme alguna orden.

Supongo que ella se había percatado enseguida de mi soledad y de la falta de comprensión y cariño de Daniel, algo de lo que yo todavía no era consciente, y por eso aceptó.

Mmm… Qué puedo decir del café brasileño. Su fino y suave aroma agudiza mi deseo. Yo caí bajo su hechizo. Después de ese primer café, vinieron más *cafezinhos,* como decía ella. Tomamos la costumbre de tomar café en mi casa cuando le tocaba la limpieza del rellano. Eso sí, siempre que Daniel no estuviera en ella. No quiero ni imaginar cuál habría sido su reacción si se enteraba de estas visitas.

Sentadas en la cocina, alternábamos los tragos del *cafezinho manha* con un buen trozo de pan con mantequilla. Una mañana me contó que casi todas las mujeres de su familia aprendían el arte de la cafeomancia. Le pregunté qué era eso y me dijo que consistía en interpretar los posos del café. Sin más, cogió mi taza y la cubrió con el platillo, que colocó bocabajo sobre esta. Una vez que se aseguró de que estaba bien sellada, sujetó la taza con las dos manos delante de su pecho y la movió en círculos. Después, con un movimiento rápido, giró la taza junto al plato para enviar los sedimentos al platillo. Estos dibujaron patrones en el fondo y en las paredes de la taza. A continuación, miró en su interior.

—Hablan de tu pasado —dijo.

Cuando empezó a leer lo que veía, me impresionaron tanto sus palabras que le pedí que no volviera a leer mis posos. Ella me aseguró que no lo haría, pero más de una vez la descubrí observando el fondo de mi taza cuando pensaba que no la veía. Mi temor era que descubriera mi desdichada vida. Pero no le hacía falta leer nada para intuir mi realidad.

—Lo observabas todo con grandes ojos llenos de curiosidad, pero tristes —me comentó tiempo después.

Irasema era una fuente inagotable de chismes y cotilleos que aderezaba con un humor ácido, con los que a veces me hacía llorar de risa, porque era de esas personas que son capaces de bromear y hacer reír; un bálsamo para las penas.

Me enganchó a los culebrones cuando en España solo nos hacíamos eco de ellos. La fiebre de las telenovelas se inició en los noventa con *Cristal*, que se emitió en horario de sobremesa. Detrás vinieron más, pero, por aquel entonces, eran solo cosa de América Latina. Engancharme a estas historias tan pasionales de amor, mentiras y celos, en las que adoras a los buenos, detestas a los malos y sigues sus vivencias durante innumerables capítulos a la espera de ese final deseado, me ayudaron mucho a la hora de aprender el idioma oficial de Brasil.

Cuando Irasema se iba, yo hacía metódicamente todas las tareas domésticas que tenía asumidas. Entonces me sobrevenía de nuevo esa zozobra que Daniel me había creado. Solo me desprendía de esa ansiedad cuando Daniel se iba cada mañana o cuando, por trabajo, se veía obligado a viajar y se ausentaba por unos días.

Bendita ausencia.

12
Héctor

Una vez levantado y duchado, ojeo el desayuno que me han subido a la habitación. Me sirvo un café. La puerta de salida a la terraza está abierta. La brisa marina me agita el pelo. Agradezco el frescor residual de la tormenta nocturna, es vivificante y me ayuda a despejarme. El panorama que se me ofrece desde el balcón de la última planta del hotel no puede ser más espectacular. Abarca la larga franja de arena fina de la playa de Ipanema, con sus bravas aguas atlánticas y el amplio paseo marítimo, en una curiosa colocación de adoquines.

En la línea de la costa, distingo algunas de las canchas de vóley y futvóley, así como otras instalaciones para gimnasia y musculación, donde más avanzada la mañana, y si el tiempo lo permite, tanto hombres como mujeres de cuerpos esculturales y bronceados los ocuparán, arremolinados con los que solo se van a lucir al sol con sus coloridos pareos y las inconfundibles Havaianas. Ellas rotulando sus nalgas con el afamado tanga y ellos marcando paquete con minúsculos bañadores, todos dispuestos a disfrutar del ambiente playero. Pero a esta hora solo hay algún que otro madrugador amante del *running*, de esos a los que no les importa la llovizna que cae, porque las gotas, más que descender, parecen flotar sobre ellos.

« Debería haberme levantado antes para hacer lo mismo —me digo al verlos—, aunque… he pasado casi toda la noche haciendo otro tipo de ejercicio —sonrío al recordar cierto momento muy tórrido—; no estuvo nada mal —murmuro—. Quizá esta noche… ¡En fin! Ahora, a lo que he venido » .

El resto del día ha resultado de lo más productivo y a la vez agotador. Por eso he vuelto al hotel para cambiarme y darme una ducha antes de ir a cenar con unos colegas. Una vez listo, abro el minibar y tomo una botellita de agua para beber un trago antes de salir. Me asomo al balcón. Por el rabillo del ojo, un movimiento llama mi atención. Bajo la botella y clavo la vista en ese punto. A un lado del paseo, en un pequeño tramo algo irregular, donde se han formado varios charcos gracias al aguacero nocturno, alguien salta de aquí para allá sobre el agua, sin esquivarla, buscando los más profundos. Observo en un expectante silencio. Su pelo oscuro ondea tras ella, porque es una mujer, de eso no me cabe duda. A la distancia a la que me encuentro soy incapaz de asegurar su color, pero se aprecia que tiene el cabello oscuro. Podría apostar a que es castaño… « ¿Castaño cobrizo? » , me digo esperanzado. Veo que da tres o cuatro brincos seguidos en mitad del charco más grande. En el último salto, deja los dos pies dentro y levanta el rostro hacia el cielo, hacia la ligera llovizna que comienza a caer.

El corazón empieza a palpitarme desbocado cuando reconozco la forma en la que deja que las gotas le bañen el rostro, como si se salpicara de vida… Contemplo, incrédulo, la misma fusión de poesía y naturaleza que ya me deslumbró en otra ocasión. ¡Oh, Dios! ¡¿Es posible?!

Sin pensármelo dos veces, me precipito fuera de la habitación. Corro por el pasillo hasta llegar al ascensor. Aprieto el botón, pero el ascensor parece que no tiene la misma urgencia que yo. Miro

alrededor en busca de la escalera. Localizo la puerta de emergencia y me dirijo hacia ella. En una loca carrera, bajo las escaleras. Cuando llego al *lobby*, la gente me mira al ver que voy derecho a la salida como alma que lleva el diablo, chocando incluso con algunos de los turistas. Una vez en la calle, son los viandantes los que me miran extrañados. Se apartan a mi paso, y más cuando estoy a punto de derribar a uno que, por cierto, me lanza una retahíla de maldiciones.

Cuando llego al lugar, la mujer ya no está; es como si se hubiera evaporado. El desaliento se apodera de mí, pero me niego a caer en la desesperanza. Busco con la mirada en todas direcciones y creo verla girar una esquina. Como si hubiera visto la luz al final del túnel, corro hacia ella. Cuando tuerzo, ha vuelto a desaparecer. Entonces, con una necesidad que solo lleva su nombre, avanzo como una amenazadora nube tormentosa, arrasando en una enloquecida carrera en la que no dejo piedra sobre piedra sin inspeccionar, trotando sin rumbo por cuantas calles se cruzan en mi camino.

Las casas ya están iluminadas tras los cristales cuando, agotado, paro en seco. El final de la tarde hace rato que ha dado paso a la noche profunda. Me apoyo en un árbol y tomo aire. Cansado, me centro en aflojar la tensión y, abatido, me dispongo a desandar el trayecto que he correteado.

Regreso a la habitación impersonal del hotel como varado, sin esperanza ni ánimo; resumiendo, regreso sin encontrar a la que era mi preciosa criatura Abril, porque era ella, de eso no me cabe ninguna duda.

13
Abril

Los días pasaban y se convirtieron en meses en los que ya no esperaba a Daniel con la misma ilusión de los primeros días, cuando lo recibía con el agradable cosquilleo de una recién casada. Ahora el cosquilleo era un doloroso hervidero de nervios que me hacían desear que se fuera a otro de esos viajes de trabajo que, afortunadamente, cada vez eran más frecuentes. Solo había gestos considerados, amables y cariñosos cuando estábamos con gente. En casa, cualquier muestra de ternura desaparecía y apenas cruzaba su mirada con la mía, a no ser que fuera para reprocharme algo. Un tiempo en el que me descubría mirando su semblante sin encontrar ternura y, aun así, me mortificaba perderlo.

Contradictorio, ¿verdad? Pero ese es el resultado de la dependencia emocional tejida por un manipulador.

Un tiempo en el que me había sometido a mi propia dependencia y, gracias a Irasema, iba recuperando la iniciativa. Aunque apenas se viera su luz, poco a poco sentía brotar la necesidad de hacer algo por mí misma. Un tiempo en el que Daniel era ajeno a mi interior, y doy por sentado que tampoco estaba interesado; si hubiera puesto interés, seguro que me habría apagado esa pequeña llama, y encima haciéndome sentir culpable por traspasar sus límites.

Esta rutina fue rota por la madre de Daniel cuando anunció su intención de visitarnos. Al llegar, todo fueron abrazos y apretones para su hijo. Para mí, un rígido y forzado saludo.

Podría pasar por una mujer insulsa y de aspecto más bien vulgar si no fuera por su rica indumentaria; gracias a esa cara vestimenta, pasaba a ser uno de esos rostros que, sin llegar a ser llamativos, tampoco resultan desagradables, a no ser que no seas de su agrado y te topes con sus ojos. Entonces solo ves la maldad de su mirada.

—Dispones de los lujos de esta casa, que es la de mi hijo —subrayó casi en el primer instante en el que estuvimos a solas y mientras yo le llevaba el desayuno a la mesa— sin pagar nada.

Cuando me hablaba, no me miraba a los ojos y me trataba como si fuera la sirvienta. No sé si me despreciaba por no trabajar fuera de casa, cosa que su hijo me había prohibido, o me detestaba por puro antagonismo.

« Tu terreno es la casa » , me soltó Daniel desde el minuto uno, evidenciando que él sería mi sostén. Antes de casarnos decía que me cuidaría y que me protegería siempre. Sé que puede sonar anticuado, pero yo me lo creía. ¿Cómo no iba a hacerlo si parecía poner el corazón al decirlo? Lo que menos imaginaba era que así limitaba mis opciones de desarrollo personal. ¿Cómo iba yo a pensar que se valía de palabras amorosas para mantenerme controlada? ¿Cuántas mujeres han creído antes que yo que ese estereotipado patrón de conducta era una muestra de amor? No quiero justificarme, pero entonces esas ideas estaban tan bien arraigadas en el imaginario colectivo que costaba desmontarlas.

Afortunadamente, hoy el fin de estos estereotipos va por buen camino.

Me sentí como una extraña durante esos días en casa. Aunque mi suegra se encargara de recordarme más de una vez que era de su hijo, la consideraba más mi hogar que de ellos.

Su presencia y su impacto negativo y altamente tóxico fueron como una auténtica pesadilla. Para ella, yo solo era un medio para la perpetuación de su familia. Aunque creo que lo que más le importaba era demostrar la virilidad de su hijo que la continuidad de su linaje. Lo que sí sé es que, aunque hubiese dado a luz a su nieto, tampoco me habría considerado digna de su respeto y de su familia.

Por las tardes, la madre y el hijo se sentaban en la terraza y charlaban. Yo me encargaba de servirles lo que precisaran en ese momento, café, limonada… Y cada vez que me acercaba a ellos, cesaban sus conversaciones. Mi suegra me proyectaba una mirada que evidenciaba su malestar por mi presencia y Daniel recriminaba tal impertinencia con ese ruidito de dientes que me hacía flojear, mientras me despachaba con un imperioso ademán.

Lavé, planché y cociné todo aquello que sabía que le gustaba. De su boca no salió ni una palabra de reconocimiento, pero yo podía descifrar en su fiero rictus un destello apreciativo que nunca reconocería.

Durante aquellos días solo disfruté de calma, es decir, no me sentía un estorbo en mi casa, cuando se iban a recorrer la ciudad, pues no me tenían en cuenta. Sinceramente, prefería que no lo hicieran y, si acaso se le ocurría alguna vez a Daniel preguntarme si quería ir, lo hacía en el momento de salir, dejando bien claro que era pura formalidad.

—No, gracias —respondía al ver la mueca de maldad de mi suegra—, me quedaré preparando la cena para cuando lleguéis.

Estaba mucho mejor sola, disfrutaba de la calma de mi hogar con lo único que me hacía sentir realmente bien: el diseño de bolsos y tocados. Daniel nunca se opuso a que siguiera con mi afición. Supongo que decidió que no había ningún peligro en dejarme tener un pasatiempo, pues este parecía no desviarme del camino que él me tenía trazado.

No sé en qué punto Daniel dejó de mostrar interés por mantener… No soy capaz de poner nombre a esos encuentros en los que se descargaba en mí con un despego que no acababa de entender, pero supongo que fue cuando empezaron sus viajes. Para mi sorpresa, los días en los que su madre estuvo de visita me buscaba en la cama cuando la oía en el dormitorio contiguo. Entonces, de manera ruidosa, se aliviaba dentro de mí. Ahora sé que lo que realmente buscaba era demostrarle su hombría.

Cuando su madre se fue, volvió la rutina. Lo bueno de esa rutina era que me reunía otra vez con Irasema para tomar nuestro café de la mañana y que, por las noches, Daniel ya no caía encima de mí, casi como un peso muerto, para que yo le dejara hacer sin ningún reproche.

Por lo demás, no sé qué era peor, mi suegra o Daniel. ¿Cómo es eso que dicen? Sales de Málaga y te metes en Malagón. Daniel era cada vez más detestable y sus reacciones apocaban sin piedad mi replegado ánimo; ya no había día en el que no me ofendiera.

—¡Estoy harto de ti! —exclamaba zanjando así su disconformidad ante cualquier actitud mía, después de haberlas criticado con irreverencia con enunciados como « No sabes hacer nada » , « Inútil, no vales para nada » … Y yo, dolida, no hacía más que pedir perdón, alimentando esa sensación de culpa que, como una sombra, me acompañaba desde que lo conocí, con una presencia que lo solapaba todo.

La culpa es como un lastre que bloquea el pensamiento y la razón, sobre todo cuando crees que tu felicidad depende de la persona que precisamente la obstaculiza.

Creer que mi felicidad estaba en manos de Daniel me convirtió en emocionalmente dependiente. En consecuencia, él se aprovechó de esta subordinación gracias a un ideal del amor erróneo.

Por tanto, mis disculpas reforzaban a Daniel, que había canalizado mi carácter al inyectarme esas dosis de ansiedad y había debilitado mi mente hasta casi la anulación. Mas allá de esa conducta despótica, de disfrutar de ese poder, había una misoginia encubierta. Por aquel entonces no sabía ni que existiera esa palabra.

14
Abril

Obviamente, el desencanto fue inevitable. Esas decepciones no aparecieron de la noche a la mañana, sino que se fueron manifestando poco a poco con un sentimiento de ahogo, penuria y soledad. La opresión más la falta de cariño y de libertad tejieron una aflicción tan grande que perdí la esperanza de ser una pareja feliz. Como ya he dicho, dejé de esperar su llegada con cosquilleos en el estómago y, por supuesto, dejé de esperar nada cuando nos acostábamos.

Descubrí que puedes dormir todos los días con alguien y estar mucho más lejos de esa persona que si viviera en el lado opuesto del mundo. Cuando me daba la vuelta en la cama y lo miraba, sentía que la atracción había desaparecido, pues no encontraba ninguna de esas señales con las que se había ganado mi corazón. Supongo que la desilusión dio paso a la realidad y esta echó a un lado la idealización y la engañosa idea de creer que dejar mi felicidad en manos de Daniel era una prueba de mi amor por él.

Canalizar mi vena creadora me servía como válvula de escape para despejar la tristeza y, aunque parezca mentira, más que nada porque se piensa en ella como algo negativo, la gestionaba, eso sí, sin ser consciente de ello, de tal forma que me proporcionaba una inspiración de la que emergían cosas llenas de luz. Entonces no sabía que ese resplandor emocional era la forma en la que me escapaba de la realidad, olvidándome así de todo lo feo que me acontecía; una forma que me encantaba, con la que podía expresarme con cosas bellas. Era… como un refugio donde sacaba toda esa luz interior que Daniel se había empeñado en extinguir.

Mis creaciones me obligaban a salir de casa en busca de materiales. Daniel no ponía ninguna pega; como ya he dicho, había dado el visto bueno a este pasatiempo, eso sí, luego tenía que rendirle cuentas, no solo de dinero, sino también de lo que hacía. Todas las semanas me daba una asignación para los gastos de casa. La primera vez vino acompañada de un cuaderno para que yo apuntase todo lo que gastaba. Al final de la semana, él cuadraba las cuentas.

Lo cierto es que le decía que había ido derecha a tal tienda y que había regresado nada más acabar de comprar, y al principio así era. Pero con el desencanto vinieron los paseos.

Lo bueno de una ciudad tan grande como esta es que, entre tanta gente, caes con facilidad en el anonimato, pero también te puede hacer sentir una gran soledad.

No le contaba que recorría la ciudad a pie, deambulando por las aceras, descubriendo lugares nuevos, y que solo recurría al transporte público cuando me había alejado tanto que, para volver, no me quedaba más remedio que tomarlo si quería llegar a casa antes de que él lo hiciera. No le decía lo mucho que me gustaba fijarme en todo, ni cuánto disfrutaba descubrir nuevas casas, edificios, fachadas, tejados, balcones… imaginando a sus habitantes, o cuando paraba en escaparates y me emocionaba con lo que veía en ellos, o cuando observaba el deambular de los hombres, las mujeres, los niños, los jóvenes y viejos. Su ir y venir, el bullicio, sus risas, sus andares, los zapatos, sus caras, su pelo, el colorido de sus ropas… e incluso intentaba enterarme de sus conversaciones. Y, sobre todo, no le confesaba lo que experimentaba al escuchar a los

músicos que se reunían en cualquier esquina… como tampoco la enorme sensación de libertad cuando decidía yo qué camino seguir.

Al principio era todo inseguridad y miedo, más que nada porque yo como persona estaba bien perdida. Pero estando conmigo misma, empecé a ser consciente de mi persona y descubrí en el placer de caminar una forma de actuar sola.

Durante esos paseos, la ciudad caminaba conmigo y, mientras me mostraba su magia, mi apocado yo se iba activando poco a poco conforme descubría con placer el ritmo de mi voluntad.

En esas excursiones fue inevitable contemplar la dolorosa realidad de los cartones bajo los que viven personas sobre las aceras, debajo de las marquesinas, cartones que, de día, durante las horas de actividad, recogen y por las noches les sirven de cobijo.

Geraldo, el esposo de Irasema, me advertía siempre de que tuviera cuidado, que nunca entrara sola en una calle en la que no hubiera gente, para evitar atracos, y que acelerara el paso si alguien se acercaba a mí con la excusa de preguntarme cualquier cosa y detuviera mi avance, pues decía que ese era el preludio de un robo. Porque en esta ciudad, en la que hay personas que viven, literalmente, en cajas de cartón, en la que el clima tropical contribuye a caminar semidesnudo, los necesitados parecen todavía más míseros que los de su misma condición que habitan en ciudades más frías, donde, al ir más vestidos, parecen un poco más dignos; una dignidad que, por cierto, todos los seres humanos merecemos. Sin embargo, se enzarzan de igual manera por los espacios en los que disfrutar de mayor cobijo, o por las zonas donde mendigar o las de recogida de papel y vidrio, con los que sacar unos céntimos; son inevitables las bandas que se dedican a asaltar a personas mejor ataviadas que ellos, con aspecto adinerado o turistas.

También caminaba por las distintas playas. Me encantaban estos paseos entre el cielo y el mar, con la brisa en la cara y el olor a salitre, ese aroma a mineral y vida que el viento traía, sintiendo los rayos del sol con la fuerza de la mañana o con la delicadeza de su puesta. Observar la infinita extensión de esa gigantesca masa de agua y percibir su movimiento generaba en mí la misma emoción imperecedera que siempre había experimentado por la lluvia y que Daniel se encargó de reprobar la primera vez que me vio empapándome de ella, ridiculizándome de tal manera que no volví a hacerlo.

Qué relajante me resultaba el suave rumor del mar cuando estaba tranquilo. Tan purificante como andar descalza por la arena, sobre todo, por la orilla, donde el cadencioso movimiento de las olas masajeaba involuntariamente mis piernas. Y qué estimulante era oír su rugido en los días en los que se alborotaba.

Estas citas conmigo misma conseguían que olvidara la perniciosa actitud de Daniel, que era como un callejón sin salida, y me abrían la mente. Observar me ayudaba a reflexionar y empaparme de cuanto veía, me llenaba de energía, una energía tranquilizadora gracias a la cual sobrellevaba los malos modos de Daniel. También ayudaba que cada vez estuviera menos en casa, pues sus viajes eran más seguidos. Y, por supuesto, tener el apoyo de Irasema fue esencial. Su cercanía me transmitió confianza y, con el tiempo, le conté mis desventuras, pero, como he dicho, ella ya las intuía mucho antes de leer mis restos de café, porque nada se escapaba a la agudeza de sus vivarachos ojillos. La inmensa sensación de desahogo fue también un acicate más para ese andar mío de pies más ligeros.

15
Abril

Entre esas personas que asoman en tu vida para cambiarla de forma significativa apareció Claudia, sin buscarla ni pensarla y como llovida del cielo, justo cuando empezaba a descubrir que detrás de la fachada de Daniel, esa que al principio tanto me fascinó y que me hizo creer en su amor, solo había un ser vacío pero lleno de egoísmos insondables.

Claudia llegó en esas horas inciertas y fue como un rayo de luz que alegró mis días cuando pensaba que nadie más que Irasema era capaz de hacerlo. Ellas dos estuvieron en el momento apropiado. Cada una a su manera, me ayudaron con sus experiencias, que yo absorbí como lecciones. Claudia me proporcionó apoyo y orientación e Irasema un tipo de ayuda más espiritual. Entre las dos llenaron esa necesidad que tenía de encontrar una brújula y consiguieron que mi vida adquiriera un nuevo color, que me dio una nueva visión de la realidad que me rodeaba y repercutió de manera decisiva en mi autoestima y, en consecuencia, en mi bienestar.

Por cuestiones del trabajo de Daniel, acudimos un día a una recepción en el consulado español. He de decir que, en cuanto a presencia, yo no desentonaba en absoluto entre toda aquella gente. Mi madre se encargó de hacerme un guardarropa que nada tenía que envidiar al de esas mujeres tan bien arregladas. Aun así, no podía evitar sentirme abrumada entre tantas personas notables.

Como ya he comentado, Daniel caía bien gracias a su faceta de buen conversador e incluso resultaba divertido. ¿Como es posible que fuera tan encantador de cara a la galería? Si supieran que antes de salir de casa me había intimidado con toda una ráfaga de disparos verbales de esos que solo reservaba para mí, que no herían físicamente pero que iban derechos al alma y que anidaban en mi estabilidad emocional, nunca lo creerían.

Vivir creyendo que eres una inútil, que no sirves para nada, no ayuda a la hora de integrarse. Por eso deambulaba observándolo todo sin atreverme ni a hablar, no fuera que dijera alguna estupidez. Daniel me había dejado bien claro que no le avergonzara.

El caso es que, mientras vagaba por el enorme salón de recepciones, con esa constante sensación de angustia que me impedía ser espontánea, Claudia se acercó a mí.

—Hola, soy Claudia.

En un primer momento creí que no se dirigía a mí; es más, miré hacia atrás, pero, al no ver a nadie lo suficientemente cerca, me di cuenta de que hablaba conmigo.

—Disculpé, pensé que no hablaba conmigo —respondí apurada—. Soy A... Catalina…

Por cierto, después de casarme dejé de ser Abril para convertirme definitivamente en Catalina. Asumo que yo le permití a Daniel domar mi voluntad a su antojo, pues no fui consciente de los tejemanejes que empleaba para ello. Lo que menos podía imaginar es que su jugada maestra consistía en secuestrar mi nombre, porque así borró todo mi sello de identidad. Por ese motivo, nadie en esa ciudad sabía que el auténtico nombre que mis padres dispusieron para mí era Abril.

—Como esposa del cónsul, en actos informales como este, recibo con él a los invitados, pero supongo que llegaste cuando tuve que ausentarme un momento y por eso no hemos sido presentadas.

—Supone bien. Solo estaba el cónsul —hablé balbuceante, sin dar crédito todavía a que me estuviera hablando—, pero lo he imaginado al verla después con él.

Asintió con un gracioso y despreocupado mohín mientras se retiraba un rebelde mechón detrás de la oreja.

—Verás, llevo rato admirando el *handbag* que llevas.

Debió de intuir que no sabía de qué me estaba hablando, porque señaló mi bolso de mano con un sutil movimiento de cabeza.

—Ah… —musité con una exhalación—, lo he hecho yo —dije mostrándoselo.

—Pues tienes unas manos muy creativas —reveló mientras lo tomaba entre las suyas para observarlo con detenimiento.

—Manos creativas… —repetí más que nada para mí, paladeando tan obsequiosas palabras.

—Por supuesto —respondió conforme caminaba en dirección a la enorme y preciosa terraza contigua al salón.

El formidable mirador estaba lleno de todo tipo de plantas, con flores más grandes, más pequeñas, sin flores, más altas, más bajas… Una agradable brisa mecía con suavidad los toldos y las faldas de las invitadas a la par que varios camareros, con sus chaquetillas blancas y las bandejas en alto, se movían entre los invitados.

—Están llenas de habilidad y buen diseño —certificó estudiando el bolso con mimo a la luz del atardecer.

—¡¿Habilidad y buen diseño?! —exclamé emocionada por la nueva ponderación.

—Está claro que tus manos son el cerebro con el que piensas —explicó.

—¿Me está diciendo que mi cerebro está en mis manos? —pregunté confusa.

Emitiendo un pensativo mmm, terminó por responder:

—Creo que es más correcto decir que tu cerebro y tus manos son tu mente y, por favor, tutéame —pidió con un gracioso aspaviento.

Encantada con su familiaridad, pensé en su razonamiento y confesé con asombro:

—Es cierto, mis manos no solo los hacen, sino que desarrollan la idea.

—¡Eureka! —soltó encantada—. Pero… —parpadeó con gracia— ¿has dicho los hacen? ¿Es que hay más? —preguntó devolviéndomelo.

Afirmé con la cabeza.

—Ohhh, pues si son tan preciosos como ese tengo que verlos —señaló con un gracioso gesto. Luego, con entusiasmo, exclamó—: ¡Tenemos que quedar!

Fascinada por la naturalidad con la que me hablaba, me fue imposible decir que no, a pesar del temor que pudiera provocarme contrariar a Daniel.

—Claro —contesté al fin—, cuando quieras.

Ella me sonrió. En ese instante supe que acababa de encontrar a alguien muy especial. Y como para darme la razón, comenzó a hablar y hablar como si fuera su amiga de toda la vida, de forma incontenible, saltando de un tema a otro, a la par que saludaba de vez en cuando a unos y a otros, a veces con un simple gesto y otras con una breve sonrisa, mientras yo absorbía, fascinada, el

laberinto verbal que desgranaba con radiante simpatía, acompasada de encantadoras muecas y de un atrayente aire mundano, y, lo mejor de todo, sin mostrar interés en interrumpir su conversación conmigo.

Cuando pude despegar la vista de ella y desplazarla por la terraza, descubrí que estaba semivacía. La conversación se había alargado tanto que las sombras de la noche hacía rato que habían trepado por las fachadas de los edificios y apenas quedaba gente. Entonces vi a Daniel, que me miraba con ojos punzantes. Intenté disimular la inquietud que me provocaba la conversación muda de su mirada, no quería que Claudia me viera amedrentada. Él se acercó a nosotras con una enorme sonrisa y yo notaba la garganta cada vez más seca. Daniel era inquisitivo y duro como el acero, pero sabía desplegar una inmersa cortesía, eso sí, aderezada con un toque de cinismo que se esforzaba en disimular con gran maestría, pero que yo ya había empezado a advertir.

—Querida, estabas aquí —dijo tomándome por los hombros, apretándolos más de la cuenta, reprendiéndome de esa forma disimulada.

Al contrario que a mí, a Claudia no le resultó fingida su interpretación y, mientras mi hombro aguantaba su reprimenda sin palabras, ella estiró el brazo para ofrecerle la mano. Daniel se la tomó con actitud teatral.

—No nos han presentado —saludó—, soy Daniel Ortega, el marido de Catalina y ¿usted es…?

—Claudia, la esposa del cónsul.

Una enigmática sonrisa arrugó el semblante de Daniel. No me fue difícil saber lo que pasaba por su cabeza.

—Un placer conocerla —dijo inclinando a su vez la cabeza.

—Tiene usted una esposa encantadora y con unas manos muy hábiles.

Daniel me miró con ojos neutros.

—No puedo estar más de acuerdo —respondió con esa afabilidad que derrochaba en público.

Con un disimulado rictus avieso, escuchó el derroche de bondades que Claudia me dedicaba. Entretanto, yo notaba que el rubor cubría mis mejillas. ¿En tan corto espacio de tiempo me había visto tan especial? Cuando concluyó afirmando que en breve me visitaría, Daniel no pudo disimular un brillo calculador en su mirada. Con una ladina sonrisa en los labios, nos despedimos de la alegre Claudia.

—No sé cómo una mujer con esa clase puede decir esas cosas de alguien como tú —escupió con menosprecio mientras salíamos a la calle, agarrándome del brazo por el codo y clavándome los dedos con tanta fuerza que al día siguiente supe que los tendría marcados.

En el coche, se apresuró a referirme los motivos por los que debía cultivar esa amistad, todos ellos demostraban un denotado interés por el estatus de Claudia. Entre otras cosas, Daniel necesitaba la aprobación de su madre y su hermano y, como perseguía su aceptación, buscaba el refuerzo con personas de cierta posición social, para proyectar lo que su familia esperaba de él. Al pretender ser lo que no era, solo consiguió fomentar una personalidad carente de valor, que se esforzaba en disfrazar. Pero su debilidad me quedaba al descubierto; yo veía el modo en el que esperaba el aplauso y su reconocimiento. El resentimiento y la ansiedad de la espera lo encelaban de tal forma que me convertía en la diana de sus dardos verbales.

Pero nada de eso pasaba en ese momento por mi cabeza, ni tan siquiera escuchaba lo que Daniel me decía; solo pensaba en que acababa de conocer a alguien que me veía digna de interés. Sin duda, ese día la vida me había sorprendido con el regalo de una nueva amistad.

16
Abril

El día que vino a casa yo no podía estar más feliz, a pesar de las dentelladas verbales que me lanzó Daniel antes de irse a trabajar. Me esforcé para que mi hogar le resultara a Claudia lo más agradable posible. Le enseñé la vivienda y, mientras la recorríamos, no dejó de mostrar una sonrisa sincera. Admiró las magníficas vistas que ofrecía la espléndida terraza y resaltó la belleza del crisol de colores que formaban las plantas que yo cuidaba con mimo. En la mesa de la terraza había colocado una cafetera y una bandeja cubierta con un inmaculado paño de lino blanco, que tapaba dos tazas y un plato de dulces. Aceptó la invitación. El delicioso aroma a café recién hecho era un incentivo.

Claudia era una excelente narradora. Me habló de sus viajes y de las diferentes ciudades en las que había vivido. Fue una tarde de charla afectuosa y jovial. No hubo silencios ni frases vacías o artificiosas.

Si algo me gustó de ella fue lo segura que estaba de sí misma y la positividad que infundía a los que estaban a su alrededor. En mi caso, lo hizo con tal fuerza que consiguió levantarme el ánimo y las ganas de luchar por mis sueños. Claudia logró que me sintiera interesante.

Me levanté y fui en busca de los complementos, feliz por la buena armonía que había entre nosotras. Cuando llegué, ella había llevado la bandeja a la cocina. Casi me echo a llorar. Tuve que disimular. Y es que cuando no esperas nada, porque no te sientes protagonista ni de tu propia vida, ya que solo te ves como un aderezo, un gesto tan simple despierta una enorme ilusión; que ella se mostrara tan afable, como solo lo hacen las amigas que han pasado mucho tiempo juntas, fue algo muy importante para mí.

Y, de pronto, la vida parece que hila para traerte cosas buenas.

—¡Me encantan! —exclamaba paseando la vista por todo el conjunto de piezas conforme yo las iba sacando de sus envoltorios.

Embelesada, tomaba cada elemento. Observaba la confección, tocaba las texturas, admiraba su construcción, se maravillaba con los diseños plasmados, hablaba del perfecto proceso creativo, de las características que lo representaban y de mi destreza. Le enseñé también los bocetos que había hecho esa misma semana. Asombrada, no paraba de poner de relieve los dibujos. Bueno, en realidad, todo.

—El trabajo que hay detrás de cada pieza es maravilloso. La gente tiene que verlo, tiene que admirarlo… —Arrugó la nariz, meditabunda, y de pronto, como si se le acabara de ocurrir una idea, preguntó—: ¿Te gustaría que así fuera?

A mi mente acudieron imágenes de los entrañables días que pasé en el taller de costura. Cómo mi madre, Bárbara o las chicas se afanaban en apuntar el hilo con exquisitez entre los dobleces de las delicadas telas. Y mientras ellas cosían los hermosos vestidos de novia, yo hacía bocetos

sueltos con los complementos que mi cabeza no dejaba de crear. Otras veces las ayudaba a completar sus confecciones con detalles nuevos que ellas enaltecían; me auguraban un futuro brillante como diseñadora.

De repente me di cuenta de que estaba tan atrapada por la tela de araña de Daniel que me había olvidado hasta de mis sueños. Estaba tan limitada, centrada solo en él, que me había aislado de ellos.

Miré a Claudia, que esperaba atenta mi respuesta.

—Sí —me escuché decir.

—¿Es tu sueño? —preguntó perspicaz.

Asentí haciendo oídos sordos a ese runrún que, gracias a Daniel, tenía alojado en mi cabeza y que me machacaba de tal manera que me hacía pasar de puntillas por mi propia vida.

—Pues los sueños están para cumplirlos —soltó exultante.

Por aquel entonces no se hablaba de la violencia conyugal. Eso quedaba de puertas para adentro y, por tanto, no había información de este tipo de relación que debilita tu interior y, en consecuencia, arruina todo lo demás, destruyéndote de tal manera que dejas de ser la persona que eras y tu vida se acaba convirtiendo en algo… algo que no te gusta.

Entonces un día alguien te hace ver cuánto echas de menos la alegría y los sueños que dejaste atrás.

—¿Y quién dice que no pueden hacerse realidad? —concluyó elevando los hombros.

Sus ojos brillaban como si fuera a hacer una travesura. Me propuso llevar mis diseños en todas las cenas y acontecimientos a los que acudiera, que no eran pocos. Estaba convencida de que las mujeres que asistieran a ellos se quedarían tan prendadas de mis creaciones como ella. Me interrogó sobre el proceso de trabajo del bolso que tenía en ese momento en las manos. Si me había llevado más tiempo que otros, si tardaba días, semanas o solo unas horas. El coste de los materiales. Si había tenido que desechar algún ornamento mientras lo elaboraba, o si se había roto alguno de los realces y había tenido que cambiarlo. En fin, preguntó por todos los pros y los contras del proceso hasta llegar al final. Con todo, hizo un cálculo de su valor.

—Pues multiplicarás por tres este valor —dictaminó.

—¿Qué?

—Vas a vender muchos, ya lo verás.

—Pero… yo pensaba que solo querías lucirlos, no que fuera a venderlos, y menos por el triple de su valor.

Rechazó mi perplejidad con un aspaviento y siguió argumentando:

—Tus complementos son más que un simple objeto. Al responder a mis preguntas me has confirmado lo que ya imaginaba, que detrás de cada pieza hay mucho trabajo y esfuerzo, sin contar con el dinero y el tiempo que inviertes en su realización.

Abrí la boca sin emitir nada; a fin de cuentas, lo que decía era cierto.

—No solo comprarán tus complementos, que, por cierto, son únicos, sino que van a comprar tu talento y el pedacito de corazón que dejaste en su confección y eso, querida amiga, vale mucho más que todo lo demás —concluyó apartándose de la cara su mechón rebelde.

Sonrió cuando, tras un instante de titubeo, asentí mostrando con recato mi aquiescencia.

—Genial —exclamó conspiradora, y se apresuró a añadir—: ¿Sabes cómo empezaron muchos grandes diseñadores?

Afirmé con la cabeza, ya que en el taller en el que pasé mi adolescencia había catálogos y revistas de moda que, inevitablemente, hablaban de ellos.

—Pues sabrás que muchos no llegaron a serlo porque lo soñaran desde niños, ni porque hubieran estudiado diseño. Muchos empezaron haciendo cosas que no tenían nada que ver, y ahí están.

Mientras ella disertaba sobre algunos de los diseñadores más icónicos, yo desenterraba mis sueños, esos que todos tenemos y perseguimos, aunque sea más fácil buscar todo tipo de escusas para no llegar a cumplirlos, bien por miedo o por eso de más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer y así no salir de esa zona de confort en la que habitamos. Pero ese no era mi caso. Yo renuncié a todo para hacer feliz a Daniel y dejé de ser quien era. Al actuar de una manera diferente a mi ser, me convertí en una mentira de mí.

Mirando con la distancia de los años y la experiencia, he aprendido que nunca tienes que cambiar tu forma de ser ni de vivir por nadie. Si alguien te quiere de verdad, nunca te lo pedirá, porque el verdadero amor se basa en la aceptación y en la confianza. Si te quiere, te aceptará tal como eres, con tus intereses y aficiones, y te dejará el espacio necesario para que te desarrolles como persona. Jamás debes renunciar a tus amigos o familiares o abandonar tus aficiones y actividades por la absurda idea de que así haces feliz a esa persona; una idea que, en mi caso, Daniel se encargó de hacer germinar en mi cabeza sin que me percatara de ello. Cuando una relación se basa en el miedo a que la otra persona se enfade o se moleste, no augura nada bueno. Creedme, el amor y el miedo no son compatibles. Las relaciones se han de basar en el respeto mutuo. Nunca cambies tu forma de ser por miedo a que tu pareja se enfade y te deje, porque a la larga, cuando te das cuenta de que ya no eres tú, empiezas a echar de menos todo lo que has dejado atrás.

A lo largo de esa maravillosa tarde, mientras escuchaba a Claudia, fui tomando conciencia de todo lo que yo había perdido.

—Como ves, no se llega a los sueños en un plis plas, hay que hacer un largo recorrido para lograrlo —dijo concluyente.

—Cierto —respondí muy consciente de lo que yo podía o no hacer dentro de mis posibilidades, porque Daniel era como un muro inescrutable.

Como esposa del cónsul, Daniel no pondría ninguna objeción a la presencia de Claudia en mi vida; por tanto, no supondría ninguna complicación reunirme con ella.

Dibujé una media sonrisa, casi remisa, pero una sonrisa, al fin y al cabo, producto de una naciente determinación.

17
Abril

A la mañana siguiente, cuando el sol ganaba la batalla a la noche, que había pasado deshojando la margarita de los pros y los contras sobre lo planificado el día anterior con Claudia, me encontraba aferrada con ambas manos a la barandilla de la terraza, observando la ciudad, que tomaba el ritmo entre sus familiares sonidos para darle vida a ese nuevo día. Mientras esperaba a que Daniel acabara de arreglarse para servirle el desayuno, meditaba sobre cómo exponerle mi decisión.

No había ningún sentimiento de aliento y confianza por su parte. Ser consciente de que no creía en mis capacidades me hacía dudar; que él tomara lo que le iba a contar como un desafío a su control daría al traste con la ilusión de otorgarle más color a mi vida y, por ende, más felicidad, ya que sus actos y creencias eran algo así como su feudo y, en consecuencia, no toleraba ser ni desafiado ni contrariado.

Andar siempre temerosa es como cruzar un enorme precipicio manteniendo el equilibrio sobre la cuerda floja, sobre la que haces infinidad de malabarismos para no caerte. A pesar de ese arraigado sesgo de frialdad emocional que anidaba en su corazón, y del que nacía su desconfianza, Daniel escuchó lo que yo le contaba mientras desayunaba. Para mi sorpresa, no parecía contrariado. Deduzco que considerar mi afición como un pasatiempo era ese hueso que todo buen maltratador le lanza a su presa para compensar sus iniquidades.

Es importante apuntar que estas compensaciones forman parte de la dinámica del abuso, ya que las personas abusadas se aferran a esos momentos y sus tiranos lo saben.

Por ese entonces, mi subconsciente empezaba a ser conocedor de ese tipo de manipulación; supongo que por eso me guardé de contarle lo que cobraría por mi trabajo. Hoy en día todavía me pregunto de dónde saqué el coraje para decirle que, económicamente, no nos supondría nada, porque solo me pagarían el coste de los materiales.

Cuando terminé, torció la boca con un gesto de desagrado, de la misma forma que lo hacía su madre. El corazón se me atenazó en el pecho.

—Con la clase y el estatus que tiene esa mujer, no entiendo lo que ha visto en ti y en tus naderías. — Su mirada voló a mis ojos—. Pero no deja de ser la esposa del cónsul —comentó calculador— y es importante tener buenos contactos.

Ver en sus ojos cómo conjeturaba sobre la conveniencia y el provecho de esa relación me removió la bilis. Ese sesgo dañino propiciado por sus frustraciones haría muy difícil que Daniel viera en la presencia de Claudia una luz cálida que merecía la pena incluir en mi vida. Por una vez su falta de empatía hacia mi persona me beneficiaba. La carencia de esa cualidad le volvía egoísta, solo pensaba en su propio provecho.

—Está bien —resolvió condescendiente, confirmándome que para él las relaciones eran importantes—, pero, por tu bien, no me avergüences —sentencio amenazante, imponiéndose,

haciendo un ejercicio de poder, empleando la manipulación para pasar por alto mis emociones, para dejar bien claro quién dominaba.

Pero lo que escondía ese control era la visión negativa que tenía él de sí mismo, dejando en evidencia su baja autoestima. Como he dicho, mi subconsciente arrancaba a vislumbrar ciertas cosas, como que me degradaba para sentirse mejor porque ese menosprecio le hacía creerse más fuerte.

Y otra vez la misma pregunta: ¿por qué me dejé manipular de esa forma? Muy sencillo, las personas como Daniel son perfectas interpretando. Al principio, te envuelven con su encanto. Con la destreza de un buen cazador, te atraen con halagos y con palabras que saben que quieres escuchar. Una vez que consiguen su presa, ejercen tal poder de seducción que te ponen, sin que te des cuenta, los hilos para manejarte como a una marioneta y entonces, entre humillaciones y lisonjas, se adueñan de ti, de esas características que tú tienes y de las que ellos carecen. Supongo que así creen que llenan ese vacío de insatisfacción que arrastran desde pequeños, cuando se supone que sufrieron ese tipo de disfunción que paralizó su desarrollo como una persona saludable, para el bien de su alma y de los que les rodean. Pero, como he señalado antes, en este punto de mi vida, mi yo interior empezaba a sospechar que su madre y su hermano eran esa disfunción.

Con esto no trato de disculpar a Daniel; al contrario, le culpo por no hacerle frente a ese vacío y a esa insatisfacción para curar su alma. Le recrimino que se niegue a asumir sus contradicciones internas, esas que no le permiten experimentar su dolor; que se sienta valioso y poderoso al transferírmelo a mí para llenarme de dudas, soledad y tristeza. Lo aborrezco por minar mi autoestima para llenar su vacío y proteger así su debilidad. Era tal la toxicidad que me hacía sentir culpable de su propia agresión y, como ya he repetido a lo largo de esta historia, si alguna vez se me ocurría reaccionar a sus ataques, cambiaba las tornas de tal manera que se salía siempre con la suya.

Así que no, no lo disculpo, solo trato de explicar que cualquiera puede ser víctima de una persona así, que te envuelve, sin que te percates, en un complicado círculo de maltrato para que te sientas vulnerable, inútil y sin fuerzas, solo porque creíste en ese ser como persona y, en consecuencia, no dudaste de sus sentimientos. Por ello, le obsequias con todo tu yo, le das el poder y caes en sus artificiosos engaños, y cuando ha creado un fuerte vínculo emocional, que resulta difícil de romper, te ciega la realidad.

Su egoísmo por sacar provecho de mi relación con Claudia consiguió que, a partir de ese día, cada vez que abría los ojos al saludo del amanecer, una sonrisa de satisfacción se dibujase en mi semblante. Que me levantase con ilusión renovada y con la cabeza llena de ideas.

Por aquel entonces no había móviles ni redes sociales, aunque la tecnología empezaba a mostrar todo lo que nos traería; seguía siendo algo de ciencia ficción. Por eso Claudia fue la herramienta principal de comunicación directa con mis clientas. Se convirtió en mi escaparate. Lució mis complementos en cada una de las recepciones, reuniones y eventos a los que acudía, atrayendo así a posibles compradoras.

Yo ponía los cinco sentidos en todo lo que Claudia me contaba sobre cómo reaccionaban al ver uno u otro modelo, para superar cualquier expectativa que provocaban con relación al siguiente que elaborara y que ella luciera. Buscaba sorprender y también la satisfacción de quien se animaba a comprarlos, para que repitieran y me recomendaran a sus familiares y amigos. Mi objetivo era que se sintieran diferentes con cada una de mis creaciones.

Plan de negocio, viabilidad, acción y márquetin, palabras que aprendí años después y que en ese

momento ejecutábamos por puro instinto.

Recuerdo que aquellos días los viví con una mezcla de nervios, emoción e irrealidad. Los nervios que Daniel me provocaba se agudizaron por ocultarle lo que de verdad cobraba, temía que se enterase. No quería ni imaginar las consecuencias.

Por otro lado, estaba la emoción de hacer algo que realmente me gustaba. Recuerdo la primera impresión de este sueño que se hacía realidad. Fue una experiencia maravillosa cobrar por mi primer encargo.

—Es la recompensa por el trabajo bien hecho —me señalaron Claudia e Irasema con satisfacción.

Hay personas especiales que te cautivan desde el minuto uno. Claudia e Irasema desprendían magia, conquistaban con esa sencillez natural y llena de humanidad que prodigaban. Por eso, no me extrañó que, cuando las presenté, se identificaran al instante y surgiera entre ellas una excelente amistad, sin tener en cuenta ese arraigo socioeconómico clasificatorio que divide con una enorme brecha a los habitantes de la ciudad en la que vivíamos.

Dar con personas tan positivas como ellas, que se alegraban de mis logros y me demostraban su aprecio, alejando así todo el mal que Daniel me provocaba, fue lo mejor que me pudo pasar.

Pero estaba esa sensación de irrealidad que no me abandonaba, ya que lo vivía como si me estuviera labrando mi propio destino. Lejos estaba de saber que así era…

El verdadero balance de todo aquello fue que mi trabajo se convirtió en mi libertad y, a su vez, en mi orgullo. Por primera vez desde que estaba con Daniel el aire corría por mis pulmones con más libertad.

18
Abril

Este giro en mi existencia se presentó como una vida alternativa, ya que cada día tenía que escoger qué camino seguir entre los dos patrones de esta estrenada y naciente realidad. Mi nuevo propósito dejaba de estar alineado con el rumbo que hasta entonces la decepcionante y sombría biografía de mi matrimonio me había marcado. Era como si me desdoblara.

Por un lado, estaba la Catalina de espíritu debilitado, la esposa ultrajada y asustadiza y, por otro, una renacida y creciente Abril que, como la de antaño, buscaba el color de la vida. Esa Abril creativa, de mirada despierta, de pensamiento divergente, capaz de desafiar lo que se daba por sentado, llamaba cada día con un toque más fuerte a su legítima puerta, acrecentando mi confianza. Porque esta vida paralela era también como un chute de introspectiva. Ese viaje a mi interior me hacía prestar más atención a esas inquietudes, que avivaban mi desdoblamiento. Una atención que Daniel me obligó a centrar tanto en él que me alejó de mi yo verdadero, Abril.

Esta era mi situación. Obviamente, no era borrón y cuenta nueva, era más bien utilizar los recursos que tenía para gestionar mis circunstancias y mi horizonte y que me ayudaran a adquirir un mayor conocimiento para adaptarme de forma positiva a la adversa situación. Abrir esta ventana al optimismo fue fundamental.

Una mañana de sábado, después de que Daniel se fuera de casa, no sin antes dirigirme su acostumbrada sucesión de primores verbales, hacia uno de sus viajes, que, por cierto, eran cada vez más frecuentes en fin de semana —evidentemente, no tenía interés en saber el porqué, yo solo deseaba que se fuera—, me encontraba en una de las muchas escuelas de samba que tiene esta ciudad. Estos centros son grandes grupos sociales que representan vecindarios y que, como un equipo de fútbol, tienen sus propios colores y seguidores.

En los primeros días de mi amistad con Irasema le mostré todo mi trabajo. Cuando lo vio, no dudó en llevarme a conocer la escuela a la que pertenecían ella y su familia para facilitarme la adquisición de todo tipo de materiales.

El vestuario y los disfraces con los que desfilan en carnaval son el resultado de la pasión y la dedicación que emplean en miles de horas de arduo trabajo. Sin ninguna duda, el vestuario es parte fundamental del famoso desfile, pero también son brillos, colorido, plumas, lentejuelas, sedas… En fin, todo tipo de elementos de fantasía perfectos para lo mío.

—Espero que no tardes tanto en volver, Catarina, ya sabes lo mucho que nos gusta que vengas.

En boca de los brasileños, Catalina era Catarina. Por cierto, ya dominaba bastante bien su idioma.

—Gracias, Luciana, sabes lo mucho que me gusta venir, pero, con todo lo que me llevo hoy, estaré bastante atareada por un tiempo.

Claro que me gustaba ir. Estar allí era como volver al taller de novias. Me hacía sentir más cerca de mi madre, de Bárbara y las chicas. Solo que aquí todo era color, samba y música, ya que estas

escuelas son un auténtico torrente de creatividad. No solo están las personas que confeccionan los trajes. También hay coreógrafos, músicos, grupos de baile y constructores de carrozas; todos necesarios para la ejecución del conocido desfile. Ah, Luciana era prima de Irasema.

—Es verdad, corazón —exclama mirando la cantidad de paquetes que llevo—. Espera, llamaré a uno de mis sobrinos para que te lleve a casa.

—No es necesario.

—Ya lo creo que sí —dice con un aspaviento.

Sale por una puerta lateral mientras yo intento coger todos los paquetes.

—Catarina.

Al girarme hacia la voz de Juliana, mis ojos se toparon con una mirada que me resultó conocida. Había algo en esos ojos que llamaba poderosamente mi atención.

—Quién me iba a decir que volvería a verte —dice acercándose.

Entonces lo recuerdo. Esos ojos me miraban por el espejo retrovisor de un coche.

—¿Conoces a mi sobrino Paulo?

—Nos recogió a mi marido y a mí en el aeropuerto cuando llegamos a la ciudad —digo casi más para mí al reconocerlo.

—¡Claro! Se dedica a eso, perfecto. ¿Recuerdas dónde vive? —pregunta Luciana al tal Paulo.

—Por supuesto, tía, soy un profesional.

—Creo que más que un profesional… te gustan las mujeres y más si son tan bonitas como Catarina —le sermonea Luciana.

Él sonríe con aceptación.

—De verdad, Luciana —suelto acelerada, pues la situación me trastoca—, no es necesario.

—Para mí no es ningún problema acompañarte —responde Paulo.

—No se hable más —despacha agitando los brazos—, llevas demasiados paquetes y me quedo más tranquila sabiendo que Paulo te ayuda.

Sin darme tiempo a replicar, nos insta a salir.

—Es mejor no insistir —murmura Paulo—, es obstinadamente terca.

Cargamos las bolsas en un coche verde algo destartalado que, teniendo en cuenta los rozones y el par de pequeños abollones, había sufrido algo más que un simple contratiempo.

—No te preocupes —suelta como si leyera mi pensamiento cuando ve cómo observo el vehículo —, el carro no es mío. —Señala los golpes con la cabeza—. No fue cosa mía.

Eleva la comisura de los labios y me deslumbra con una sonrisa blanca y sumamente atractiva.

—Supongo que estarás más cómoda en el asiento trasero —dice abriendo una de las puertas de atrás.

Subo al auto sin decir nada. Asumo que ese gesto confirma su suposición. Aun así, una vez que me acomodo, agradezco el gesto con un gracias que suena algo vacilante.

Él, que ya está en el lugar del conductor, coloca el espejo retrovisor de tal manera que nuestros ojos se encuentran.

—A mandar —responde con un controlado y atrayente volumen de voz.

Arranca y, mientras se incorpora al fluido tráfico, observo las marcadas articulaciones de sus dedos y cómo estos se aferran con firmeza al volante, transmitiendo seguridad, energía. Al ver la

limpieza de sus uñas, también la pulcritud, desvío el escrutinio hacia su pelo. Lo lleva corto, pero se intuye que es ondulado. Entonces siento su mirada a través del retrovisor, como aquel lejano día de mi llegada. Lo miro y, con un arrojo que entonces estaba anulado y que no luchaba por salir, le sostengo la mirada y atestiguo que sus ojos son lo que más destaca de sus varoniles rasgos. No son todo lo oscuro que se necesita para que sean marrones, ni lo suficientemente claros para que parezcan amarillos, creando una de esas tonalidades que se consideran raras en las personas: el color ámbar. Este color resalta sobre ese tono imperecedero de su piel bronceada y la oscuridad de su pelo.

Me guiña un ojo antes de desviar la mirada al frente y mostrar un tipo de sonrisa que me lleva a bajar un par de dedos la ventanilla. Gesto que me justifico por el olor a gasolina que desprende el coche.

El concurrido y persistente tráfico nos hace parar cada dos por tres, ralentizando la marcha y, con ello, aumentando las ganas de conversar de Paulo.

Al principio me muestro un poco reacia, pero al final me atrae con su desenvoltura. Se congratula de lo bien que me he adaptado a la ciudad. Cuando le explico mis paseos, se sorprende de que conozca rincones que generalmente la gente de fuera no llega a descubrir, ya que solo se centra en los lugares emblemáticos. Me felicita por lo bien que me manejo con el idioma y se carcajea cuando le digo que es gracias a que Irasema me enganchó a las telenovelas. Está claro que conoce a Irasema, pues es prima de su tía y, como él me dijo, el parentesco los une. Aprovecha entonces para divertirme con historias de su extensa familia, con un humor tan fresco y audaz que no puedo parar de reír, hasta que me suelta con la misma audacia:

—Una mujer tan bonita como tú debería reír más. Estás preciosa cuando lo haces.

No me esperaba algo así y enmudezco.

—Mírate, hace un momento tus ojos tenían vida. Entonces te digo algo bonito y te repliegas —suspira de forma ruidosa—. Los hombres como tu marido deberían probar su propia medicina…

Mi corazón se acelera. Su bombeo no es suficiente y la necesidad imperiosa de oxígeno me lleva a bajar una cuarta más la ventanilla.

—No sé qué me quieres decir —consigo balbucear tomando aire.

—Oh, vamos, Catarina —pronuncia moviendo la cabeza—, no intentes hacer como si tu matrimonio fuera ideal. Desde el primer instante que os vi supe que ese hombre no te haría feliz. A decir verdad, ni a ti ni a ninguna otra mujer.

—Estás equivocado…

—Catarina… —replica condescendiente.

Aparto la mirada para llevarla fuera del coche, porque no puedo mantener la de Paulo en el retrovisor. Vamos por un tramo plano de la ciudad. Observo los locales comerciales que, colocados en puntos estratégicos, atraen a los posibles clientes. Parece que todo el mundo camina con calma, como si las manillas del reloj no tuvieran potestad. Pero es como la calma chicha, que esconde una latente ebullición, como la que hierve en mi interior.

Tiene razón. Para qué negar el vacío de mi corazón. Daniel se ha desentendido de cualquier vínculo afectivo. La dura realidad es que día a día ha destruido todas las expectativas que yo tenía y ha dejado al descubierto sus sentimientos. Nunca me ha valorado y lo único que he encontrado es un aislamiento que hasta ahora solo creía percibir yo, porque los demás solo ven al Daniel encantador. Incapaz de sacarlos de su error, por esa fachada que despliega, no me ha dejado otra que callar mostrando una sonrisa tibia. Así que por primera vez digo en alto lo que

nunca he reconocido ante nadie.

—No tengo su apoyo, es incapaz de mostrar un gesto amable que me ilusione y que colme ese enorme vacío que fustiga mi corazón; un vacío que, por cierto, ha provocado él. —Busco sus ojos en el retrovisor—. ¿Cómo lo has sabido?

Medita la respuesta.

—Los recién casados irradian algo especial. Es algo cálido, físico, pasional, veraz y contagioso. Es deslumbramiento, novedad y expectación.

Aparto la mirada del retrovisor. La llevo de nuevo a la ventanilla y me fijo en los cerros que rodean la ciudad, cuya vegetación es densa. Me centro en el cerro del Corcovado, el más icónico de la ciudad porque lo corona el Cristo Redentor. Observo la famosa escultura, cuya simbología promueve peregrinaciones católicas y de turistas atraídos por una de las siete maravillas del mundo moderno. Contempla la ciudad inspirando serenidad, armonía y… amor.

—Siempre concebí el amor desde la perfección —explico—; supongo que, al ser testigo de lo que mis padres irradiaban y que me entregaban, no lo entendía de otra manera —suspiro—. Sospecho que por eso no recibí un mensaje más completo y realista sobre el amor.

—Si te sirve de algo, aunque creo en el amor, no creo en la pareja monogámica. Más que nada porque lo que más me atrae es la novedad, el deslumbramiento y la pasión que desata.

—Así que eres de esos a los que les encantan los escarceos —digo llevando los ojos al espejo que nos permite encontrarnos.

—*Mea culpa* —dice mostrando una sonrisa llena de significado.

No puedo evitar sonreír.

—No creas que eres la única persona que sufre por estar con la persona equivocada o por esa caricia que nunca llegó. —Y con resolución, suelta—: Yo estaría encantado de darte todas las caricias que quisieras sin ningún tipo de compromiso.

Aunque mis mejillas parezcan un semáforo en rojo, y aunque me haya confirmado que es de los que flirtean, la naturalidad con la que lo ha expuesto atrapa toda mi atención. Aun así, consigo balbucear lo más digna que puedo:

—Creo que te estás confundiendo conmigo.

Hace un movimiento con la cabeza y suelta todo convincente:

—Catarina, no me digas que no quieres saber lo que es sentirse deseada.

—Yo…

—¿De verdad quieres resignarte a no conocer la pasión? —chasquea la lengua y prosigue—: Míralo así, la pasión hay que degustarla y activarla según las necesidades.

—Confirmado, eres un caradura cuya finalidad es disfrutar del placer.

—Ay, Catarina, esa es exactamente mi actitud ante la vida.

—¿Tu desvergüenza no tiene reparo?

—Mejor ser un tunante hedonista que languidecer con un amor inconcluso.

« Un amor en el que el egoísmo y la falta de respeto lo vuelven cada día tan insostenible que duele hasta enfermar; el vacío y la soledad son tus verdaderos compañeros » .

—Catarina —Paulo atrae mi atención—, ¡permítete aquello que necesitas!

« ¿Caer o no caer en la tentación? ¡Qué difícil decisión! Tomar una de forma segura me bloquea, porque tengo que escoger algo que sin duda cambiará mi vida » .

—El sexo sin amor es totalmente aceptable y, en muchos casos, recomendable. Un matrimonio sin deseo es del todo inadmisible —dice negando con la cabeza como espantando la idea—. Es demasiado cruel que no conozcas la pasión. Da igual con quién la descubras, pero no pases por la vida sin experimentarla.

« Vives en la carencia, tu matrimonio no es completo, le falta esa energía… y, si tú no estás bien, tu vida tampoco lo está » , me susurra esa Abril que está deseando que la escuche. Sin embargo, la baja autoestima de Catalina, esa que me lleva a vivir entre el miedo y la ansiedad, no quiere arriesgarse a tomar la decisión que verdaderamente quiere y evita decidir escondiéndose tras ese temor.

« Es una buena ocasión para empezar a poner límites a la indecisión, a tu falta de autenticidad y para saber qué es eso que te pierdes y que se relaciona con la locura y con la imposibilidad de controlarse, que intuyes en los besos apasionados de esas parejas anónimas que transitan a tu alrededor —objeta Abril abriéndose camino desde lo más profundo de mi ser—. Empieza a ser tú —vocifera— y date lo que deseas » .

—Tienes razón —por fin es Abril la que habla.

—Bien, eso es ya un gran paso —afirma Paulo mirando al frente.

La actitud abierta de Paulo es tan afable y la muestra con tanta habilidad que Catalina quiere que la escuche y me lleva a rememorar una tarde en el taller de novias, cuando Bárbara, desengañada, se lamentaba de que cierto hombre la hubiera encandilado con su piquito de oro, hasta conseguir lo que él quería. Y después, si te he visto no me acuerdo.

« Ya sabes que Paulo es un tunante concupiscente; él mismo te lo ha confirmado, así que si te he visto y no me acuerdo te viene al pelo » .

—Paulo…

La voz de Abril ha sonado tan tenue y susurrante que no me he reconocido, pero Paulo ha entendido antes que yo mi reclamo y ha clavado sus ojos en los míos de tal manera que todo el calor del mundo se ha concentrado en una parte de mi anatomía. No pensé que pudiera calentarse así.

—Belleza, has dado con el hombre indicado. Soy de los que disfrutan haciendo gozar a las mujeres.

Definitivamente, bajo la ventanilla del todo.

19
Abril

Desde un garaje privado accedimos directamente a la habitación de un hotel. De repente la situación pareció estallar bajo mis pies.

« ¿Cómo me había dejado convencer? Mi vida ya era bastante difícil como para complicármela más. ¿En qué punto de la conversación dejé que derivara hacia el tema sexual? —me increpé como Catalina—. Pero si no podías estar más atenta… —me repliqué como Abril—. Simplemente necesitas abandonar la imaginación y saber lo que se siente » , terminé por admitir.

Mi lenguaje corporal debía de mostrar el grado de inseguridad que me constreñía, porque Paulo arguyó que no me preocupara, que era un hotel parejero. Cuando vio mi cara de no saber de qué me hablaba, me contó que los hoteles parejeros son los que frecuentaban los amantes furtivos, pues, como había podido comprobar, no se tiene contacto con nadie para preservar la intimidad de los clientes. Luego bromeó sobre el hecho de que los días de diario, a la hora del almuerzo, siempre estaban llenos.

Agradecí que quisiera relajarme e intenté mostrar mi mejor sonrisa.

Paulo desprendía confianza por todos los poros de su piel. Ojalá yo hubiera podido decir lo mismo, pero las dudas no dejaban de asaltarme. No podía negar el grado de inseguridad que sentía al pensar cómo tenía que actuar; temía que la vergüenza minara el momento.

El atractivo color de piel de Paulo resplandecía en contraste con la sencilla camiseta blanca de algodón que cubría su musculoso tórax. Miré sus fornidos brazos y de repente me di cuenta de su perturbadora masculinidad. Me habló de manera lenta, insuflándome confianza, sin apartar la mirada de la mía, pero dándole un toque tan sugerente a su entonación que me hacía ser muy consciente de sus intenciones.

Sus palabras me afectaban de tal manera que me envolvían en una extraña bruma de emociones. Me cogió la mano y llevó sus labios a mi piel.

—Tranquila —susurró antes de presionarlos suavemente sobre ella, con ese sugerente ronroneo brasileño.

La suavidad de sus labios y el tentador arrullo de su voz impactaron directamente entre mis piernas. Era algo que no había experimentado nunca, hasta que lo advertí en el coche, cuando la conversación se centró en el sexo.

El estallido de inseguridad volvió de golpe. Aparté la mano con tal rapidez que derivó en un gesto muy tosco.

—Lo siento… —respiré profundamente.

El carácter ligero y fresco de su cítrica colonia se apoderó de la habitación. Por cierto, era muy agradable, sobre todo para el tipo de tiempo de la ciudad en la que vivíamos.

—¿Por qué te disculpas? —sonrió despacio a la vez que ladeaba la cabeza sin dejar de mirarme de forma almibarada.

—Es… —susurré casi sin voz— demasiado… Esto… yo… —sonaba insegura y débil; seguro que resultaba muy poco apetecible. Me llevé una mano al rostro y comprobé que la cara me ardía.

Él sonrió paciente.

—Los dos sabemos que nunca has hecho una cosa como esta —dijo afable— y que tu marido nunca te ha hecho sentir lo que yo estoy a punto de darte…

Esa amabilidad me afectaba tanto como lo que veía en sus ojos. Cerré los míos tratando de aminorar así mi acelerado pulso.

—No los abras —me dijo.

Sin reticencias, me dejé guiar con suavidad hasta que sentí la pared a mi espalda, quedé entre el muro de su cuerpo y el blanco tabique. De golpe, la presencia de Paulo lo llenó todo. La situación podía resultar conflictiva y, sin embargo, no podía atraerme más. Percibí que acercaba, deliberadamente despacio, su rostro al mío. No fui consciente de que solté un quejidito hasta que lo oí. Entonces atrapó mi cara con las manos para que no me perdiera lo que estaba por venir.

Posó su boca en la mía y, de forma mágica, su lengua se encontró con la mía. Con el roce de sus labios, los míos se entregaron a la suavidad de su boca y, cuando su juguetona lengua pidió paso a mi labio inferior, con suaves lametones y delicados mordisquitos, para adentrarse, me quedé engatusada por las caricias de este suave apéndice, así que me entregué gustosa al delicioso enredo de lenguas.

Noté que mi pecho chocaba con sus pectorales y que la dureza de su sexo se acomodaba en mi vientre. Paulo me atrajo hacia la firmeza de su cuerpo, reforzando así el control de la situación. Apenas fui consciente de que había levantado los brazos y que mis dedos jugueteaban en el lugar en el que su columna se unía con la cabeza, hasta que escuché un ruidito ronco de aprobación.

« ¿De verdad mis dedos cosquilleaban su cuello? » .

Bajó una mano hasta mi cuello, marcando una cálida estela, antes de parar el beso con delicados mordisquitos. Solo me percaté de ello cuando el frescor del aire abanicó la humedad que su boca había dejado en mis labios. Abrí los ojos. Paulo estudiaba mi cara a escasos centímetros.

—Eres muy bella —ponderó.

—No lo soy.

—Estás muy equivocada, Catarina. Eres realmente bonita —dijo mientras delineaba delicadamente mis labios con el pulgar de la mano que todavía sujetaba mi rostro.

Cerré los ojos para disfrutar de esa caricia, hasta que lo oí inhalar.

—Y hueles igual de bonito —ensalzó con los ojos parpadeantes.

Arrastró la otra mano por el otro lado de mi cuello y, con ambos pulgares, dibujó circulitos hasta unirlos en mitad de mi garganta.

—Más tranquila —afirmó con suavidad.

Asentí con la cabeza para confirmarlo.

Bajó las manos para recorrer mi cuerpo por encima de la ropa. Sentirlas explorar con determinación ocasionó una nueva oleada de calor entre mis piernas. Esta afluencia de humedad me hacía querer más; era como un detonante hacia algo que deseaba descubrir con fervor y que la intuición me decía que me llevaría más allá de las nubes.

Cuando llegaron a mis pechos, arqueé la espalda instintivamente. Al mostrar el pecho hacia fuera, creció la presión de sus manos sobre ellos. Mis pezones pronto estuvieron entre sus dedos y los apretó.

El estómago me dio otro vuelco.

—No va a pasar nada que no quieras —me dijo con seguridad.

—¿Por qué lo sabes? —le interrogué apenas escuchando mi voz.

Acercó el rostro y me dio un suave beso en los labios. Cuando se apartó, dejó la cara a escasos centímetros de la mía.

—Me lo dicen tus labios, tu cuerpo y tus ojos —argumentó cosquilleando mi boca con el aliento de sus palabras.

Se separó y comenzó a desabrochar los botones de mi blusa. Mi pulso, de por sí ya bastante alterado, pareció encabezar una nueva carrera y, de manera espontánea, usé los brazos como barreras. Al ver mi reacción, me agarró de la barbilla. La sujetaba con firmeza y pude sentir que sus ojos reclamaban que los mirara. Cuando levanté el rostro, me guiñó uno.

—Que no te entre el pánico —dijo con suavidad—, eres la dueña de tu cuerpo.

Movió el dedo pulgar y acarició mi mandíbula. Me sentía tan azorada que quería salir corriendo, pero, por otro lado, estaba ese ofrecimiento de sexo…

—Sí —afirmé muy consciente de que significaba otro antes y después de los que ya se estaban produciendo en mi vida.

Paulo llevó las manos a los botones de mi blusa y, antes de seguir abriéndola, levantó una ceja esperando mi conformidad. Era tan paciente y atento que tuve que contener una implacable necesidad de romper a llorar. Lo comparaba inevitablemente con Daniel. No apartó su mirada de la mía hasta que reafirmé con la cabeza.

Terminó de desabrochar la camisa y la deslizó suavemente por mi espalda. Quedé frente a él con un sencillo sujetador blanco. Me latía tan fuerte el corazón que pensé que se oiría fuera de la habitación. Paulo dejó caer la camisa sobre una pequeña butaca sin apartar sus ojos de mí. Pude comprobar que su tórax se alzaba algo más acelerado y que sus ojos tenían un brillo diferente. Como si una luz se encendiera; supe ver que él también estaba tan alterado como yo. Saberlo me hizo sentir tan bien que me insufló seguridad.

Lo miré a la boca y pensé cómo se sentiría en mi piel. Creo que me relamí los labios, porque él sonrió con ojos brillantes.

« ¿De verdad me estaba relamiendo los labios? » .

—Dime, preciosa, ¿qué es lo que quieres? —inquirió con una suavidad que denotaba sexo.

—Yo… No sé —tartamudeé como una adolescente.

Levantó una mano y, con el dorso, recorrió desde mi cuello hasta el hombro y desde el hombro hasta el pecho, perfilando el saliente montículo. Me dejé llevar por el placer de la delicada caricia y supongo que por eso dejé caer la cabeza a un lado. Al quedar mi cuello al descubierto, los labios de Paulo se posaron en la sensible piel. La fina y suave superficie labial me llevó a un punto inexplorado, del que intuí que no había retorno, ya que me hacía querer más. De repente mis manos estaban en el bajo de su camiseta. Levanté los brazos, la pasé por encima de su cabeza y la tiré junto a mi blusa.

« Ni en sueños me hubiera imaginado reaccionar así » .

Se apartó un poco y dejó que observara su desnudo torso. Fornidos brazos, poderosos pectorales, definidos abdominales y una pelvis vigorosa y sexi. No hay que olvidar que en este país el culto al cuerpo no tiene término, así que ver a infinidad de hombres y mujeres paseando por sus famosas playas mostrando sus torneados cuerpos al sol es algo más que un ritual diario.

Levanté el brazo para posar la mano en el centro del espectacular ramal de músculos que tenía por torso. Visto tan de cerca y sin cubrir, parecía todavía más grande. Al tacto, era tan firme y duro como se intuía.

—Catarina…

—¡No! —Elevé el otro brazo y presioné levemente sus labios con los dedos—. En este momento soy Abril.

Me miró con asombro, observándome en silencio. Bajó la vista hasta mi pecho y la subió para buscar de nuevo mi mirada.

—Como quieras —citó lentamente al tiempo que agarraba con la mano los dedos que habían presionado sus labios—, Abril —arrulló besándolos.

La sensualidad con la que pronunció mi nombre y la suavidad de sus labios presionando mis dedos me embelesaron. Paulo me miró con un anhelo desconocido.

—¿Por qué me miras así?

—Porque voy a poseerte una y otra vez hasta que se te despejen todas las dudas.

Contuve el aliento.

—Porque con una vez no va a ser suficiente —determinó.

Llevó la mano que me tenía sujeta a su cintura, arrastrando los ojos para buscar los suyos y emitir un claro mensaje. Acerqué la otra. Desabroché primero el cinturón; a continuación, desabotoné el pantalón, bajé la cremallera y, por último, tiré del pantalón hacia abajo. El bulto que escondían sus calzoncillos era imposible que pasara desapercibido.

—¿Qué sucede? —preguntó al ver que dudaba.

—Pues…

—Por favor, habla sin miedo, es de la única forma que puedo saber qué necesitas.

—Verás, es que mi marido…

Miró lo que su ropa interior ocultaba.

—Quieres decir que la tiene pequeña o que no se le levanta cuando está contigo —dijo para ayudarme a argumentar.

Creo que todo el rojo del mundo cubrió mi rostro.

—Pues, francamente, no lo sé. Nunca se la he visto y las pocas veces que hemos hecho… —ladeé la cabeza porque no podía decir que fuera hacer el amor—, pues se pasa un buen rato moviendo… —señalé su entrepierna con la cabeza— antes de caer sobre mí como una pesada y fría losa para descargarse.

—Oh, Dios, ese tío es un auténtico… Perdona —se escusó cuando se dio cuenta de lo que iba a decir, palabra que, por otra parte, a mí no me hubiera importado escuchar. Seguro que me hubiese aclarado muchas cosas, pero ese momento era para mí.

—No pasa nada —murmuré.

Lanzó una mirada fulminante, con la mandíbula prieta y los labios tan fruncidos que parecían blancos.

—Cuánto daño te ha hecho —dijo más para sí que para mí.

—Déjalo estar —pedí conciliadora—, ahora estoy aquí y tú me vas a enseñar.

Paulo cerró los ojos y, en el momento en el que las palabras terminaron de salir por mi boca, parpadeó unas centésimas de segundo. Su cara cambió completamente, era toda determinación.

—Ya lo creo —pronunció muy seguro de sí mismo y esbozando una sonrisa de autosuficiencia.

20
Abril

La única reserva que me quedaba era la de que Paulo me viera completamente desnuda, pero desapareció en el momento en el que vi la admiración que reflejaban sus ojos ante el minucioso repaso que le dio a mi cuerpo. Podía sentir la sexualidad que brotaba de ellos cuando contorneaban lenta y gradualmente mis curvas. No hacía falta tener experiencia para saber que esa mirada irradiaba deseo. Un deseo que iba directo a esa parte de mi cuerpo que parecía despertar a una vida propia y que se había convertido en la receptora de abrumadoras y húmedas emociones. Unas emociones que, por otra parte, nunca había experimentado con Daniel. Al final del día me quedó bien claro que esa sensación incompleta que sentía con él se debía a esas efervescentes vibraciones que no existían entre nosotros.

Disfruté tanto de esa caricia visual que dejé de pensar con claridad, y más cuando Paulo terminó de despojarse de lo que le restaba de ropa. Dejó al descubierto esa parte de su anatomía a través de la cual iba a experimentar las más deliciosas sacudidas que jamás habría podido imaginar.

Pero lo que no sabía era que no solo ese apéndice era capaz de algo así. El grado de irrealidad subió un punto más cuando se agachó para ponerse de rodillas frente a mí. Jugueteó con las yemas de los dedos por mi vientre y las caderas, hasta que tiró de mí para dejar mi sexo frente a sus labios. Movió el rostro para rozar con la punta de la nariz mi sexo. El ligero roce me llevó a sentir cosas en el vientre que parecían fuera de control pero que a la vez me cautivaban. Me estremecí con una pequeña sacudida. Sobre todo, al descubrir que estaba inspirando mi intimidad.

—Hueles realmente bien —señaló, maravillándome al descubrir que el olor era una motivación más de la estimulación sexual.

Paulo emitió un ruidito apremiante, como una señal para pasar a la acción. Y ya lo creo que pasó a la acción. Me miró a los ojos y me regaló una sonrisa antes de volver a fijar la mirada en mi sexo y posar su boca en él.

¿Qué puedo decir? La imagen de su cabeza rapada zigzagueando entre mis piernas fue tan excitante que no se borró de mis párpados en mucho tiempo.

La suave lengua daba vueltas alrededor de ese bultito que asoma donde se juntan los pliegues internos del sexo. « En aquel entonces clítoris era de esas palabras que estaban en el diccionario y que no formaban parte del lenguaje coloquial » . Lo prodigaba con pequeñas pinceladas mientras yo me retorcía contra sus labios y su lengua. Completamente a su merced, me agarré como pude a su cabeza cuando las pinceladas se convirtieron en brochazos, que lo arrasaban todo con una envolvente ferocidad y que me hacían sentir cosas en el bajo vientre que no conocía, pero que me gustaban a cada instante más. Hasta que dos de sus dedos se adentraron lentamente

en las resbaladizas paredes de mi sexo. En ese momento creí enloquecer, pero lo que no sabía era que eso no era nada en comparación con lo que estaba por venir.

Su pulgar ocupó el lugar de su lengua en el pequeño y carnoso órgano, a la par que los otros dos dedos resbalaban de dentro hacia fuera de mi femenina abertura. Intuí que sus ojos buscaban los míos y los abrí. Paulo me sonrió. Era como una señal para decirme que sabía lo que estaba experimentando y que lo estaba disfrutando tanto como yo. Con una seguridad aplastante, consiguió darme lo que yo no sabía que mi cuerpo reclamaba.

—Paulo… —mascullé su nombre como para constatarme a mí misma que lo que estaba experimentando era real.

—Lo sé —murmuró sin perder de vista mi rostro cuando una maravillosa sensación de plenitud lo invadió todo segundos antes de convulsionar.

Deliciosos espasmos, supersensibles, pasmosamente incontrolables y… abrumadoramente gloriosos.

Aunque hubiera querido responder de alguna manera, lo que acababa de experimentar era mucho más de lo que podía procesar. Menos mal que tenía la espalda pegada a la pared, porque mis piernas se habían convertido en dos alambres de muelles y estaban amenazando con fallar. Paulo, que parecía sabérselas todas, me cogió entre sus brazos y me llevó a la cama.

—Eres tan bonita que no puedo esperar —murmuró.

Su expresión denotaba ansiedad.

—Necesito tomarte con urgencia —dijo con voz ronca—; prometo que después bajaré el ritmo y lo haremos tantas veces como quieras —puntualizó aproximándose a mi cara—. Por favor…

En ese instante yo solo sabía que Paulo me había hecho sentir tan completa que cualquier pensamiento racional había desaparecido de mi mente; solo quería seguir probando y explorando más virtudes del sexo.

Afirmé con la cabeza.

Se movió para coger un paquetito de un cestillo que había encima de la mesilla. Lo rasgó. Oí que lo abría y, a continuación, cogía de su interior un preservativo. Por cierto, era la primera vez que veía uno.

Una oleada de sensaciones contrajo esa parte de mi cuerpo y la humedad volvía a brotar como un auténtico manantial. Todo ello mientras observaba con fascinación cómo se lo ponía en su inhiesto y duro sexo, muy consciente de que me costaba respirar.

Acerco su cara a la mía. Podía ver un montón de sensaciones en ella. Lamió con suavidad mis labios antes de introducir la lengua en mi boca para acariciar cada rincón de ella. Por primera vez saboreé la untuosidad y el aroma de mi sexo, ya que su lengua y el contorno de la boca estaban impregnados de mi esencia.

Mi cuerpo se rindió al suyo, no porque fuera más grande y más fuerte, sino porque sentí cómo su duro y ardiente sexo entraba dentro de mí. Con un movimiento de caderas, me abrí todavía más para que pudiera surcar y embestir mi cuerpo. Mi sexo se apretaba con fiereza alrededor del suyo

a la par que él arremetía con ferocidad, de forma cada vez más profunda, fluctuando en el oleaje de mi humedad mientras me agitaba y curvaba, presa de la excitación, al sentir la llegada del segundo orgasmo de mi vida.

Con el cuello en tensión y la mirada vidriosa, él siguió penetrándome hasta que dejé de sacudirme febril. En ese punto un sonido gutural salió de su garganta, como un grito de guerra, estremeciéndose sobre mí y dejándose ir sin apartar los ojos de los míos.

Todavía entre mis piernas y respirando entrecortadamente, dijo:

—Gracias —delineó mi cara con la mirada— por confiar en mí.

Mis dedos parecían tener vida propia porque los descubrí acariciando los músculos de su espalda, que irradiaban un ligero rocío de sudor.

Me lamió con suavidad el cuello y, antes de moverse, me dio un ligero beso en los labios. Se recostó a mi lado y arrastró los ojos con apreciación por mi cuerpo antes de sonreír.

—Eres preciosa —dictaminó.

Procesar esta intimidad era algo nuevo y confuso de gestionar para mí. No solo por lo que acabábamos de hacer, sino también por la armónica situación, por la paciente y comprensiva actitud de Paulo y por las cosas tan bonitas que me decía, cosas ajenas a mi escenario conyugal.

Presa de un repentino pudor, me subí las sábanas hasta el cuello.

—No, lindura —exclamó tirando de la tela hasta dejar mis pechos al descubierto—, nunca estropees a ningún amante tan espectacular visión.

Mostré una sonrisa forzada y traté de calmar ese grado de inseguridad que intentaba colarse de nuevo. No quería oscurecer ese maravilloso encuentro lleno de atracción y locura.

—Entiendo que es la primera vez que te muestras totalmente desnuda ante un hombre y que por ello puedas sentir temor e incluso vergüenza.

Mi sonrisa forzada se convirtió en un ligero mohín.

—Pero tienes que mostrarte poderosa —dijo moviendo la cabeza—; una mujer como tú puede hacerlo sin tapujos. —Hizo una pausa al ver mi gesto y exhaló con suavidad, pues comprendió que no sabía qué trataba de decirme—. Por lo general —su tono era obsequioso—, un hombre puede darse cuenta de lo cómoda que se siente una mujer al estar desnuda. En mi caso es así y si observo que la mujer con la que voy a compartir sexo me oculta su desnudez, aunque sea con los brazos, el sexo que tendremos será muy normalito, digamos que estándar. En tu caso —acarició mi brazo con un dedo—, tu situación no es todo lo normal que debiera ser —sus preciosos ojos me sonrieron transmitiendo confianza—; por eso voy a darte un consejo que va unido de forma inherente a la esencia de un encuentro sexual satisfactorio, lleno de pasión, delirio y frenesí. —Ladeó la cabeza, como para darle más relevancia a lo que estaba por decir—. Una mujer desnuda frente a su deseo es magnífica. Es irresistible, ardiente e indomable, arrolladora. Por eso —afirmó contundente—, deja que admiren tu desnudez y muéstrate poderosa, porque lo que vendrá —apretó el puño y lo movió— será magnífico.

—Por lo que veo eres muy experto…

Sus ojos se movieron con diversión, como haciendo chiribitas.

—Como dice mi mujer, estoy condicionado por la teoría de los helados.

—¿Tu mujer? —pregunté alarmada.

—En realidad, son tres.

—¿Tres qué? —inquirí.

—Mujeres.

La inquietud que me despertó debía de ser muy evidente. Él sonrió y se pronunció con esa cordialidad con la que me trataba.

—Generalmente, la cultura y sus principios religiosos determinan que el modelo de pareja sea monogámico, pero —enfatizó la *e* alargándola— hay un inconveniente. —Subió la mano hacia mi mejilla y, con suavidad, la acarició con dos dedos—. Cuando se nos cruza alguien con quien nos gustaría estar, este arquetipo nos obliga a reprimir ese deseo. Sin embargo, hay personas como yo que no nos dejamos llevar por ese paradigma y disfrutamos de nuestra avidez.

—Ya veo… —murmuré con cierto retintín

—Mira —dijo condescendiente—, entiendo que eso sea infidelidad para los que la monogamia es la forma lógica de relación, pero hay más personas de las que te puedas imaginar, cuyas vidas son mucho más libres y, en consecuencia, sus relaciones no están amarradas por una obligatoria cadena de fuerza.

Supongo que intuyó por mi expresión que estaba sopesando su exposición, porque puso el dedo índice en mis labios, como para silenciarme.

—Es mejor ser prudente y no opinar sin conocimiento de causa —apuntó con calma— porque esos que juzgan no se plantean que sea algo de mutuo acuerdo en una pareja. Mi esposa lo sabe porque entiende que los escarceos, por sí solos, no perjudican nuestra relación. Lo único que me pide es que no le mienta.

—Pero me acabas de decir que tienes tres mujeres.

—Rosalicia es mi esposa. Eloa y Marcia han sido más que un simple vaivén… que dio frutos.

—Te refieres a que has tenido hijos con ellas.

—Sí —sus ojos se iluminaron—, con Eloa, mi diosa carnal, sexi…

—Me hago una idea —le atajé.

—Tengo dos varones. Con mi adorable y cautivadora Marcia, una niña tan encantadora como ella.

—¿Y con Rosalicia? —pregunté para sacarle de su evocación.

—Con mi amada Rosalicia, dos varones, que ya son mayores, y una pequeña y preciosa Rosalicia.

—Vaya… —solté tratando de asimilar toda esa información. Para alguien nacida en una época y

un país en el que la educación sexual se basaba en el matrimonio para toda la vida y que, para rematar, tenía como referente el formidable amor de sus padres, era como ir de paseo a la superficie de Marte.

—Lo cierto es que amo a cada una de ellas —le escuché decir mientras a mi mente acudía aquel juego que tantas veces vi hacer a las otras niñas en el patio del colegio.

Se escribía, en el interior de un cuadrado dibujado con tiza en el suelo, la cifra de los años con los que las chicas pensaban casarse. Alrededor, en cada cara del cuadrado, se escribían los nombres de los chicos que conocían o que les gustaban. Generalmente, se ponían cuatro por cada línea que unía los vértices, es decir, dieciséis candidatos a marido. Después contaban hasta el año escrito en el centro. Si era, por ejemplo, veinte, se borraba cada veinte números el nombre del joven señalado. El último que quedaba sería supuestamente su marido. Yo nunca jugué, porque para mí solo existía mi príncipe troyano.

Es indudable que ni una de ellas se hubiera planteado quedarse con tres chicos de la lista. En España hacía bien poco que el adulterio en la mujer se consideraba delito y se castigaba con prisión. Entre seis meses y seis años, mientras en los hombres era amancebamiento y se castigaba con prisión menor. Así pues, si la falta de fidelidad en la pareja estaba tan mal considerada, sobre todo en la mujer, no digamos la promiscuidad.

Aunque las cosas estuvieran empezando a cambiar, durante mucho tiempo las mujeres tuvimos que aceptar la desigualdad por narices.

« Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. Además, estoy en otro país » , me dije con cierto cinismo y dejando para otro momento analizar lo que estaba sucediendo en esa habitación.

—Como también amo al resto de mujeres en la porción de tiempo que comparto sexo con ellas.

Entre mis reflexiones se colaban las de Paulo, porque no dejaba de prestarle oído; por eso agradecí que interrumpiera la línea de esos pensamientos que no quería evaluar.

—Tienes razón, Paulo —reconocí—. Cuando se juzga una relación de pareja, se hace desde el exterior, sin conocer sus peculiaridades y circunstancias, condenando primero y preguntando después.

—Claro —respondió gratificado—, a no ser que seas un chismoso redomado y no puedas evitarlo. ¿Qué necesidad hay de gastar energía en conceptuar la vida privada de los demás? ¿No es mejor gastarla en poner los medios necesarios para estrechar el trato y la amistad?

Fijó sus ojos en los míos de tal forma que parecía leerme el pensamiento. Cuando habló a continuación, tuve la sensación de que lo había hecho.

—Aunque… hay casos que no deberían ocultarse para despertar conciencias.

—¿Qué quieres decir?

—Como el tuyo.

—¿Cómo el mío? —articulé con la voz ligeramente aflautada.

—Las relaciones de pareja como la tuya, que se juzgan desde una fachada creada para exhibir

una relación perfecta en la que no se aprecie que ese escaparate es una superficie lisa, fría y vacía, no deberían de pasarse por alto, ni vivirse en el silencio de la soledad —sentenció realmente conmovido.

—Paulo…

—Vale —murmuró conciliador— dejémoslo; a fin de cuentas, estamos aquí para que conozcas la pasión y no has podido elegir un mejor mentor —concertó moviendo cómicamente las cejas.

—Un mentor al que le encanta presumir de su experiencia —objeté satírica.

—Como bien sabrás, el mentor es alguien experimentado que se ofrece para ayudar a otros a través de sus amplios conocimientos.

Resoplé, no podía menos que sonreír ante su divertida desvergüenza.

—Tienes razón —admití regodeada por la sagaz socarronería de sus argumentos; luego, poniendo la voz grave, aseveré—: es una práctica que se lleva a cabo desde que el mundo es mundo. Todos tenemos la imagen del anciano sabio exponiendo sus conocimientos a los más jóvenes.

Paulo rompió a reír.

—Ay, mi pajarillo español —dijo cuando paró—, pero si también escondes tu sentido del humor…

De golpe caí en la cuenta de que no recordaba haber bromeado nunca con Daniel; es más, no me acordaba ni de cuándo había sido la última vez que me reí con él. ¿Lo habíamos hecho alguna vez? Con tristeza reconocí que no hay lugar para las risas cuando compartes la vida con una persona que te drena toda la energía y te deja bajo mínimos en emociones y en autoestima.

—El exceso de críticas y de malos modos no es una buena base para desarrollar positividad… o alegría o diversión...

—Por supuesto —dijo colocándome tras la oreja un mechón rebelde— y por eso te muestras tan seria y susceptible.

—La verdad es que no había percibido lo de la pérdida del sentido del humor.

—Es normal que no lo valoraras en ese ambiente en el que vives.

—Una relación que te aflige no te hace reír —murmuré inclinando la cabeza hacia delante para ocultar mis ojos al escrutinio de su mirada.

—A ver, a ver. —Elevó mi rostro sujetándome la barbilla con el pulgar y el índice y, con los ojos fijos en los míos, expuso—: Conmigo tienes la posibilidad de revertir esa situación para beneficiarnos de tu sentido del humor.

Asentí con la cabeza y sonreí. Nada resulta tan gratificante como encontrar un amigo y sentirte en sintonía con él. Esa sintonía era tan íntima que relativizaba cualquier riesgo.

Al ver mi sonrisa, me guiñó un ojo y dijo con una sonrisa pícara:

—Creo que no te expliqué la teoría de los helados.

Recordé que la mencionó cuando me reveló que tenía una mujer; bueno, tres.

—No —respondí.

Me buscó la mano y la acarició con el pulgar mientras me la daba a conocer.

—Es la que dice que siempre querrás probar otro, porque es imposible elegir un solo sabor y pensar que ese es el mejor.

Cuando asimilé sus palabras, rompí a reír como no recordaba haber hecho en años, pues sus inusuales comentarios avivaban el ánimo de cualquiera.

—Oh, Dios mío —dije enarcando una ceja cuando me calmé—, y se ajusta contigo a la perfección.

—¿Qué puedo decir? —comentó elevando los hombros sin dejar de acariciar mi mano y arrastrando los ojos por mi cuerpo repetidas veces, activando de tal manera esa parte de mí que había permanecido agazapada hasta ese día. Sentí la necesidad de retorcerme.

—¿Por qué me miras así? —inquirí intentando calmar ese fuego húmedo que se estaba produciendo entre mis muslos.

—Creo que no hace falta decirte por qué —respondió bajando dos tonos su voz—; aun así, te lo diré.

Me estremecí, era como si mi bajo vientre se constriñese con el arrullo de su voz.

—Porque eres una mujer tan bonita que es imposible apartar los ojos de ti. Porque ha sido jodidamente bueno haber tenido tu dulce sexo alrededor de mi polla. Porque, al pensarlo de nuevo aprisionándome, me entran tantas ganas de follarte que me cuesta controlarme. Porque lo último que quiero es asustarte. —Entrelazó los dedos con los míos para llevar mi mano hasta sus labios y besarla—. Porque me encanta haber sido yo quien ha despertado tu libido —prosiguió, desligando los dedos para soltar mi mano e inclinar despacio su rostro hacia el mío—. Y porque te he prometido hacerlo tantas veces como quieras.

Sus labios quedaron tan cerca de los míos que la vibración de sus últimas palabras los cosquilleó, desprendiendo tanta sensualidad que no podía respirar con normalidad. Un « oh » sin sonido fue lo único que pude modular antes de que su boca atrapara la mía para adentrarse en su interior un instante después.

21
Abril

Desperté vestida sobre la cama. ¿Me quedé dormida sin quitarme la ropa? Era evidente que sí, pero ese pormenor desapareció frente al vendaval de emociones que había experimentado el día anterior y que concurrieron de golpe para dibujarme una sonrisa de oreja a oreja que no desaparecería en todo el día ni aunque se me ocurriera pensar que todo fue producto de mi antigua y proclive tendencia a la fantasía. Pero qué necedad, si Daniel me imposibilitaba hasta la creación de fantasías. Así pues, el agradable cosquilleo que experimentaba al recordar los irresistibles besos de Paulo, las agradables caricias, sus seductoras palabras y sus hipnóticos ojos, corroboraba que todo fue muy pero que muy real.

El poder de las gratas evocaciones liberó emociones tan positivas que ensalzaron mi motivación. Me bajé de la cama sin que la comisura de mis labios descendiera. Necesitaba actividad, hacer algo… algo como… como sentir la lluvia en mi rostro. Hacía tanto que no me embebía de sus vivificantes gotas… Madre mía, si eso también me lo había robado Daniel.

Miré por la ventana. El día era de esos que son despampanantemente soleados.

—A falta de pan… —me dije elevando los hombros de camino al baño— buenas son tortas.

De cara a la alcachofa de la ducha, manipulé el grifo para que el chorro de agua diera en mi cara como una suave lluvia de verano. Mientras notaba que la artificial llovizna resbalaba por mi rostro, sentí lo verdaderamente sola que estaba en mi matrimonio. No es algo que no supiera ya, pero después de todo lo experimentado con Paulo, la sensación era más aplastante.

Abril vino al rescate y desvió esa fea sacudida orquestada de forma automática por Catalina, para alejar esa madeja mental de mi vida conyugal, al evocar la… digamos que altruista entrega de los conocimientos hedonistas de Paulo.

Con él aprendí que el desconocimiento de mi propio cuerpo y que la maliciosa influencia de Daniel fueron los motivos por los que había llegado a pensar, en alguna de esas ocasiones en las que Daniel caía sobre mí, que tenía alguna incapacidad física para el sexo, al no sentir nada más que un enorme vacío.

—Todas las mujeres estáis capacitadas para sentir un orgasmo… o más —me aseguró Paulo mientras me daba a conocer, de manera didáctica y también con persuasión, los resultados de su larga e intensa actividad sexual.

—Para conocer tu placer, debes explorar tu propia sexualidad —respaldó sus palabras apartando sus mágicos dedos del clítoris, para colocar mi mano en su lugar—; solo tienes que dejarte llevar por lo que tu cuerpo te pida…

Mirándole a los ojos, me dejé llevar por los sentidos perceptibles de toda la extensión de mi estructura física. Dueña de las divinas sensaciones que recibía a través de los deliciosos estímulos, absorbía la información para liberarlos en función de la expectativa que creaban. Era tan íntimo… como excitante descubrir que los sutiles movimientos de los músculos del rosto de Paulo translucían lo agradable que le resultaba también a él ver cómo yo buscaba mi placer.

Mientras yo recuperaba el ritmo de mi respiración, después de la memorable exploración en las desconocidas zonas sensibles de mi cuerpo, reconociendo y registrando con diligencia… como una buena exploradora, y con la clara idea de lo que su audiencia requería, es decir, yo, Paulo puso en conocimiento los resultados más relevantes de mi acción como un auténtico ponente experto en la materia.

—Lo ves, al autoestimularte aprendes a conocerte eróticamente y, cuanto más conozcas sobre tu placer y la manera en la que llegas al orgasmo, más confiada estarás.

—Vale… —asentí mientras me lamía los labios resecados por los entrecortados gemidos provocados por la excitación—; por lo que he podido comprobar —señalé—, a ti te ha gustado mirarme.

—Mi querido pajarillo —exclamó con un guiño—, era para aprender yo también lo que te gusta y…, puntualizando tu observación, tienes que saber que para un hombre ver a una mujer de esa guisa aumenta los niveles antropométricos de este rasgo que nos diferencia —dijo enseñándome el susodicho apéndice en posición de soldado.

Mis mejillas se tiñeron de rojo al revivir cómo creí morir de placer con el tacto de sus manos, con el calor de su piel, con la humedad de sus labios y con las posturas y vaivenes que vinieron después. Nunca parecía dudar de lo que tenía que hacer. Paulo lo daba todo como si amara cada parte de mi cuerpo.

Me llevé las manos a los calientes mofletes, totalmente estremecida con las diferentes reconstrucciones, todas colmadas de sonidos húmedos, jadeos entrecortados, portentosas vibraciones, maravillosos estremecimientos, sorprendentes ondulaciones, extraordinarias palpitaciones y… asombrosas convulsiones. No pude menos que sonreír al recordar lo que me dijo cuando salí del coche, al despedirnos.

—Nunca olvides lo sexi que es mostrarte poderosa y no temas, el sexo es como montar en bici, nunca se olvida; eso sí, una vez que has probado sexo… —guiñó un ojo— del bueno… —sonrió de manera muy significativa— es inevitable querer repetir…

—Te lo tienes muy creído…

—Y… qué le voy a hacer…

Me alejé del destartalado coche con una sonrisa de esas en la que los labios elevan tanto las mejillas que dibujan arruguitas alrededor de los ojos, denotando una gran felicidad. Una de esas sonrisas tan genuinas en la que es imposible contraer voluntariamente los músculos faciales para delinearla.

Debido a mi experiencia cero en conversaciones con el sexo opuesto, jamás hubiera pensado que encontraría camaradería y apoyo emocional en un hombre que no fuera mi marido. Aclaro, esa creencia era antes de casarme con Daniel. Después… supe que ese vínculo de conexión nunca

existiría con él. Por eso, era estupendo descubrir que se podía hablar y compartir aspectos de nuestras respectivas vidas con alguien del otro sexo. Argumentando, bromeando y riendo. Aportando así muchas cosas buenas que, en mi caso, fueron muy significativas para mi evolución personal.

La verdad es que no fue algo planeado. Supongo que fueron esos aires de cambio que estaba experimentando, que volvieron a soplar en mi favor, porque la vela mayor de mi rumbo no veía el momento de izarse del todo.

« La realidad es que no quise resistirme a la propuesta de Paulo » , me dije mientras lo enumeraba mentalmente todo. Porque lo cierto es que consistió en algo mucho más impactante que una terapia de choque. Fue como abrir una puerta más a mi autoestima y a esa realidad que Daniel me negaba y que interfería en nuestra relación o, por lo menos, eso era lo que yo había creído hasta el momento. Porque después de ese mágico encuentro con Paulo, se acrecentó un poco más mi percepción. Abrió un espacio de paz para mí y otro para enjuiciar la actitud polarizada de Daniel. Esa en la que no había matices, o todo era blanco o negro. Eres perfecto o un fracasado, estás conmigo o contra mí… Una distorsión que le llevaba a estar insaciablemente descontento, por esa clara tendencia victimista de responsabilizar a los demás de su menoscabo particular. Según esa percepción, todo lo malo que le ocurría no lo merecía. A estas alturas de la historia, ya sabemos contra quién arremetía por no saber cómo discernir esa situación, y como si entrara en un cuadrilátero, me propinaba con potentes ganchos, metafóricamente hablando en cuanto a los golpes físicos en ese punto de la historia. Pero no en cuanto a sus violentos golpes verbales; en ese caso siempre sacudía con implacables ganchos de poder.

Fui a mi mesa de trabajo con la idea de ver, ordenar y clasificar todo el material que compré el día anterior, pero era incapaz de centrarme, ya que no dejaba de procesar todo lo ocurrido en la habitación del hotel y, sobre todo, de proyectar cada imagen en mi mente. Las revivía de tal forma que hasta casi podía sentirlas. La instantánea de los emblemáticos ojos de Paulo recorriendo mi cuerpo licuaba mis arterias. Invocar el fuego de su boca, abrasaba mis entrañas. Volver a dar vida al dulce y juguetón abrazo húmedo de su lengua era como el final feliz de un cuento, pero cuando recuperaba el húmedo abrazo más salvaje y apasionado era como sentir que un volcán inundaba mis venas con su ardiente lava, tanto como el tacto de su piel, y vivificaba el calor de su explosivo cuerpo al fusionar con el mío.

Reanimarlo todo cortocircuitaba mis sentidos. Suspirando, me abracé a mí misma y descarté la idea de ordenar. Me dirigí a la terraza, necesitaba relajarme. Pero no llegué a salir porque sonó el timbre de la puerta. Mentalmente, agradecí la llegada de la risueña y dicharachera Irasema, no podía haber elegido un momento mejor. En mi larga sucesión de incertidumbres, siempre me había sacado una sonrisa, emocionando mi alma cuando el mundo se me derrumbaba. Acompañándome y prestándome atención y afecto. Analizando y aconsejando de forma velada. El regalo de Irasema siempre ha sido su amistad, una amistad que supuso un gran equilibrio y una importante transcendencia emocional para mí. Por eso, me sinceré con ella frente a una taza de café antes de que, en nombre del valor de la amistad, mirara el fondo de la mía cuando esta se vaciara.

—Ay, mi niña, cuando te conocí tenías tanta tristeza que la decepción desbordaba tu capacidad de ponerle buena cara a tus días y, si has encontrado el modo de abrir una puerta para despejar esa sombra, no soy yo la que te va a juzgar por querer crear tu propia definición de felicidad.

—A pesar de…

—A pesar de nada —dijo con un aspaviento—; mereces serlo y estás en tu derecho.

—Yo pensé que iba a ser feliz con Daniel… —declaré abstraída por ese pensamiento.

—No eres la primera a la que el enamoramiento la ciega y con el tiempo se da cuenta de que la otra persona no es esa imagen inigualable que la deslumbró.

—Supongo que la creencia del amor romántico propició que eso sucediera.

Una sonrisa vagó por sus labios.

—Mira, no te mortifiques por enamorarte de una ilusión; como te he dicho, no eres la única a la que le arrebata la razón.

Irasema suspiró cuando vio que elevaba los hombros con aceptada resignación ante los estragos causados por esa realidad adulterada por las emociones y la ilusión, hasta el punto de que esa imagen creada, como fruto de la ingenuidad e inexperiencia de ese estado emocional, no me dejara ver más allá de la profunda atracción, pasando por alto cualquier tipo de actitud que no fuera agradable.

—Ya no hay de otra verdad.

—No —respondió y, sacando a relucir los dientes en una cariñosa sonrisa, suscribió—: nadie es perfecto.

—Gracias, Irasema —dije esbozando mi propia sonrisa—. Nada es más reconfortante que el apoyo incondicional que me das.

Tomó una de mis manos entre las suyas y, dándome palmaditas, apuntó con su penetrante mirada.

—Espero que no te enamores de ese bribón de Paulo.

La miré sonriente.

—Tranquila, no me visualizo con él en el futuro —dije y, sopesando mis palabras, confirmé—: ni inmediato ni lejano.

—Vale… —murmuró poco convencida.

22
Abril

Es tentador volver al pasado y quedarse en la remembranza cuando en el presente no se encuentran sentimientos positivos. Para alguien que se pasó la infancia reconfortada por el amor de sus padres, protegida de las inclemencias de la vida y estimulada con las asombrosas historias de su mundo de fantasía, es necesaria una ardua preparación para vivir la realidad del presente sin el miedo que nace de las amenazas de la persona con la que convives. Desligarme de ese presente y de sus dañinas emociones era fundamental para recuperar el control de mis emociones. Por eso, disfrutar de la vida era algo que ya había puesto en práctica cuando empezaron mis paseos por la ciudad, pero en ese punto de mi historia se convirtió en una prioridad.

Habían transcurrido algo más de dos meses desde mi encuentro con Paulo. Un tiempo en el que mi vida ya no seguía el ciclo de las semanas con desaliento, sino que lo hacía de forma palpitante. A medida que avanzaban los días, aumentaba la seguridad que me llevaba a moverme como un cazador experimentado, confiando en mis reflejos y con una mirada lejana, imperceptible a los ojos de Daniel, sobre todo cuando me atosigaba. Porque si se hubiese tomado un tiempo para observarme, habría visto que sus malos modos ya no me afectaban como antes. Eso le habría enojado y frustrado y yo no tenía ni pizca de ganas de comprobar cómo me haría pagar la herida que eso infringiría en su estima.

Pero, como he dicho, distanciar mis emociones para crear una vía con la que avanzar y disfrutar del presente con ilusión fue el impulso que hizo saltar con más fuerza la chispa que Claudia había prendido cuando habló de vender el producto de mis labores y ensalzó mi vena creativa, que se desarrollaba con un potencial innovador cada vez mayor. Pero también como la toma de conciencia sobre mi despegue emprendedor.

Esa innovación nacía de la pasión. Ese sentimiento intenso en el que están implicados el deseo y el entusiasmo y al que Paulo me había hecho entrar por la puerta grande. La afinidad con mis creaciones era el condimento con el que materializaba mis rasgos de identidad. La dedicación era tan gratificante que me proporcionaba grandes frutos.

Como estimuladora de esa pasión, Claudia no ponía límites con su ayuda a la hora de sacarla adelante. Me apoyaba con la misma efusividad que yo empleaba en crear, no solo complementos, también la hoja de ruta que iba marcado sobre dónde quería llegar en ese plan de negocio que fraguaba de forma cada vez más rentable. Tanto que se quedó pequeño el escondite en el que guardaba los beneficios económicos de mi proyecto vital y tuve que improvisar otro.

Hubo un tiempo en el que los bancos eran cosa de hombres. Hoy día las mujeres podemos abrir y cerrar todas las cuentas bancarias que queramos. Pero en este punto de la historia, hasta hacía

bien poco, se necesitaba la autorización del padre o del marido para poder hacerlo. Aunque esos días, en los que el Código Civil convertía a las mujeres en ciudadanas de segunda supeditadas a la voluntad de sus maridos, iban quedando atrás, yo no me planteaba hacerlo por miedo a que Daniel se enterara de todo y me prohibiera seguir adelante con mis creaciones, solo por el hecho de que eso me hacía feliz. O, por el contrario, calibrara mi apuesta con el objetivo de beneficiarse de mi plan de vida. En este caso yo no vería nada.

Este avance en mi desarrollo como ser y como persona emprendedora, más el dinero que ganaba, me otorgó un espacio propio, adaptado a mis circunstancias. Gracias a esta independencia económica, podía telefonear a mi madre desde un locutorio con total libertad y sin restricciones. Aun así, nunca le conté nada de lo que era mi vida con Daniel; solo las cosas buenas que me acontecían, pero una madre es una madre… e intuía.

Otra de esas mejoras que instalé en mi vida fue la de seguir a pies juntillas una de las muchas recomendaciones de Paulo: « Para conocer el placer, debes explorar tu propia sexualidad. Solo tienes que dejarte llevar con lo que tu cuerpo te pida » .

Y lo hice, ¡ya lo creo que sí!

23
Abril

Una tarde, cuando Daniel llegó a casa, estaba más enfadado de lo habitual, o tal vez no. Tal vez era como siempre. En fin, el motivo de tal encrespamiento era que su empresa había organizado un retiro de trabajo al que debía acudir con su pareja. Está claro que eso de conocer a los compañeros de manera más cercana y crear buenos vínculos no iba con él y mucho menos que yo estuviera presente, algo que dejó bien claro al lanzarme todo un glosario de improperios y amenazas que tenía en exclusiva para mí.

Los retiros de esta índole pueden celebrarse en cualquier lugar. La empresa de Daniel eligió un pequeño pueblo costero abierto al horizonte, con una playa de envolventes dunas y unos pequeñísimos acantilados rojos. Los acompañantes solo teníamos que acudir a la cena. El resto del día lo teníamos libre, mientras que ellos construían una comunidad más fuerte para subir la moral y aumentar la productividad; a fin de cuentas, ese es el propósito de estas concentraciones.

Para evitar que Daniel se molestara si hablaba con las otras mujeres sin su supervisión, me dediqué a pasear descalza por el largo arenal de la playa, con las voces de las aves marinas, los sonidos del mar y las olas como compañía. A pesar de la falta de viento, las rompientes crestas llegaban a la playa con fuerza y se desmoronaban pesadamente con su ritmo sistemático, abriendo claros momentáneos en la arena en los que se enterraban mis pies.

En Brasil, las playas son oceánicas. Las corrientes pueden ser muy fuertes; por tanto, las olas son bastante grandes. Por eso, en los días malos es mejor pensárselo, si no eres un experto nadador, antes de entrar en el agua. Afortunadamente, el tiempo era excelente y pude zambullirme como un delfín entre las discretas olas.

Después del baño me acomodé en una hamaca para que el sol bañara mi piel. Me agradaba sentir el calor de sus rayos ligado al ligerísimo frescor de la brisa marina mientras disfrutaba de las estupendas vistas. Agua sin fin. Arena blanca. Pequeñas bandadas de pajarillos, muy activos, que correteaban en busca de alimento. Las olas que iban y venían. No fue extraño que, con su hipnótico ritmo, cayera en los brazos de Morfeo.

También observaba con curiosidad a la gente que me rodeaba. En una de esas incursiones visuales, descubrí a un hombre alto, rubio y muy bien parecido. Estaba mirándome. Enseguida aparté la vista. Por el rabillo del ojo, percibí que sonreía. Entonces se le rompió el asa del cubito de playa a una pareja de chiquillos que pasaba junto a mí y se desparramó toda la arena que en él llevaban. La niña me pidió ayuda para que colocara el asa en su lugar. Eso provocó que me olvidara del hombre, porque no dejaba de mirarme y me estaba empezando a poner nerviosa. Una vez arreglado el cubo, los niños se sentaron a mi lado y me invitaron a construir un castillo. Incapaz de negarme, jugué y charlé con ellos hasta que su madre los llamó para irse.

Estaba tan acalorada después de permanecer tanto rato al sol que me fui derecha al agua. Me lancé hacia las olas y nadé entre ellas. El agua estaba fresquita y resultaba muy agradable. Después de un buen rato, decidí salir. Conforme caminaba hacia la orilla, cuando el agua ya me llegaba por debajo de las rodillas, me topé de nuevo con el hombre de antes, que seguía observándome y se acercaba despacio a mí. Con una penetrante mirada, buscaba la mía.

« ¡Madre mía! ¿Por qué me mira así? » .

Sentí que los pezones se me contraían. Todos sabemos que la fina tela de los bañadores puede ser de lo más indiscreta; por eso, cuando él lo notó, elevó una ceja y sus labios mostraron una ligera sonrisa. Al llegar a mi altura, se apartó, pero no lo suficiente para que nuestros brazos se rozaran. ¿Qué había pasado? No lo sé. El caso es que no di pie con bola mientras iba derecha a mi hamaca. Cogí la toalla y, sin secarme, me fui directa a mi habitación mucho más acalorada que antes del baño.

Evidentemente, ese hombre no era del grupo de trabajo de Daniel, porque, si no, habría estado con ellos. Tenía pinta de ser un turista de vacaciones y, por su aspecto, conjeturé que alemán. Decidí darme una ducha y dejar de presumir cosas. Después, como era la hora de la comida, bajé al comedor. Eso sí, ojo avizor por si volvía a cruzarme con él.

La comida era bufé. Comí un poco de lo que me apetecía, pues todo tenía una pinta estupenda. Cuando estaba terminando mi opíparo almuerzo, vi al hombre entrar con una pareja con tan buena apariencia física como él. Inclinó ligeramente la cabeza en cuanto me vio.

Como si mi silla tuviera un resorte, me levanté e intenté no mirar en su dirección mientras salía del comedor. Pero, al igual que a las moscas les atrae la miel, no pude evitar que mis ojos se volvieran a buscar los suyos. Algo me decía que los tenía clavados en mí. Y estaba en lo cierto porque se encontraron. Él sonrió transmitiéndome un agradable calor que no me permití aceptar, porque aparté la mirada y salí huyendo con las piernas temblequeantes.

Llegué a la habitación bastante alterada. Retiré la florida colcha y me tiré sobre la cama. Ese hombre había estimulado una atracción que me intimidaba, pero que, al mismo tiempo, no podía dejar de ignorar. Era perturbador, aunque deliciosamente excitante.

« Es mejor que no pienses en ello —postulé como Catalina—; solo es uno de esos hombres lujuriosos que buscan sexo; seguro que no soy la única a la que ha importunado » .

Pero imaginarlo invadiendo mi espacio personal me cubrió las mejillas con un ardiente rubor.

« Lo de la lujuria va bien… para aprender » , insinuó la atrevida Abril. « ¡Olvídalo! » , insistió la parte de mí que ocupaba Catalina.

Me cubrí la cara con la almohada, decidida a borrar todo lo concerniente a ese hombre de mi memoria.

Una risa de mujer me despertó. Miré el reloj. Apenas había pasado una hora, pero suficiente para que el descanso fuera sanador. Por eso me levanté de un salto y con ganas de sol y playa. Mientras me ponía el traje de baño, la risa de esa mujer volvió a llamar mi atención. Venía de la habitación contigua. Una extraña sensación me atrajo hacia la terraza. En ese momento la mujer emitió un gemido. Una morbosa atracción me llevó a inclinarme sobre la barandilla y girar la cabeza para espiar lo que sucedía en la habitación de al lado.

Para mi sorpresa, era el trío del comedor. Los dos hombres y la mujer estaban tan desnudos como el día que nacieron. Ella, colocada a cuatro patas en la cama con el otro hombre penetrándola desde atrás… una y otra vez. Los pechos rebotaban con cada envite que este le propinaba. Sus gemidos repercutían rápidos y entrecortados. Estos cesaron cuando su compañero la agarró por el pelo y tiró para que levantara el rostro. El otro hombre, el que me había estado observando en la playa, le introdujo el pene en la boca.

Fascinada, no pude apartar la vista de las ardientes mejillas femeninas. Ni de cómo respondió ciñéndose a ellos con auténtico frenesí. Ni de cómo movía la garganta y la boca mientras acunaba el miembro, lamiendo, succionando… a la par que recibía las embestidas del otro. Ni de las potentes erecciones de ellos. Ni del rudo subir y bajar de los anchos pechos. Ni de la tensión de sus cuerpos. Ni de cómo el deseo les endurecía esos rasgos tan poderosamente atractivos y masculinos con los que habían sido bendecidos. Ni de cómo aumentaban los sonidos húmedos con cada choque de los cuerpos. Ni de esa demanda masculina tan salvajemente excitante que provocaba que mi clítoris palpitara de dolor. Era como si mi corazón latiera al mismo ritmo frenético que la electrizante escena, que enviaba oleadas de lujuria a mi sexo consiguiendo que la sangre me ardiera de pura necesidad al sentir palpitar, de manera desconsolada, la redondeada trama de nervios que habitaba entre mis muslos.

Entonces él me vio. Clavó los ojos en mí. Desafiantes, hambrientos, profundos, insoldables. La conexión que experimenté me impidió retirar la mirada. Sus recónditos ojos azules brillaban con un fuego abrasador ante la promesa del éxtasis que estaba tentando a su pene y, de repente, como si una luz ardiente y cegadora lo consumiera todo, explosionó sin que sus ojos se apartaran de los míos. Instantes después le siguieron sus compañeros de escena. Y yo, desde el patio de butacas, tragué con dificultad el nudo de lujuria que me había provocado esa excitante experiencia visual.

El aroma de mi deseo flotaba en el aire. La prominencia de impulsos nerviosos que Paulo me había enseñado a mimar necesitaba de una urgente atención con la que aplacar ese punzante palpitar, que me estaba llevando a un lugar donde los pensamientos se esfumaban de mi cabeza. Resultaba abrumador y, sin embargo, derivaba en algo estimulante.

Volví sobre mis pasos y me tumbé en la cama. Al hacerlo, vi que el admirable y resuelto rubio asomaba la cabeza por el mismo lugar por el que lo había hecho yo antes, pero en dirección opuesta. Cuando advirtió que tenía la mano sobre el erótico triángulo, dibujó una sonrisa de tiburón y, como si supiera que no podía estar ni un segundo más sin recibir estimulación, asintió levemente apremiándome a seguir.

« Una mujer desnuda frente a su deseo es irresistible, ardiente e indomablemente arrolladora. Por eso, deja que admiren tu desnudez y muéstrate poderosa » .

Las palabras de Paulo, mi hacendoso mentor en la experimentación sexual, resonaron en mi mente. Así que me levanté y me coloqué a los pies de la cama. Agarré los tirantes del bañador y los fui arrastrando, más despacio de lo normal, hasta quitarme la prenda. A la par, el apuesto rubio deslizaba la mirada por cada curva y depresión de mi cuerpo.

No sé qué me llevó a pellizcarme los pezones. Pero, al advertir el gesto apreciativo de mi turista, me felicité mentalmente por este inusitado arranque. Su mirada vagó por mis pechos y bajó por la cintura y el vientre hasta centrarla en los cortos rizos que anidaban entre mis piernas. Sus ojos ardientes me decían que estaba deseando seguir con el festín visual. Era apabullante y

enloquecedor al mismo tiempo. Supongo que la extraña valentía que fluía por mis venas nacía de la necesidad de sofocar el incendio que este guaperas había provocado desde nuestro primer encuentro visual.

Con decisión, avancé ondulando las caderas hasta un pequeño sofá, ya que estaba mejor posicionado para que mi espectador tuviera una óptima visión.

« ¡Caramba! ¡Qué osadía la mía! ¿De dónde me salía ese arranque de perversión? » .

No lo sabía, pero no me planteé detenerlo en ese momento.

Una vez acomodada, abrí las piernas. Mi ávido admirador ensanchó las fosas nasales cuando clavó los ojos en mi sexo abierto. Lo vi tragar. Solazada por su comportamiento, arqueé la cadera hacia delante, deseosa de calmar el torrente de deseo que latía en mi interior. El índice y corazón resbalaron por instinto en la profunda humedad de mi vagina y, con el pulgar, empecé a frotar el clítoris con movimientos circulares, a la par que con la otra mano jugueteaba a retorcer y pellizcar con suavidad los pezones. Mi mirón emitió un ruidito apreciativo. Gemí como respuesta y cerré los ojos. Relamiéndome los labios, me contoneé sobre el trasero. Cuando los abrí, él me indicó que quería que lo mirara señalando sus ojos y después los míos.

Desde que Paulo me recomendó buscar el placer a solas, cuando lo hacía, comenzaba con movimientos pausados, recordando momentos de sus lecciones o trazando fantasías con un Héctor adulto. Pero en ese instante no tenía nada que imaginar, experimentaba una fantasía inverosímil. Así que, con esa mirada ardiente que no me quitaba ojo de encima, más el borboteo constante entre las piernas, era inadmisible ir despacio. Las sensaciones aumentaron con una rapidez casi imposible de asimilar. La vagina, apretada y candente, absorbía mis dedos según los deslizaba dentro y fuera, mientras que el pulgar rozaba de manera despiadada la delicada protuberancia y enviaba grandes oleadas de lujuria a ese lugar en el que se unen el placer con el cuerpo a través de sublimes espasmos que enardecen el goce.

Contenerse no era una opción. El colosal remolino se convirtió en un torbellino de excitación. Demasiado para resistirse. Contracciones en torno a mis dedos… Apretando, soltando… El pulgar no paraba de provocar palpitaciones. El delicioso arqueo cuando el placer resulta tan abrumador que te hace perder el control… y el sonido que el éxtasis te arranca de la garganta cuando la explosión de sensaciones recorre cada nervio de tu cuerpo.

La lujuria brillaba en los azules ojos de mi fogoso testigo. Dejó que recobrara el aliento. Cuando creyó que mis pulmones habían vuelto a la normalidad, movió los cuatro dedos de la mano invitándome a ir. Intentando no pensar en la atrayente propuesta, tragué saliva y dejé que la lógica ocupara su lugar.

Levanté el brazo. Abrí la mano y moví varias veces el dedo en el que llevaba la alianza de casada. Él asintió con la cabeza. A continuación, se señaló en el pecho golpeándolo ligeramente con los dedos. Después se llevó el índice a los labios e hizo la conocida señal de silencio. Detrás del dedo dibujo una sonrisa seductora imposible de malinterpretar. Cuando bajó la mano, me animó de nuevo a ir, moviendo los dedos con una ardiente mirada que invitaba a pecar.

Un sofocante calor y el sonido imaginario de una alarma me asaltaron al mismo tiempo. La propuesta me atraía de una manera prohibida. Jamás se me habría ocurrido imaginar estar con más de un hombre a la vez y, en este caso, con otra mujer. La cordura se impuso e intenté atajar

por otro camino.

Conté tres dedos de una mano, señalándolos con el índice de la otra, y después me señalé. Él sonrió con una picara sonrisa. Entonces elevé un cuarto dedo y negué con la cabeza.

La sonrisa se le desdibujó. Encogió los hombros con resignación. Después elevó de nuevo la comisura de los labios, pero esta vez con una sonrisa tibia, suave, afectuosa. Con el índice, contorneó toda mi silueta. Cuando terminó, unió el dedo pulgar con el índice dándome a entender que era perfecto. A continuación, se llevó la mano al corazón e inclinó la cabeza hacia delante. Seguidamente, me tiró un beso. Señaló su miembro y levantó muy tieso el dedo índice de una mano. Con un guiño, apuntó con la cabeza hacia el interior de su habitación y se despidió con el típico ademán.

No supe nunca si de verdad era alemán. Podría haber sido sueco, americano, holandés o vete tú a saber de qué lugar, pero lo que sí me quedó claro es que no nos hicieron falta palabras para entendernos.

24
Abril

Ya en casa después del fin de semana de retiro con los compañeros de empresa de Daniel, volví a esa rutina en la que mis prioridades y pensamientos quedaban cada vez más lejos de los planes que tenía cuando, enamorada, me casé y abandoné mi país con la incertidumbre propia de las circunstancias.

Sentada en mi mesa de trabajo, inmersa en la elaboración de un nuevo encargo, escuchaba una canción que repetía a modo de mantra que había que comerse la vida. ¿Cómo me la había comido yo desde que tomé la decisión de partir tras el que iba a ser mi compañero de vida? Acepté que no vería ni abrazaría a mi madre. Ni respiraría su aroma en mucho tiempo con la certeza de que el amor de Daniel compensaría esa carencia. ¡Ja! ¡Qué ilusa!

Todo lo que había vivido hasta ese momento me había abierto un mundo de experiencias que jamás hubiera imaginado, cambiando mi vida, mi forma de verla y de afrontarla. Durante ese tiempo había superado limites impensables. No me iba a mentir, con momentos duros… muuyy duros. Con intimidación, amenazas, desaliento, aprensión y alarma. Como tampoco iba a olvidar todas las inseguridades que tenía y que me llevaron a vivir en una montaña rusa emocional añorando constantemente mi vida anterior. Pero poco a poco había aprendido a canalizar ese desasosiego en algo positivo gracias a Irasema y Claudia, que, sin saberlo, me ayudaron a crecer como persona. Porque de ellas aprendí a apostar por mí, por lo que podía ser y hacer. Con ellas nunca me faltó un saludo y una sonrisa. Resultaba increíble que esas mujeres, con las que no tenía nada en común, ni parentesco ni lugar de nacimiento ni educación ni creencias, pudieran haberme calado tan hondo que incluso sentía que estaba echando raíces en esa increíble ciudad.

El chute de seguridad que recibí de ellas fue el detonante que me llevó a esa búsqueda del placer que Daniel me negaba. He de confesar que tuve la suerte de conocer a Paulo, ya que es uno de esos hombres que para recibir disfruta dando. Por tanto, su entrega fue espléndida, de matrícula de honor. Tal vez si hubiera sido otro mi mentor, o si Paulo no hubiera sido excelente ni tan generoso con su enseñanza, no habría despertado mi apetito sexual ni mi potencial como mujer sensual. Pero fue tal el erotismo que Paulo me transmitió que abonó mi voluptuosidad, erotizando mis pensamientos y mi disposición frente al sexo. Por tanto, no se me ocurrió, ni se me ocurrirá nunca, arrepentirme de dar rienda suelta a lo que mi sensualidad había desatado. Me ponía ropa interior bonita, que compraba con el dinero que ganaba con mi trabajo artesanal, y leía novelas eróticas que escondía a los ojos de Daniel. Me daba baños sensuales. Fantaseaba y exploraba mi cuerpo experimentando con mi placer. No solo tanteando las zonas erógenas por excelencia, también me aventuraba en busca de otras menos conocidas.

¿Acaso era mejor vivir frustrada queriendo saber lo que era el sexo? Pues no. Ya no sentía esa decepción y, por supuesto, no me arrepentía del valor que había puesto en la entrega de

conocimiento para conseguir lo que tanto anhelaba. Eso sí, me habría gustado descubrirlo con amor, de ese tipo de amor sin fin, de final feliz. No dejaba de imaginar cómo habría sido con Héctor.

¡En fin! Como empezaba a convencerme de que todo pasa por algo y, aunque hubiera un plan ideado en algún lugar, con un propósito determinado para mí, el destino no deja de ser caprichoso, ¿por qué no aderezar la vida? A fin de cuentas, todas las acciones y decisiones que tomamos configuran nuestro ser gracias al empeño que pone dicho poder sobrenatural en empujarnos y zancadillearnos hacia una sucesión inevitable de acontecimientos vitales que nos ponen a prueba, y yo ya llevaba una buena dosis. Merecía entonces adornar mi vida habiendo saciado ese interés.

Con relación a Daniel, definitivamente me convertí en mi propia isla; así podía interactuar con él de forma impersonal y seguir sus pautas a fin de no torcerme ante sus ojos. Sin embargo, cuando una noche me dijo que su hermano y su madre venían a pasar las Navidades con nosotros, me costó un mundo no exteriorizar lo que de verdad me provocaba tener en mi casa la presencia de esos dos seres tan tan tan ¡siniestros! Y más en unas fechas que siempre habían sido tan especiales para mí.

Eran verdaderamente aviesos, funestos, aciagos y malintencionados. Lo peor de todo era que Daniel volvería a caer cada noche sobre mí como una pesada y fría piedra de mármol que mostraba en su superficie un brillo aparente, pero con tantas impurezas internas que la entintaban de oscuridad.

El tiempo que duró su visita, a pesar de los maravillosos y soleados días con los que los acogió esta deslumbrante ciudad, para mí fueron tan infaustos y sombríos como ellos. Intenté no perderme con la denegrida presencia, a pesar de sus afeamientos en forma de gestos groseros y bocas torcidas con los que me juzgaban y humillaban sin importarles nada cómo me hacían sentir. Sé que actuaban así para que su mundo estuviera en sintonía con lo que ellos eran. En el fondo, casi me compadecía de ellos. Eran unos resentidos que vivían en una vorágine de negatividad, repitiendo el mismo patrón que a ellos les hizo ser así y ahora lo único que hacían era pasar por la vida desalentando, porque son de esos seres que no suman ni tienen brillo. Solo restan y muestran opacidad. Si alguna vez en la vida Daniel tuvo luz, estoy convencida de que ellos se la apagaron con su mala energía, infravalorando y ridiculizando todo lo que hacía, tal y como él actuaba conmigo.

Y sí, en esos días Daniel cayó cada noche sobre mí por obligación. Antes de mi aprendizaje sexual, cuando todavía tenía la esperanza de vivir una relación marital normal y experimentaba un sinfín de emociones dañinas después de cada encuentro con él, nunca concebí que solo lo hacía por complacer a su familia y que ese dolor emocional que yo sentía era la consecuencia de tal impostura. Gracias a Paulo y a mi turista, que me mostraron su deseo, ya sabía lo que era el poder de la seducción y de la atracción sexual y fui consciente de que Daniel nunca había mostrado esos sentimientos por mí.

El caso es que ninguno de los dos lo deseábamos. Como he dicho, Daniel ya no me despertaba nada. No me atraía de ninguna manera, pero, aun así, no me quedaba más remedio que soportar estoicamente la frialdad y el desinterés de ese falso e insatisfactorio encuentro conyugal. También lidiar a la mañana siguiente con la mirada de su hermano, que, de arriba abajo, recorría mi anatomía de una forma invasivamente obscena, agrediéndome e incomodándome de tal

manera que conseguía amedrentarme y mucho. Por eso intentaba no cruzarme con ese coloso de malas vibraciones, que me emponzoñaba el ánimo, si no estaban presentes su madre o Daniel.

Pese a tanto menosprecio, y gracias a la destreza que había ido desarrollando para proteger mi esencia de todo ese cúmulo de infortunios que tambaleaban mi vida, el día que por fin se marcharon tomé sus malas acciones como una circunstancia más para seguir madurando. Mejor eso que desesperarme. ¿Para qué guardarme su malquerencia? Que quede claro que aceptar la realidad no significaba que me resignase. Sino reconocer en qué punto me encontraba en ese fiasco de matrimonio y actuar, porque ya no tenía ningún empeño en que funcionara. Asumir que las cosas eran como eran me servía para ampliar la perspectiva y recuperar la dignidad que todos ellos me habían arrebatado.

25
Abril

No hay ninguna pena que pueda con la alegría que corre por las calles de Río en el periodo carnavalero, así que decidí deslavarlas y contagiarme de esa gratificante emoción que invade cada rincón de la ciudad de música, disfraces, baile, fiestas callejeras y desfiles.

Irasema me enseñó todo lo que sé del Carnaval. Una fiesta en la que no hay diferencias culturales, sociales o raciales, aunque al principio tuvo que lidiar con toda una división de clases, cuando fue introducido por los portugueses en Brasil. Tradiciones católicas, distintas corrientes europeas con sus bailes, carruajes y paseos de enmascarados, o el candomblé, que significa danza en honor de los dioses, culto de los esclavos africanos que más que una religión es una cultura. La cuestión es que esta mezcolanza de música y bailes africanos, junto con las mascaradas y los ritmos europeos, evolucionaron hasta convertirse en un género musical, la samba brasileña, que acabó por dar forma al Carnaval, que se convirtió en un alegre desfile callejero.

La samba ganó tanta popularidad que los músicos, compositores y bailarines se agrupaban para demostrar su talento. Así nacieron las escuelas de samba. Creo haber comentado ya que estas dedican el año entero a preparar el famoso desfile, en el que se elegirá a la mejor escuela, y yo había tenido la suerte de ver, gracias a Irasema y a su prima Luciana, cómo preparaban los carros alegóricos, los fantásticos trajes y los ritmos que serían cantados y bailados por los alumnos.

Esos días Irasema estaba tan feliz, impregnada por la energía carnavalera, que transmitía más brío del habitual, aunque he de decir que yo tampoco escapé al espíritu festivo. Con ella como cicerone, experimenté la emoción de la fiesta tras la coronación del dueño del Carnaval, el rey Momo. Cada año lo encarna una persona diferente, pero, eso sí, ha de tener unas características determinadas: que sea alto y gordo. Este personaje ficticio es el encargado de iniciar el Carnaval cuando recibe las llaves de la ciudad de manos del alcalde.

Daniel se mostraba tan abducido por la fiesta como uno más de los habitantes de Río. Salía de casa y llegaba cuando bien le parecía. No sé si por su acostumbrada indiferencia o porque daba por sentado que no haría nada sin su aprobación, el caso es que me dio una tregua de la que él no era consciente. De ser así, hubiera sido capaz hasta de encerrarme en casa con llave. Pero esa soberbia suya no percibía la evolución de mi cambio y, por tanto, no concebía que durante esos días yo también entrara y saliera como él. Tan solo se interesó por mí cuando Claudia me invitó a la elegante fiesta del consulado, porque, además de fiestas callejeras, también hay bailes privados durante esos días y, cómo no, Daniel no iba a desaprovechar una ocasión de alto *standing* para su exhibicionismo social.

El encanto que desplegaba en situaciones así me pareció tremendamente atractivo cuando lo

conocí. Pero ahora que sabía que era un experto en el arte de la apariencia aborrecía verle conseguir notoriedad tras una máscara falsa de simpatía, elegancia y refinamiento, porque yo sabía que ese deseo por agradar y sobresalir proyectaba una actitud despectiva hacia los que le rodeaban que lo llevaba a acumular una gran hostilidad.

Con esa actitud artificiosa, se paseó aferrado a esa imagen inventada por todo el enorme salón mientras yo recibía encargos y elogios por mis trabajos. Daniel estaba tan centrado en reafirmar su impostado talante ante tan distinguida audiencia que desdeñaba todo lo que no fuera su obsesivo culto al yo. Por tanto, nunca fue verdaderamente conocedor de cuándo se profesionalizó mi afición.

Despojada de las ataduras diarias gracias al espíritu del carnaval, disfruté sin Daniel de lo que restaba de fiesta en los coloridos actos que organizaban los barrios, con cortejos, música y vivos y rítmicos bailes cargados con todo el sabor y la pasión que inundaba a los cariocas.

En el sambódromo, que es una estructura abierta con una pasarela central como escenario y gradas a los lados, fui testigo de la dura competición y del espectáculo visual que culminaba el arduo trabajo de las escuelas durante meses. Cuerpos esculturales, enormes carrozas, carísimos trajes… La marcha era apoteósica. Los bailarines y sus coreografías introducían el tema del espectáculo diseñado para ese año. Todo estaba milimétricamente calculado para que las agrupaciones tuvieran el mismo tiempo durante el desfile. Ello avanzando a buen ritmo y cantando a pleno pulmón, ya que la evolución y la armonía también puntuaban, aparte de los trajes, los carros y el enredo, que es el tema musical.

Si ver este espectáculo es algo impresionante, formar parte de él se convierte en un episodio inolvidable. Gracias a Irasema, participé un día en el desfile. Atravesé, vestida de fantasía, los setecientos metros de la famosa pasarela y lo hice bailando.

Daniel nunca se enteró, él estaba a lo suyo y, aunque me hubiera visto, nunca me habría reconocido, pues ese momento excepcional me permitió ser Abril y disfrutar sin miedo. Como más deseaba, de forma abierta y plena. Me desinhibí bailando y cantando al ritmo que marcaba la marcha, como un miembro más de la fastuosa comitiva.

Entre aquel animado tumulto, descubrí unos penetrantes ojos que me miraban con aprobación. Casi podía notar que me rozaban la piel sin tocarme. Una deliciosa sensación bajó del estómago hasta mi sexo como un turbulento enjambre. Ese momento festivo y divertido pasó a ser inigualable y único cuando los desenmascaré. Era Paulo.

En la samba, el cuerpo y la música forman una sinfonía que dibuja en los cuerpos la sensualidad de sus movimientos, transmitiendo un color y una pasión acorde con el famoso ritmo. El baile es de tal belleza que resulta inevitable verse envuelto en su voluptuosidad y… Paulo y yo nos dejamos llevar por esa complacencia.

Acabamos en un cuarto lleno de trastos en el que ponía « Solo personal autorizado » y al que me había dejado llevar de la mano tras él. La tensión sexual flotaba como una envolvente aura. No entraré en detalles de cómo, entre risas y con ojos llenos de deseo, nos quitamos el uno al otro y con prisas las partes del profuso y complicado vestuario que nos resultaban molestas para lo que nuestros cuerpos reclamaban.

Con las piernas abiertas, sentada encima de una mesa, con los brazos hacia atrás y las manos

apoyadas sobre la encimera, acogí, con la respiración agitada, temblorosa y loca de deseo, dos de sus dedos en lo más profundo de mi resbaladizo sexo a la par que su pulgar agasajaba el clítoris con una seductora cadencia. Con una necesidad imperiosa, mis brazos hacían palanca para que las caderas bailaran al compás de su hechicera mano. Entretanto él, con la otra, tomaba uno de mis pechos para recrearse con la delicada punta. Lamiendo, chupando, mordiendo…

Paulo no tuvo ninguna piedad ni con los movimientos de su boca ni con los dedos.

—¡Madre… míaaa…! —jadeé al borde del colapso.

—¡Eso es, mi pajarillo! —soltó con la voz cargada de lujuria—; déjate llevar para mí.

Eso hice. Traspasada por tanta intensidad, me dejé llevar por el torbellino de sensaciones que su pericia me estaba regalando y que me catapultaban directamente al séptimo cielo.

No sé de dónde sacó un envoltorio plateado que acabó rasgado por los dientes. Con una agilidad apremiante, se colocó el preservativo y, con una destreza magistral, me colocó bocabajo en la mesa. Arañó sensualmente mis nalgas con los dientes. Las mordisqueó, lamió y besó. Acabó el agradable traveseo con unos vibrantes lengüetazos a lo largo de todo el surco que las dividía.

—¡Por Dios! —clamé sumida en tanto placer, pues me estaba matando.

—Aún no he terminado contigo —articuló tan excitado como yo.

A continuación, con manos fuertes, agarró mis caderas. Colocó la palpitante erección en el lubricado acceso a mi sexo, pues literalmente chorreaba de placer, para embestirme de igual forma que lo había hecho con los dedos, sin ninguna contemplación.

Recibí el asalto acoplándome a sus movimientos. El sonido de su respiración errática y el golpeteo de la pelvis contra mí eran tan estimulantes como el olor a sexo. Tras varias acometidas sublimes, yo me moría por absorberlo. Entonces Paulo bajó una mano hasta la hinchada gema de mi placer para acelerar la succión de su apéndice por los estimulados músculos de mi vagina. Los dos estábamos al borde del clímax, que no tardó en llegar. Y nos dejamos ir por esa apoteósica espiral de sensaciones.

Mientras recobrábamos el ritmo de nuestra respiración, me llenó de besos y sensuales caricias, dándome a entender que lo que acabábamos de vivir era algo más que un alivio sexual. Porque Paulo era así. En la fracción de tiempo que compartía sexo con una mujer, la hacía sentir amada, porque adoraba hacerlo. Aparte de que él me lo confesara la primera vez, con la experiencia que fui adquiriendo en años posteriores certifiqué que no había podido tener mejor mentor, ya que era un ser sobresaliente en esa materia.

Con Paulo me sentía bien, no escondía mi alma en lo más profundo. Me mostraba tal y como era y disfrutaba enormemente de la intimidad que habíamos creado, porque era mucho más que sexo. Era complicidad, comprensión y respeto. Era diversión y risas con las que recuperaba esa alegría innata de aquellos días felices, cuando simplemente era Abril.

Al salir del trastero que había sido testigo de nuestro ardiente encuentro, volvimos a unirnos a la fiesta.

26
Abril

Al día siguiente volví al sambódromo. Era la jornada de los campeones. La escuela de Irasema y Paulo se había clasificado y quería desearles la mejor de las suertes. Al pasar por una de las abarrotadas tribunas, dos personas que hablaban de forma confidencial atraparon mi atención. Algo en su forma de hacerlo me produjo cierta agitación. Cuando pude verle la cara a uno de ellos, descubrí a Daniel. Rápidamente, me escondí entre la multitud. Pasada la impresión, miré para comprobar si me había reconocido. Por fortuna, no, pero los dos se dirigían hacia la salida, hacia donde estaba yo. Giré alrededor de la gente según avanzaba para que Daniel no me viera. Me flanquearon sin percatarse de mi presencia; yo observaba a Daniel. Había algo tan juguetón y pecaminoso en sus ojos que me indujo a seguirlos.

Detrás de las gradas hay tiendas, bares, instalaciones sanitarias y restaurantes. En un recodo del camino, en el que en ese instante no había nadie, el acompañante de Daniel le puso la mano en el hombro. Daniel apoyó la mejilla en ella por un instante. Mis ojos se quedaron clavados en ese gesto. Pero no era nada comparado con lo que ocurrió a continuación. Daniel elevó la mano hacia el rostro del otro hombre y este bajó ligeramente la cabeza para unir su boca a la de Daniel. La acción no fue interrumpida por el que era mi marido y se dejó besar con una naturalidad y un ardor que nunca imaginé.

Retrocedí a nuestros fríos encuentros. A esos gestos que se habían quedado en mi mente… esperando, preparándome para este momento. De repente, todos esos fragmentos se juntaban y se hacían visibles delante de mí. Todo cobraba sentido. Los veía como al final de un túnel, besándose, abrazándose…

Me llevé los puños a los ojos y presioné. Por fin sabía lo que había detrás de su fachada. Apreté los dientes para tragar el nudo que se había formado en mi garganta y que amenazaba con asfixiarme de la misma forma que el agua ahoga a una persona. No era el momento ni el lugar de derramar lágrimas por el daño que Daniel había hecho.

Para mí se acabó el carnaval. Volví a casa con una aparente calma que contrastaba con el vendaval de emociones que sentían mi alma, mi esencia y mi ser. Es extraño, pero solo recuerdo del trayecto un perro callejero, flaco y posiblemente pulgoso, que salía de la sombra para saltar sobre un resto de comida que alguien había tirado. Después corrió triunfante entre las piernas de la gente con el trofeo en la boca. Supongo que mi mente se evadió para facilitarme la asimilación de lo que acababa de ver, trató de acoplar un recuerdo sin importancia con el que confortar mi turbación.

Cuando traspasé la puerta de entrada a mi casa, me dejé caer pegada a ella como si alguien me hubiera arrojado al suelo y estuviera sin aliento.

Ira, dolor, indignación… Había invertido mi vida en una farsa de matrimonio. Daniel se había encargado de hacerme creer que era un desastre de mujer y de esposa con una maldad ofensiva y dañina, y todo para ocultar la realidad.

Asomaron a mis ojos las lágrimas que me había negado a verter y que pesaban en mi corazón como cientos de piedrecitas. Las dejé caer, pero no por Daniel, él tenía sus propias lágrimas que derramar y ya hacía mucho que no se merecía ni una de las mías. Las dejé fluir por lo que la vida nos depara a las personas y por lo cerca que estuve de perderme en el abismo de los abusos emocionales de Daniel, esos que me habían paralizado durante tanto tiempo y que me habían hecho sentir culpable por todo.

Dolor, humillación. Había estado agazapada durante demasiado tiempo mientras Daniel se dedicaba a aniquilar mi esencia de ser y de mujer.

Me sequé con brusquedad las lágrimas. ¿Y ahora qué? Si no podía detener el curso del sol, ¿cómo debía actuar? Si la confianza y el respeto de cualquier relación llevaban tiempo desmoronándose, ahora que las cartas estaban sobre la mesa, habían caído estrepitosamente. ¿Le decía abiertamente que lo sabía?

Para Daniel, no funcionaba eso de hablando se entiende la gente. Él nunca aceptaría ni sus mentiras ni sus ofensas.

¿Qué podía hacer? Él era experto en eludir responsabilidades, en culpar a los demás de sus debilidades, en mantener su posición sobre mí y, por supuesto, a todo el mundo engañado. Y todo ello de una manera verdaderamente asombrosa.

Hay que tener en cuenta que por aquel entonces la ley de divorcio se estaba gestando en España y « hasta que la muerte os separe » era una frase literal; por tanto, muchos matrimonios se asentaban sobre el sufrimiento de mujeres que vivían pasando las páginas del calendario a la espera de que su marido cambiase; aguantando como un salto de fe lo inaguantable, a la espera de esa transformación que muchas veces no llegaba y que las dejaba en una posición de vulnerabilidad, con la consabida pérdida de autonomía y empoderamiento.

¿Qué tenía que hacer? Estaba obligada a seguir viviendo con una persona por la que solo sentía un profundo resentimiento. Después del desgaste ocasionado por los malos modos y la soledad, había conseguido cierta libertad y no estaba dispuesta a perderla.

Lo peor no era el engaño de Daniel, sino lo que conllevaba. Destapar la verdad me haría más daño que su mentira y, puesto que no tenía ningún sentimiento afectivo, decidí continuar como si nada.

Otro factor para tener en cuenta es que muchos homosexuales contraían matrimonio solo porque entonces la sociedad no era nada tolerante con ese colectivo. Así pues, guardaría mis sentimientos y dejaría que él creyese que me mantenía engañada, aunque las mentiras no se mantuvieran mucho tiempo.

27
Abril

Los días posteriores me centré en mis diseños. Pensar en la farsa de mi matrimonio no me traía ningún beneficio y, como había recibido muchos encargos en la fiesta privada de carnaval a la que Claudia me había invitado, tenía la motivación perfecta para desprenderme de pensamientos dañinos y centrarme en lo realmente importante para mi paz mental.

Gracias a ese desdoblamiento de mi persona con el que había aprendido a vivir, todo marchaba sorprendentemente bien. Mi fachada de Catalina era la que se ocupaba de todo lo relativo a Daniel, eso sí, cada vez más protegida por la armadura de Abril. Porque, como Abril, me desenvolvía con una seguridad cada vez más plena.

Todavía no era consciente de que mi pasatiempo favorito se estaba convirtiendo en un auténtico caudal de hacer dinero y, mucho menos, que en el futuro sería mi sustento. Todo gracias a que Claudia vio potencial en mi afición.

Frente a mis clientas me sentía cada día más suelta y cómoda. Hablaba con ellas con aplomo y decisión sobre los modelos más acordes a su cuerpo y las prendas que combinarían a la perfección. Ver el modo en el que chispeaban sus ojos cuando veían mi trabajo era muy estimulante.

Fue entonces, en medio de ese presente inmediato, en el que no concebía mis días de otra manera, cuando empecé a encontrarme mal… Fatal. Mi estómago no tenía interés en retener los alimentos por mucho tiempo, sobre todo, por las mañanas.

—Será que el calor es más denso —le dije a Irasema— y no acabo de acostumbrarme a su humedad.

—Sí —respondió ella cruzándose de brazos— y será por eso por lo que los olores de la calle se han vuelto más espesos y te provocan esas tremendas ganas de vomitar —recalcó con lo que me pareció cierto sarcasmo.

—¿Cómo lo sabes? —interrogué sorprendida.

—Ya —resolvió irónica—, como también sé que el sueño se apodera de ti en los momentos más insospechados.

—¿Acaso es algún tipo de enfermedad que conoces?

—Claro que la conozco, pero no es una enfermedad.

—¿No? ¿Entonces es algo normal en esta latitud?

—En esta y en todas —argumentó mordaz—. Mi querida niña, apuesto a que estás embarazada.

De repente me faltó el aire. Menos mal que estaba sentada en una silla.

—No puede ser…

—¿Estás segura de que no? —respondió elevando una ceja.

—Pues… —Una mezcla de aturullados sentimientos se apoderó de mí.

Cerré los ojos y respiré hondo. Cuando los abrí, recorrí con la vista todos los materiales y utensilios que permanecían sobre mi mesa de trabajo. Habían pasado tres meses desde que Daniel quiso convencer de su hombría a su madre y hermano haciendo cada noche lo que se espera que hagan un hombre y una mujer.

¡¿Embarazada?!

A pesar de la atroz frialdad de Daniel en su ejecución, ¡¿se había producido tan maravillosa magia?!

Le dirigí la mirada a Irasema y sonreí.

—Sí —articulé con emoción.

Irasema me tomó la mano y la apretó con suavidad.

—Parece que estamos de enhorabuena.

Dispuesta a confirmar las palabras de Irasema, me encaminé esa misma tarde hasta el consultorio médico. Un doctor entrado en años escuchó mis explicaciones. Después de examinarme, me confirmó lo que Irasema había especulado. Aun así, me hizo una prueba de embarazo y me dio cita para recogerla el día siguiente. En el momento en el que me daba la noticia, oí que estallaba con ímpetu una repentina y abundante lluvia.

Pensar que una nueva vida estaba creciendo dentro de mí me produjo un batiburrillo de emociones difíciles de controlar. Alegría, ilusión, ansiedad, pavor, esperanza… Todo un torrente de sensaciones encontradas. Aun así, me negué a dejar que la incertidumbre ante esta situación que, sin lugar a duda, iba a cambiar mi vida desdibujara la enorme sonrisa de mi cara. Era demasiada emoción… De repente, todo era demasiado…. Sin embargo, ya sentía que mi corazón y mi mente amaban a ese ser.

Al salir de la consulta el chaparrón había perdido fuerza. La lluvia era más fina. La remembranza y la buena nueva se entrelazaron para impulsarme a cerrar los ojos, elevar el rostro y sentir la llovizna sobre mi cara. Qué gratificante era absorber de nuevo la grandeza de su misterio.

« Ha pasado tanto tiempo y tantas cosas… » , murmuré mientras se deslizaban las gotas sobre mi rostro. Siempre me encantó sentir cómo resbalaban chispeantes y cristalinas. Nunca debí dejar que Daniel doblegara mi voluntad.

A mi mente acudió toda una ráfaga de agradables recuerdos que aletearon en mi alma y consiguieron que la sonrisa se transformara en evocadora. Me dejé envolver por su feliz esencia al evocar la tarde en la que no hizo falta que ninguna fotografía nos capturara ni a Héctor ni a mí correteando y saltando dentro de los charcos con los que una tormenta nos había obsequiado. No,

no hizo falta que ningún soporte electrónico lo estampara, porque mi mente tenía recogido hasta el olor a lluvia, el frescor de la brisa y el agradable cosquilleo que producía el roce de nuestra piel.

Suspendida en esa bruma de imágenes, me vi explicándole a Héctor lo mucho que me gustaba la lluvia, el ruido de su golpeteo, sentirla en mi cara, perseguir las gotas en los cristales de las ventanas y, sobre todo, saltar en los charcos.

La fina capa de agua que rodaba por mi rostro arrastró mi conciencia al momento actual. La chispa vital encerrada en las gotas de lluvia que acababan de conectarme con el aquí y ahora entornaron la llave de mi nueva realidad y se confabularon para que mis pies fueran de charco en charco. No me importó que las pocas personas que pasaban, protegiéndose de la lluvia bajo sus paraguas, me mirasen como a un bicho raro. Salté como aquel día en el cementerio. Pero esta vez dejé salir toda la rabia, la frustración y el dolor que me había causado conocer a Daniel. Pensé que desechando todo lo malo encontraría fuerzas para actuar en este nuevo presente y proyectar el futuro.

Al llegar a casa, me duché y lo preparé todo para la llegada de Daniel. Hacía muchísimo tiempo que no lo esperaba con alegría. ¿Cómo reaccionaría? « Lo cierto es que nunca habíamos hablado de tener hijos » , me decía mientras esperaba sentada con las manos sobre el vientre. Cuando la puerta sonó, ya no podía más con la impaciencia.

Mi corazón estaba henchido de felicidad cuando solté la noticia.

Con pasos lentos, Daniel atravesó la distancia que nos separaba para quedar frente a frente. Me agarró del brazo y apretó los dientes.

—La muy zorra… y parecía una mosquita muerta —siseó como para sí y de tal forma que se apoderó de mí una desagradable e intensa sensación de peligro. Me clavó los dedos con fuerza y continúo apretando impulsado por cada palabra que articulaba—. No he llegado hasta aquí para que vengas tú a joderme.

Era tanto el dolor que apenas me podía centrar en lo que decía. Supongo que por esas cosas que se quedan grabadas en nuestra conciencia, observé cómo los últimos rayos del sol que bañaban la habitación quedaron reducidos a un halo de fría sombra en el instante en el que vi con claridad el odio que emitían sus ojos.

—Primero —masculló poniendo un dedo delante de mí y escupiendo al hablar—, soy estéril y, segundo —farfulló añadiendo un dedo más—, mi esterilidad es mi forma de vengarme de la zorra que me dio la vida.

De repente todo era incierto y cambiante. No comprendía nada y a la vez todo.

—Un nieto es lo que más desea y no hay cosa que más me alegre que no se cumpla su sueño.

Tomar conciencia de lo que decía me paralizó. No podía moverme, hasta que soltó el puño sobre mi cara. Me desplomé, me sentí como una pieza de cristal convertida en añicos. Todavía hoy se me eriza la piel al evocar el sonido. Daniel dejó fluir todo ese resentimiento, toda esa hostilidad y ese rencor que anidaba en su corazón. Voceando como un poseso. Con maldad, con violencia. Golpes… Patadas… Uno… Otro… Como un martilleo que llenaba mi fragilidad humana de un indescriptible dolor…

Lo último que alcancé a escuchar antes de marcharse fue que tenía que deshacerme de mi mierda.

28
Abril

El susurro de unas voces despertó mi conciencia. Con un enorme esfuerzo, logré entreabrir un ojo. El otro pesaba demasiado como para intentarlo siquiera. Percibí dos figuras. Una delineaba la complexión de un hombre con bata blanca y la otra estaba perfilada por un traje de enfermera. No necesité preguntar nada más para ubicarme, pues las prendas que bosquejaban esas siluetas y el olor a medicamentos eran lo suficientemente explícitos. Aun así, no pude evitar que una laguna de desconcierto ocupara mi mente, pues no tenía del todo claro qué pasaba.

De golpe, el dolor explosionó cuando la llave de mi memoria rescató los últimos recuerdos.

—El bebé… —logré articular.

—Está bien.

Apenas escuché esas palabras, me dejé envolver por ellas y caí de nuevo en el pozo de la inconsciencia.

29
Héctor

Las cosas no siempre salen como uno las tiene previstas. Antes de abandonar el palacio de congresos, Claudia me telefoneó. Quería que me acercara al hospital. Habían ingresado a una conocida suya.

« ¡Qué casualidad! » , mascullé con sarcasmo. No podía negarme a la petición de mi hermana.

—¡Héctor! —me llama a la vez que estira los brazos y viene hacia mí.

Cuando llego a su altura, la envuelvo entre los míos y nos abrazamos.

—¡Oh, Héctor! —exclama angustiada—, es horrible.

—¿Qué ha pasado? —pregunto apartándola con suavidad para mirarla de frente.

—Catalina es tan bonita, tan buena y agradable, que no entiendo cómo le ha pasado algo así.

—¿Así cómo? —inquiero impaciente.

—Le ha propinado una paliza brutal… ¡su propio marido! —grita atónita.

—Entiendo.

—Pues yo no —responde consternada—, pero si él siempre se muestra como un hombre amante de su esposa y es amable con el resto… Nadie diría que es capaz de hacer algo así.

—Los maltratadores tienen muchas caras, por eso no se les ve venir —señalo—; son egocéntricos, manipuladores y, sobre todo, saben muy bien cómo engañar.

—Oh, pues es un gran actor —gime asimilándolo.

Exhalo soltando mi malestar. No tolero a las personas que causan cualquier tipo de dolor. ¡No hay nada que las justifique! Y nada en absoluto que apruebe un acto violento de un hombre hacia una mujer.

—Voy a ver si puedo hacer algo —propongo, ya que no es la primera vez que he tenido que recomponer a alguien que ha sido víctima de malos tratos.

—Sí, por favor —ruega afligida—, por eso te he llamado.

Antes de que pueda apartarme de ella, un médico pregunta por los acompañantes de Catalina Álvarez. Claudia se acerca rápidamente a él. Se suma otra mujer que estaba sentada y a la que no había prestado atención. Las sigo y este nos informa de que tiene dos costillas rotas como consecuencia de los fuertes golpes que ha recibido por todo el cuerpo, en la cara y en los ojos y

que, milagrosamente, al bebé no le ha pasado nada. Aun así, tendrá que estar en observación. Claudia y la mujer se miran sin saber qué decir. Extiendo la mano hacia el doctor y me presento como colega suyo. Él asiente. Le pregunto si requiere de mi especialidad. Este responde con un grado de alivio: teniendo en cuenta su estado, no será necesario. Lo que sí me deja es pasar a verla. Claudia acoge el ofrecimiento con agrado, ya que, de momento, no le están permitidas las visitas.

Cuando veo a la persona que está postrada en la cama, tan brutalmente golpeada por la persona que en teoría la quiere y en la que ella confiaba, se me encoge el corazón, y más al descubrir la forma en la que se agarra el bajo vientre, como si tratara de protegerlo de otra amenaza. Observo que mueve los dedos de una mano para acariciarlo de manera amorosa. Pero ¡¿qué clase de…?! Iba a decir animal, pero sería insultarlo, porque los animales son mejores que ese tipo. Me asquea.

Si algo he aprendido en mi profesión es a gestionar mis emociones; por eso, sé que lo que ella necesita ahora es una mirada cálida y no el reflejo de lo que siento.

—Hola —digo acercándome a ella.

El desfigurado rostro se gira en la dirección de mi voz. Los párpados están tan inflamados que solo puede abrir un ojo, y solo un poco.

—Soy Héctor, el hermano de Claudia. No sé si alguna vez te ha hablado de mí.

Después de unos instantes, en los que parece que está asimilando mis palabras, percibo un sutil movimiento afirmativo con la cabeza.

—Por qué será que no me extraña —digo con cariño—. Entonces sabrás que soy médico y, por eso, me ha pedido que viniera a verte, ya que de momento a ella no la dejan entrar.

Cierra la rendija que tiene por ojo y una solitaria lágrima rueda por la magullada mejilla.

—¿Puedo sentarme? —pregunto acercándome a la silla que está junto al cabecero de la cama.

Abre el estrecho espacio que le queda al elevar el hinchado párpado y hace un ligero movimiento.

—No sé si ya te han explicado cuál es tu estado —digo a la vez que me siento.

Le comento cosas del hospital en el que se encuentra. También le hablo de los resultados de las pruebas y le señalo que tendrá que estar en observación.

—Has protegido a tu bebé —subrayo cuando concluyo—, puedes estar tranquila.

Entonces ella eleva el brazo muy despacio. De golpe, tengo un *dejà vu* al ver cómo lo hace, con la delicadeza de una bailarina de *ballet*. Acerca la mano a mi rostro, pero se para y señala la mancha de mi cuello, esa que tengo un poco más abajo de la oreja. Sonrío evocador.

—Cuando era pequeño, la lavaba y frotaba con la intención de que desapareciera, porque Claudia me llamaba roñoso, hasta que alguien me dijo que era un beso de hada.

Me sorprendo confesándole que nunca se lo había contado a nadie, excepto a Claudia. Una nueva y solitaria lágrima desciende por su mejilla. Su desfigurado rostro dibuja algo parecido a una

sonrisa. Entonces estira los dedos, como pidiendo permiso para tocarla. Afirmo con la cabeza.

Posa uno de ellos sobre la mancha. Contengo el aliento al sentir su roce porque tengo otro momento de esos y experimento como el aleteo de una mariposa, como el camino de cosquillas que permanece sobre mi piel un rato después de haberlas apartado.

Algo me lleva a tomarle la mano cuando la retira. Demasiado tarde, me doy cuenta de que, en estos casos, el contacto físico no es adecuado, y menos aún sin pedirle su consentimiento. Pero ella no da muestras de que le incomode. Me reconforta pensar que es porque intuye que mi intención no es otra que transmitirle calor y serenidad. Pero de repente me descubro pensando que no me gustaría que creyese que es una muestra de compasión. Entonces percibo que me observa a través del único ojo que puede abrir de mala manera. Puedo sentir que recorre cada centímetro de mi rostro con él.

La miro con cierta fascinación, incapaz de interrumpir esta desconcertante comunicación silenciosa, hasta que soy consciente de que estoy rozándole el reverso de la mano con el pulgar, como si la estuviera tentando a que se fiara de mí. Me digo que es como consecuencia de su vulnerabilidad. Aunque algo en mi fuero interno me lleva a pensar que ese no es el verdadero motivo. Lo cierto es que soy incapaz de explicarlo, porque no entiendo lo que me pasa.

Ella gira un poco la mano y me da un ligero apretón. La puerta se abre. De repente, su mano ya no está entre la mía. Solo puedo pensar en la pérdida de su calor y en quién la ha soltado, ella o yo. Entretanto, entra una enfermera de mediana edad.

Se acerca al gotero. Lo examina y le inyecta la medicación antes de tomarle las constantes vitales con eficiencia. Tras apuntar la rápida evaluación y preguntar si necesitaba algo, se dispone a salir.

—Debería marcharse ya —murmura hacia mí—, tiene que descansar.

—Ahora mismo —respondo antes de que desaparezca.

Desvío la mirada hacia la cama. Suspiro al concentrarme en la máscara de golpes en la que se ha convertido esa cara y me pregunto cuánto dolor y cuántas emociones se ocultan detrás.

« Tienes que atender esos sentimientos desbordados para que sanes de verdad » , murmuro, y solo yo lo escucho, porque el involuntario y sutil movimiento de sus extremidades me indica que la potente medicación ha hecho su efecto y se ha entregado al sueño.

Me enderezo con la intención de marcharme, pero antes me inclino y, despacio, cojo un mechón de su enmarañado pelo. Examino su color. La luz artificial no es muy buena. Se distingue que es castaño. Al tacto, es sedoso, a pesar de estar apelmazado por el roce de la almohada. Lo deslizo entre mis dedos hasta llegar a las puntas. Rizadas… Pensativo, las froto entre los dedos antes de soltarlas y voltearme para irme.

30
Abril

Cuando desperté de nuevo, los recuerdos acudieron a mí como si fueran olas golpeando una y otra vez contra la costa. Me esforzaba por alejar la turbiedad de mis pensamientos, pues solo me provocaban lágrimas y dolor y de dolor andaba sobrada, porque me dolía hasta respirar.

—¡Hola!

Con dificultad, me giré hacia el sonido de la voz. Una abrumadora e inmediata impresión se adueñó de mí.

« ¡¿Héctor?! » .

Aunque su sonrisa seguía siendo tan dulce como la recordaba, ahora tenía un punto más canalla que le confería un impactante atractivo. De golpe, cayó el velo con el que le tenía cubierto en mi corazón y un inmenso caudal de emociones me sacudió como una descarga eléctrica. Se apoderó de mí algo parecido a una alocada oleada de amor que me hizo estremecer.

« ¡¿Es el hermano de Claudia?! » .

¿Cómo era posible que fuera más guapo de lo que mi mente recordaba? El corazón me latía con tanta fuerza que solo oía sus latidos, pero eso no me impedía observar gestos como el modo en el que se le achinaban los ojos al sonreír o cómo ladeaba con suavidad la cabeza al hablar o la hipnótica soltura de sus movimientos o la firmeza de su impecable naturaleza o esa mancha con la que un día fantaseé que era un beso de hada y que me hacía sentirlo tan mío, como si siempre hubiera estado a su lado, pegada a él, fundida con él.

La fortaleza que irradiaba su aura y la corriente de palabras reconfortantes y seguras con las que llenó de ternura la blanca y aséptica habitación de hospital consiguieron contravenir la decisión que me había impuesto de no derramar más lágrimas.

La luz del sol se filtró por la ventana e iluminó la pequeña parcela de piel que ocupaba la mancha. La memoria, esa eterna viajera, me devolvió el instante en el que sentí una deliciosa corriente cuando mis labios rozaron esa porción de piel, lo que provocó que mis dedos cosquillearan atraídos por la mácula. Por eso levanté el brazo de manera inconsciente; cuando me di cuenta de lo que hacía, paré de golpe. Pero el rostro de Héctor se iluminó y me sorprendió cuando dijo que era un beso de hada.

Me contó la historia que yo ya sabía y no pude por menos que emocionarme.

« ¡¿Lo recordaba…?! » .

¿Será cierto eso de que hay recuerdos e imágenes que tienen el poder de hacer temblar la tierra?

El caso es que se apoderó de mí la locura por comprobar si, al tocarla, volvía a sentir esa mágica corriente. Cuando el me dio su conformidad, la rocé casi con veneración, sobre todo cuando identifiqué la agradable efervescencia en mis entrañas. Era la misma corriente instantánea que me creaba la necesidad de cobijar el rostro en su cuello, absorber su calor y respirar su aroma. La misma que me decía que no me alejara, que ese era mi lugar. Percibí en él un repentino cambio en su mirada, que nada tenía que ver con la de un momento antes, cuando solo éramos médico y paciente. De inmediato aparté los dedos del calor de su piel.

Para mi sorpresa, me tomó la mano delicadamente, por los dedos, de una forma tan gentil y caballerosa que era todo ternura. No sé si dejé de respirar, lo que sí sé es que era incapaz de argumentar nada. Hay ocasiones en las que un gesto, una mirada o una respiración dicen lo que no encuentras con palabras; ese era uno de esos momentos.

Percibí fascinación en sus ojos y, mientras se esforzaba por procesar lo que estaba sintiendo, empezó a acariciar mi mano con el pulgar, sin ser consciente de que sus emociones estaban respondiendo a cosas que aún no se había preguntado.

Cuando se percató del pequeño gesto, giré la mano y le di un pequeño apretón. Quería transmitirle las mil y una sensaciones que despertaba en mí. Pero la puerta se abrió y no sé cómo, pero nuestras manos se soltaron. La enfermera entró y los dos la observamos haciendo su labor. Lo que no sabía era que la medicación que había inyectado en el gotero me haría caer en un profundo sopor.

31
Héctor

Horas después, tumbado de espaldas y mirando al techo, con los dedos entrecruzados y la cabeza descansando sobre las manos, pienso en la forma en la que a veces aquello que nos parece descabellado actúa de una manera inequívocamente decidida cuando menos lo esperamos, para hacernos creer que lo que hasta ese momento creíamos imposible de repente se vuelva probable.

« Tranquilo… Tranquilo » , me digo después de haber pasado gran parte de la noche dando vueltas y cambiando de postura.

Es curioso lo lentas que pasan las horas en el silencio nocturno; bueno, no tan en silencio si tengo en cuenta los engranajes de mi cabeza, que le han dado vueltas a todos los recursos a mi alcance para encontrar a mi preciosa Abril.

« ¡Vaaale! Definitivamente, todo esto me está volviendo algo… ¡¿loco?! » .

Pero en mi defensa alegaré que no es habitual que las personas no esquiven los charcos. Por eso, resulta inevitable que atraigan mi atención. Aún recuerdo la forma en la que esa mujer iba a su encuentro. Resultaba tan extraordinario como la manera en la que dejaba que el rostro se impregnara de lluvia al elevarlo hacia el cielo. Parecía formar parte de su naturaleza. Así que no es de extrañar que me causara sorpresa y haya excitado irremediablemente mi curiosidad. También está esa otra cosa inexplicable que me dice que la persona a la que vi chapotear en el agua era ella y lo que me parece evidente también se me torna difuso. ¡¡¿ELLA?!!

Supongo que todos tenemos a alguien al que no hace falta llamar por su nombre de pila. Pensar en aquella chiquilla con alas de mariposa no es ninguna novedad. Aunque intente evitarlo, siempre hay dos momentos fijos en los que, quiera o no, lo hago. Los días de lluvia y cada vez que mi hermana tiene la irrefrenable necesidad de ejercer de casamentera.

Claudia sabe lo de mi encuentro con la única persona con la que me he planteado el matrimonio, pero desde hace tiempo no quiere saber nada de esa historia. Opina que fue bonito, pero que no deja de ser una chiquillada y que necesito archivarla porque se me va a pasar el arroz.

¿Pasar el arroz? Vaya conjuntito de palabras mordaces para aquellos que no seguimos el « cauce » de la sociedad. Solo porque esta cree que es el momento de casarse y tener niños.

Sé que Claudia lo hace desde el cariño. Podría decirle que hay alguien. Pero entonces querría conocerla. Así que no me queda otra que escuchar el mismo discurso siempre que tiene ocasión: « Atesora el recuerdo de aquel día porque ya tienes una edad para dejarte de chiquilladas. Céntrate y establécete seriamente. Tienes un buen trabajo, una casa estupenda y… blablablá » . Y enumera todos los estereotipados requisitos que me convierten en un « buen partido » , como acaba diciendo.

Monólogos aparte, quiero centrarme en encontrar a mi Abril. Pero hay un runrún que no me deja y que me desconcentra desde que he visto a la amiga de Claudia. No sé… Es como algo extraño, pero, a la vez, tengo la inexplicable sensación de que es algo conocido, ansiado… ¿¿encontrado??

32
Abril

El estado de somnolencia causada por la medicación me tenía en una extraña vigilia mezclada con obnubilación, aunque no impedía la actividad de mis pensamientos, sin reparar en si eran razonables o no, como si quitara más telarañas a ese precipicio interior en el que últimamente me encontraba. Ese abismo creado con mis miedos y al que hasta hace bien poco no me atrevía a asomarme.

« Héctor, mi Héctor. Mi príncipe troyano » .

Si existen porciones de tiempo maravillosas es porque alcanzamos a tocarlas, aunque solo sea rozándolas con los dedos, por muy breve que sea el instante.

« Héctor, mi Héctor » .

Él era el tizne que quedó impregnado en mis dedos, moteando las yemas para que no olvidara nuestro primer y único encuentro, tan mágico que no parecía que hubieran pasado las hojas del calendario; humedeciendo mis ojos para que derramara la hermosura de esa nostalgia que de repente avivaba un sentimiento de anhelo e incluso de pasión por ese ideal platónico. Y vivificaba como un fuelle la hoguera de ese vínculo que parecía apagado.

Emociones…

Pocas situaciones desatan tantos interrogantes como el componente impalpable de las emociones, que parecen estar fijadas en nuestro cimiento genético para vincularse con la materia física y hacernos partícipes de la realidad que nos rodea. Admirándola, sufriéndola, sobrecogiéndonos, contrariándonos, entristeciéndonos y sorprendiéndonos.

Sin duda alguna, las emociones cuentan los latidos de nuestro corazón.

Y es que la vida es como esas puertas giratorias que permiten un uso simultáneo de entrada y salida, por donde rota todo lo bueno y lo malo de nuestro fluir vital. Hasta que un día, sin saber ni cómo ni por qué, se detienen para sorprenderte cuando menos lo esperas.

« ¿Cómo iba yo a imaginar que el Héctor de Claudia era mi Héctor…? » .

¿Casualidad?

¿Las cosas ocurren al azar, de forma casual, sin propósito alguno?

Por muy racional que seamos, nos encanta otorgar un halo de misterio a las casualidades, más que nada por esa propensión a encontrar magia en la fortuna, como una forma bonita de darle sentido, como un fragmento de tiempo orlado; a fin de cuentas, la vida se vuelve más interesante

si se llena de instantes satinados de sorpresas con las que revivir emociones.

« ¿Habrá percibido la chispa? » .

« ¿Le habrá encendido las sensaciones de aquel día? » .

« ¿Le habrán resultado familiares? » .

« Tal vez, aunque seamos las mismas almas de entonces, la vida nos ha esculpido de distinta forma; aunque seamos los mismos cuerpos, somos muy diferentes. Tal vez… Tal vez… » .

33
Abril

El característico aroma de hospital, ese que está relacionado con la esterilización, me llevó a abrir los ojos como una autómata, bueno, el ojo que estaba menos hinchado, al recordar dónde me encontraba. Intenté incorporarme, pero unas manos me lo impidieron con mucha delicadeza.

—Tranquila, no hay prisa —dijo Irasema mientras Claudia manipulaba la manivela que había a los pies de la cama para elevarla y que yo quedara ligeramente incorporada.

Claudia e Irasema estaban a ambos lados de la cama. Durante unos minutos nos miramos unas a otras.

—Menuda conversación visual tan profunda —bromeó de pronto Irasema.

« Irasema y su humor… » .

Sonreímos las tres, aunque lo mío fue más bien una mueca. Tenía la cara inflamada. Supongo que la medicación mantenía a raya el dolor, pero no la sensación de embotamiento.

—Nada de lo que te digamos mitigará todo ese dolor que cargas —pronunció Irasema tomando mi mano al ver mi gesto.

No hizo falta especificar que no solo se refería al dolor físico.

—Entendemos que te resulte difícil hablar de lo que pasó —prosiguió Claudia tomando mi otra mano—, pero cuentas con nuestro apoyo y con el de mi abogado.

Me di cuenta de que las lágrimas resbalaban por mis mejillas cuando noté que rodaban por el cuello. Miré a esas dos mujeres que había tenido la suerte de conocer y les dije:

—Tengo… que contároslo —solté con emoción.

—No tienes que hacerlo.

—Sí.

Tragué el nudo de vergüenza e indignación que me atoraba la garganta y les narré la historia de miedo que vino tras mis fueron felices y comieron perdices. Un cuento en el que la felicidad dejaba mucho que desear, pues estaba argumentada con miradas gélidas que se clavaban como puñales, y con gritos e insultos que se anclaban bien hondo. Una historia en la que los enfados venían sin más, sin contener la furia de una rabia irracional. Una historia en la que había tanto miedo que me limitaba a vivirla sin hacer nada que enfadara a mi marido. Ese ser con el que compartía mi vida. Supuestamente, una vida llena de amor y respeto. Una historia en la que yo solo pretendía una vida sencilla. Una historia en la que pudiera hablar sin miedo… Sin miedo a

provocar una ira sin sentido y que esta fuera a más, así que me limitaba a dejar pasar la vida esperando ¿el qué? ¿A qué? Pues… ni idea. Supongo que en el fondo tenía la esperanza de que en algún momento algo la pusiera en un lugar más favorable, la mejorase.

Claudia e Irasema se mantenían en silencio mientras yo iba desgranando todo lo que llevaba dentro. En sus miradas no percibí atisbo alguno de pena; al contrario, digirieron todo lo que les contaba de forma estoica, cosa que agradecí infinitamente.

—Esa mejora llegó cuando vosotras entrasteis en mi vida. No os podéis hacer una idea de lo mucho que ha significado para mí vuestra amistad —dije mostrando una leve sonrisa.

Supongo que quedó en una fea mueca. Con la mirada llena de afección, ambas apretaron con delicadeza mis manos, pues en ningún momento las habíamos soltado.

—Los primeros encuentros contigo en las escaleras —referí mirando a Irasema— y los desayunos que vinieron después fueron como un reconfortante abrazo en el que cobijarme. Tu preocupación casi maternal me hizo sentir querida, tanto que experimenté un sentimiento de verdadera familia hacia ti. Tus chanzas y tus risas fueron un consuelo, un alivio… Como un soplo de aire fresco que beneficiaba mi estado emocional.

Vi que tragaba un nudo de emoción.

—Siempre intuiste mi realidad —verifiqué.

Cerró los ojos mientras asentía con la cabeza.

—Por eso no podía ocultarte nada —puntualicé al recordar aquella mañana que, tomando café, me sinceré y le conté la relación con Paulo.

—Cuando vi salir a tu mar… a ese… a ese impresentable… con la violencia reflejada en el rostro, supe que había pasado algo —murmuró conmovida.

—Irasema —advertí —, ni yo misma hubiera creído que fuera capaz de algo así.

—¡Dios mío! —exclamó Claudia—. ¿Quién lo habría dicho? Si parecíais una pareja normal, él era todo atenciones hacia ti.

—Aparentar es lo mejor que sabe hacer.

—Eso me dijo mi hermano, que este tipo de hombres son expertos en mostrarse impecables ante los demás.

—Si, tu… —«Héctor, es mi Héctor»— hermano tiene razón, Daniel es experto en dar una imagen opuesta a lo que es de verdad, un ser inseguro y con baja autoestima que encubre con una actitud dominante y egoísta para satisfacer su vanidad a través de la manipulación.

—Pero…

—Claudia —dije con cariño—, es un lobo con piel de cordero. Cuando lo conocí era encantador. Con él fue envolviéndome sin que yo me diera cuenta, en una elaborada red con el fin de hacerme renunciar a mis necesidades e incluso a mis valores para anteponer todo lo suyo a lo mío. Al principio, con sutileza, pero después con rabia, atacando con intolerancia, con tanta agresividad verbal que me hizo creer menos que nada.

El silencio de consternación que de repente nos envuelve me hace saber que no estoy sola, que esas dos estupendas mujeres están conmigo. Me invade una agradable sensación.

—Claudia —reclamo de nuevo su atención—, la primera vez que te vi no daba crédito a que alguien tan distinguida como tú quisiera hablar conmigo. Tu naturalidad me resultó cautivadora, pero, cuando me sonreíste, supe que acababa de encontrarme con alguien muy especial. Fuiste como un rayo de sol, me diste apoyo, orientación y me abriste las puertas para creer en mí. Recuerdo la enorme ilusión cuando en mi casa te mostraste tan afable y cercana, como si hubiéramos sido amigas siempre; no te puedes hacer una idea de lo beneficioso que fue para mi autoestima.

—Aquí me tienes —responde emocionada.

—Lo sé, por eso debéis saber por qué estoy aquí.

Ya sabían cómo Daniel había conseguido que me perdiera como persona. El día que le conté a Irasema lo de Paulo, no me explayé tanto. Les relaté cómo me engatusó Daniel cuando afirmó que no mancharía mi honor antes del matrimonio. Yo, cegada por el enamoramiento, adoré esa pose tan caballerosa creyendo que me respetaba. Cuando les conté mi horrible noche de bodas, no daban crédito a tanta hostilidad. Les dije que fui consciente por primera vez de que redujo mi ser haciéndome sentir sucia, abandonada y vacía al acabar su « hazaña » , pero que yo, como una tonta, lo disculpé por los nervios y la falta de experiencia, buscando consuelo para una decepción que me negaba a reconocer. Decepción que no me abandonó en los encuentros posteriores, que eran tan fríos e impersonales como la primera vez y solo sucedían cuando su madre venía a visitarnos. Las caras de asombro de mis receptoras lo decían todo.

Preferí no profundizar en la verdadera naturaleza sexual de Daniel, ya que no quería que ellas lo malinterpretaran como que lo usaba de excusa para su abominable comportamiento. Proseguí mi historia hablándoles de mi cambio, ya que gracias a ellas mi existencia se abría con una vida alternativa, pues era como si me desdoblara. Por un lado, mi vida con Daniel, la persona que era con él en los cada vez más escasos días que estaba en casa. Porque cada vez se tiraba más tiempo fuera. Por otro lado, la vida por la que se asomaba poco a poco mi verdadero yo. Sucedía cuando no estaba con Daniel. Ese yo que él se había encargado de aplastar. Por supuesto, tenía que mencionar que mi trabajo también se convirtió en otra llave que me abrió las puertas a mi yo interior y me rescató.

Les expliqué que todas estas circunstancias me descubrieron a otra persona que, con auténtico placer, desplegaba su propia voluntad. Una voluntad que intentaba ocuparse por alcanzar metas, más que en darle vueltas a lo que podría o debería haber sido, pues la niña que esperaba la celebración de su cumpleaños, llena de criaturas mágicas, había desaparecido. Aunque en ese punto de mi historia, mientras me sinceraba con esas dos mujeres, una vocecita interior me decía que la magia seguía existiendo. Si no, ¿cómo era posible que el Héctor de Claudia fuera mi Héctor y que el destino me hubiese llevado a conocer precisamente a su hermana?

El caso es que en ese batir de las alas, en busca de pináculos desde los que crecer alimentando mis capacidades, les revelé que me topé con alguien que me ofreció explorar su talento. Un talento que me llevaría a un viaje enriquecedor en el que aprendí otros aspectos míos que ni sabía que existían.

Y es que el ser humano tiene necesidades básicas, pero también necesidades emocionales y, si no

se cumplen, toda nuestra atención se centrará en ellas. El sexo es una parte esencial de la conducta humana. Una necesidad más que está entre lo básico y lo emocional.

—Y yo quería probarla, saborear la carencia de ese irresistible impulso que Daniel me negaba. No entendía el porqué, si yo había renunciado a ser quien era para él. Yo solo anhelaba dejarme llevar por el deseo de unas manos debajo de mi ropa acariciando mi piel… Sentir el cosquilleo de una respiración en el cuello, la humedad de una lengua en el lóbulo o el calor de unos labios en los míos. Así que me entregué sin darme lugar a pensar en lo que opinaría el resto del mundo. No dejé que esa idea me limitara. Fue mi momento, mi vida y mi decisión.

Una decisión que me devolvía a esos instantes cada vez que cerraba los ojos y pensaba en ello, deleitándome con todo lo que Paulo me había hecho sentir.

Pero mi mente avanzó hacia delante y se llenó con los recuerdos que me habían llevado a esa cama de hospital. Les confesé que el bebé que esperaba no era de Daniel, no sin antes relatarles cómo lo supe, pues no se me ocurrió que no fuera suyo, y menos que él fuese estéril o me tocase a mi ese 2 % de fallo en los condones.

Una vez leí que la capacidad de observar sin evaluar era la forma más elevada de inteligencia. Claudia e Irasema me tendieron los brazos de la comprensión y el entendimiento. Pues esas dos mujeres con las que me abrí en canal me escuchaban sin caer en la tentación de juzgarme.

34
Héctor

Nunca imaginé verme envuelto en la esperanza y a la vez en la desesperanza. La esperanza de que aquella mujer a la que vi chapoteando fuese Abril acelera mi corazón de tal manera que he contratado a un investigador para que la encuentre y lo confirme. Por otro lado, la desesperanza de que no lo fuese. Quizá ella solo viva en mi recuerdo. Un recuerdo que posiblemente he ido idealizando a través de los años, aunque no es un recuerdo cualquiera, porque es como una astilla clavada en lo más profundo de mi corazón, tan hondo que sería difícil de arrancar. Me destroza pensar en esto.

Por otro lado, no entiendo por qué se me ha quedado fijada la amiga de Claudia. La sorpresa de esa mirada tímida que proyectaba por el único ojo que podía abrir de tan inflamados que tenía los párpados, regalo de ese… despreciable ser que tiene por marido. La solitaria lágrima que rodó por su magullada mejilla como si… ¡¿Como si me reconociera?! El brillo avergonzado que proyectó al establecer mi identidad.

¿Son cosas mías o la búsqueda de Abril me tiene tan idiotizado que veo fantasmas donde no los hay?

Pero a mi mente no deja de acudir el recuerdo de esa mirada tímida y avergonzada, que destilaba un brillo que… no sé cómo definir, mientras recorría cada porción de mi rostro como si quisiera grabarlo en su memoria o quizá como si lo comparara con otro.

Y en cómo dejé que lo hiciera sin dejar de observar ese ojo que parecía ahondar en cada realce de mi semblante. Ensimismado en ese sordo careo, que parecía estar unido a una atracción corporal, pues estoy convencido de que ninguna fuerza hubiera podido frenar el tacto de sus dedos sobre la mancha de mi cuello. Ni las respiraciones entrecortadas que vinieron después de la explosión de sensaciones ¡¿reminiscentes?! que acompañaron el suave roce tan… ¡¿deliciosamente memorable?! Sensaciones interrumpidas por la llegada de la enfermera.

No sé, pero creo que mi corazón me advierte de algo.

35
Abril

Estuve cuatro días más en el hospital. Irasema y Claudia se turnaron para no dejarme sola ni un momento. En una de esas ocasiones en las que se juntaban las dos, Claudia mencionó a su hermano, lamentándose de lo corta que había sido su visita.

Las palabras de Claudia avivaron esa fiebre de irrealidad que me tenía en suspensión desde mi reencuentro con Héctor.

¿El destino?

Desde entonces mi cabeza no dejaba de darle vueltas a ese supuesto destino que me llevó a conocerlo, para después dejarme con la certidumbre de algo que nunca llegaría a comenzar, pues se encargó de arrojarme a los brazos de la más despótica de las suertes.

—¿Es que ya no está? —pregunté.

—No, se fue hace dos días.

—Ah…

—Solo espero que siente pronto la cabeza para que se instale en un lugar fijo.

—¿Qué tiene que ver? —preguntó Irasema como si yo le hubiera transferido la pregunta.

—La trayectoria de Héctor está marcada por grandes logros; es tan modesto que los considera circunstancias que mejoran la calidad de vida de la gente. Se graduó en Medicina con la calificación de *apto cum laude*.

—Entonces es toda una eminencia —dijo Irasema mientras yo sonreía como una boba.

—Lo es, su trayectoria profesional ha sido de gran trascendencia para su especialidad, la cirugía reconstructiva. Pero lo más importante es que es una gran persona. Se dedica en cuerpo y alma a su trabajo. Viaja a países recónditos y organiza campañas quirúrgicas humanitarias. Yo lo ayudo recaudando fondos.

El foco de mis pensamientos se oscureció. Nuestros caminos no tenían nada que ver. Estábamos destinados a recorrerlos por separado.

¿Sería posible que nuestra historia pudiera suceder en otra vida? Tal vez…

—Entonces los motivos por los que no te visita tanto como a ti te gustaría no son para nada reprochables y, por lo que veo, nada tienen que ver con sentar la cabeza, pues, por lo que dices, la tiene muy bien puesta.

—Tienes razón, Irasema —respondió Claudia con un suspiro.

—¿Entonces? —cuestionó Irasema.

—Creo que lo que más me preocupa es que está solo.

—Me extraña que alguien con esa planta y siendo tan excepcional esté solo.

—Es evidente que no le falta compañía femenina —razonó Claudia.

—Entonces te refieres a una compañera de vida —infirió Irasema.

—Sí —respondió.

—Cuando menos lo esperes te la presentará —afirmó Irasema.

—No lo sé —objetó—, pues dice que solo ha pensado en casarse una vez en su vida y fue con una chiquilla a la que conoció siendo él un niño.

Mi corazón toma prestadas esas palabras y la esperanza de aquello que nunca creí que pasara se adueña de mí.

—Bueno, pues ni tan mal —presumió Irasema—; por lo menos, ya sabes que lo ha pensado una vez.

—Sí, con alguien que, seguro que no le recuerda, pues lo dejó marchar de su pensamiento en el mismo instante en el que se despidieron —dijo con irritación—, y no sé si lo dice para molestarme, pero afirma que no se casará a no ser que sea con ella.

—Supongo que es porque tú le insistes en el tema del matrimonio.

—No sé, pero tengo la sensación de que lo dice en serio.

—Te aseguro que esa chiquilla sí lo recuerda —me escuché decir—, le recuerda… —murmuré— y no sabes cuánto.

Las dos mujeres me miraron. Claudia, con asombro e Irasema, como si de repente viera con claridad, una claridad que me iluminaba a mí también al recordarla examinando a hurtadillas mis posos de café. ¿Será que Irasema había vislumbrado a Héctor en ellos?

—¿Acaso te contó Héctor algo el día que te vio? —demandó Claudia.

Me reprendí mentalmente por no haberme contenido. Bajé el rostro, pues las dos mujeres me miraban, me abochornaba que vieran todo lo que burbujeaba en mi interior. Exhalé con calma antes de hablar.

Y, por primera vez, desgrané en palabras cada instante de aquella tarde a unas entregadas receptoras que no dejaban de mirarme. Claudia, boquiabierta, asimilaba cada palabra sin emitir sonido alguno y me situaba en su imaginación junto a su hermano como coprotagonista de la historia. Irasema parecía ir encajando piezas en un rompecabezas.

No pasé nada por alto. La historia de mis padres, mi afición a la lluvia, a los charcos y los chapoteos. Ni el recuerdo del desgarbado y taciturno chiquillo que se presentó en el taller de mi madre.

—El momento en el que lo vi quedó grabado en mi corazón, pues una emoción desconocida pareció arroparlo. No sé las razones por las que se quedó allí fijo y el porqué de que mi corazón quedara cubierto con un enorme manto de ternura, aunque supongo que son las mismas por las que nunca olvidé aquella tarde.

Les conté que sus ojos fueron tras de mí cuando me vio aparecer por la puerta. Lo adorable que resultaba verlo rascarse nervioso la cabeza cuando le hablaba, porque no paraba de hacerlo. Él solo prestaba atención y, cuando por fin se atrevió a pronunciar palabra, fue para decir su nombre:

—Héctor.

El orgullo que mostró al señalar que era el nombre de un príncipe troyano cuando le comenté que nunca lo había escuchado y cómo lo dejé entrar en mi mundo de fantasía cuando aseguré que la mancha de su cuello era un beso de hada.

—Apenas la rocé al señalarla y… las puntas de mis dedos cosquillearon como si millones de hormigas corretearan por ellos. Y si esa ligera fricción recorrió todo mi cuerpo, no fue nada en comparación con lo que sentí al posar los labios en esa porción de piel, pues le pedí que me dejara comprobar si era posible absorber su magia para que yo pudiera dar besos de hada.

La narración de lo que aconteció requería detallar otro tipo de encanto que sentí cuando mis labios se posaron en su cuello. Un encanto que tenía que ver con una instantánea corriente, tan sumamente atractiva que me incitaba a inspirar el aroma y absorber el calor de ese tramo de piel, con el corazón desbocado por la fuerza de la inexperiencia que desatan las emociones de lo inesperado y el alboroto de lo nuevo, que también vi en los ojos de color café de mi príncipe troyano.

—Tan afectada como él por todas esas nuevas sensaciones, rompí a reír. Él me imitó y fue como si nuestros corazones suplantaran el sonido de las voces, pues parecían hablar tan alto y con tanta fuerza que nos despojaron de cualquier vacilación que nos robara la calma para que el resto de la tarde fluyera con naturalidad.

Seguí vivenciando lo que sucedió después. La tormenta, los charcos, el cálido hormigueo del contacto de nuestras manos al saltar sobre ellos, haciendo ruido, chapoteando, salpicando, dando vueltas hasta acabar mareados y empapados, las risas…

—Durante esos terribles momentos en los que más he necesitado del calor de un abrazo, el recuerdo de aquel día siempre ha aparecido como una caricia.

Confesé con el corazón en la mano latiendo a mil pulsaciones por segundo, pues aquella tarde era mi tesoro. Era la luz de mi corazón.

—Nos casaremos —me dijo al marcharse.

Cuántas veces me he preguntado cómo habría sido mi vida si esa prometedora afirmación, porque fue una afirmación, no una pregunta, se hubiera hecho realidad…

Claudia sacudió la cabeza como para salir del estupor. Me miraba. Me afligí al pensar que podía perder su amistad. Tal vez me observaba maldiciendo a la casualidad que unió nuestros caminos o tal vez pensando en la necia que tenía ante sí. Avergonzada, bajé la cabeza; no me atrevía a mirarla, no fuera que adivinase lo que burbujeaba en mi interior.

—¡Eres Abril! —exclamó.

Tragué saliva antes de enfrentar su mirada.

—Sí y, como puedes comprobar, Daniel también se apoderó de mi nombre.

—Dios mío, Cata… Abril —dijo corrigiéndose—, esto es…

—Yo tampoco tengo palabras… —balbucí, pues pensé que estaba empezando a despedirse de mí.

—Es maravilloso —soltó al fin.

—¿Qué? —articulé sin dar crédito.

—¡¿Sabes?! —exclamó paseando la mirada por mi rostro—, te fue a buscar, pero ya no vivías allí.

Abrí la boca sin emitir ni una palabra, pues no encontraba nada que expresara la ebullición interior. Entretanto, ella me contaba cómo se sintió Héctor cuando no me encontró.

—Nunca ha perdido la esperanza —señaló con la sonrisa bailándole en los ojos.

Me mordí el labio para que no me temblara.

—¿Por qué no le dijiste nada el otro día?

—Mírame, Claudia —logré decir—. No son solo las heridas físicas —señalé al ver cómo examinaba mi rostro—, también las que no se ven y que han estado tanto tiempo ocultas a los demás. Han sido tan dolorosas que, como ya os he dicho, me rompieron por dentro hasta crear un profundo agujero en mi autoestima.

—Entiendo —declaró afectada—, pero no diste por perdida la posibilidad de salir de esa situación —cuestionó—, pues creo haber entendido que de eso iba ese desdoblamiento tuyo que nos has contado.

—Tienes razón, vuestro apoyo ha sido fundamental para salir de esa… situación.

—Pero despertar después de recibir una paliza —comentó Irasema, que había estado todo el tiempo muy callada— y encontrarte nada menos que a Héctor hizo que esas heridas invisibles, enraizadas en el miedo, la culpa y la duda, minaran la confianza de esa fortaleza mental que te estabas fraguando y te atrapara de nuevo la vulnerabilidad.

—Sí —exhalé—, me avergonzaba que viera cómo me había enterrado a mí misma.

—Pero Héctor…

—Héctor merece a alguien mejor que yo —dije cortándole.

—Pero lleva años buscándote, eso significa algo, digo yo.

—Claudia —salté—, él busca a alguien que ya no existe.

—Deja que sea él quien decida —insistió—; por lo que has dejado entrever, siempre albergaste la esperanza de una vida con él.

—Sería la mujer más afortunada de la tierra si aquella promesa se cumpliera —resoplé, pues hasta hacía un momento pensaba que iba a perder su amistad tras conocer toda mi historia. ¡Resulta que estaba encantada!—. Pero…

—Claudia —habló Irasema saliendo en mi ayuda—, lo que Abril necesita ahora —señaló pronunciando mi nombre por primera vez— es asumir sus sentimientos para desprenderse de los dardos envenenados que lleva clavados en el corazón. Solo así volverá a ilusionarse con alguien, pues ahora mismo sigue herida y aterida de miedo e inseguridad, ¿me equivoco?

—Tienes razón, tengo que asumir el control de mi vida para sanar. Además, espero un bebé y eso lo ocupa todo.

Irasema me miró, pues ella sí sabía quién era el padre.

—El padre…

—Es mi bebé —dije clavándole los ojos con fiereza—. Quizá algún día le cuente que gracias a él fui madre, pero de momento ese día no está en mi cabeza.

—¿Y qué vas a hacer con respecto a Daniel?

—Lo único que sé es que no puedo seguir con él.

—He hablado con mi marido —interrumpió Claudia— y mañana te enviará a un abogado, pues ese marido tuyo no puede salir impune de un acto tan salvaje.

La miré agradecida, ya que parecía haber comprendido que lo adecuado para mí en ese momento era darme tiempo para que recobrara mi autoestima y poder así reparar y recuperar mi identidad; lo que menos necesitaba era dejarme llevar por un sueño incumplido, no sería nada terapéutico. Héctor no era el remedio para olvidar. Él no tenía ninguna obligación de anestesiar o de remendar mis heridas.

Era yo quien debía trabajar para aumentar la confianza en mí misma.

36
Abril

A la mañana siguiente, cuando la puerta se abrió y apareció mi madre seguida por Bárbara, me hubiera encantado que las circunstancias fueran otras después de tanto tiempo sin vernos. Por eso, no pude evitar derrumbarme como una niña cuando me vi envuelta en los brazos de mi madre y me impregné del familiar olor de su pelo, una mezcla de lavanda y violetas. Bárbara, Claudia e Irasema dejaron que nos reencontráramos con la emoción reflejada en los semblantes. Me acunó hasta que creí que no me quedaban más lágrimas. Cuando al fin nos separamos, nuestros rostros estaban bañados por el llanto, un rocío que no impidió los besos de mi madre.

—Mi niña… Mi niña… Mi preciosa niña… —dijo sin dejar de mirarme.

Con el dolor en los ojos, paseó los dedos con suavidad por cada uno de los golpes, por los diferentes colores de los moretones de mi cara, que tomó entre las manos para obligarme a no bajar la mirada. Me observó a los ojos con tanta intensidad que no necesitó saber nada para ver que ya no era la misma y, sin embargo, ella seguía siendo como un hermoso árbol de raíces profundas, de esos que sostienen, amparan y nunca protestan, pues en su mirada no vi ningún tipo de reproche; nada de « Ya lo veía venir » , « Lo sabía » , « No me querías escuchar » .

—Mamá…

—Shhh, estoy aquí, estás a salvo y todo va a salir bien.

—¿Tú crees?

—Por supuesto; a pesar de todo, sigues siendo tú —respondió desafiante— y, cuando te recuperes, sabrás cómo hacerlo. Además, no estás sola.

Todas las mujeres que rodeaban la cama se acercaron para obsequiarme con gestos de apoyo con los que reforzar esa afirmación. Emocionada, no pude evitar que las lágrimas fluyeran de nuevo.

A pesar del peso y la angustia que cargaba, de repente ese futuro parecía más liviano. Por primera vez en mucho tiempo sentí que esas cuerdas que me habían comprimido tanto al fin se aflojaban por completo y me liberaban como a un pájaro para surcar los cielos.

Desperté al notar que los rayos del sol se me clavaban en los párpados. El proceso para recomponer mi autoestima y mi alma había empezado mucho antes de la paliza y no iba a dejar que la última maldad de Daniel lo estropeara. Última, porque ya no volvería a verlo. En España apenas se había aprobado la ley de divorcio, por fortuna para mí. Debía conseguir que Daniel lo firmara, pues, a pesar de no quererme, de no soportarme y de odiarme, era un objeto de su posesión, ya que eso era lo que yo significaba para él, una pieza sobre la que descargar todas sus frustraciones e inseguridades.

Los abogados consiguieron mi libertad cuando lo amenazaron con acusarle de homicidio en grado de tentativa. No olvidemos que no hace tantos años lo que sucedía en una familia de puertas para adentro no existía.

Aunque el dolor fuera como una mala hierba, de raíces profundas y difíciles de arrancar, no podía seguir adelante a partir de lo vivido. Para hacer borrón y cuenta nueva, debía avanzar y, para avanzar, debía tener claro qué no era seguir adelante. Porque avanzar no era quedarme anclada. Avanzar era empezar desde el interior, era ponerme en marcha con una nueva disposición, con un nuevo plan de acción, y no huir del dolor. Debía manejarlo para sanarme, pero sin que escapara de mí y así progresar emocionalmente como una versión actualizada que me encumbrara más fuerte y hábil, con esperanzas.

Mientras me desperezaba, hice un recuento de lo que tenía para reconstruir mi vida desde ese punto en el que me encontraba. Tenía a mi madre y a Bárbara, a Irasema y a Claudia. Tenía mis diseños y un montón de bocetos y proyectos. Además del dinero que había ido ganando con ellos, más la importante suma que los abogados habían conseguido para mí tras firmar el divorcio como indemnización por los daños que me llevaron al hospital. También tenía una serie de clientas fijas y muchas ganas de trabajar.

Así pues, la seguridad del presente me permitiría elaborar mi propio manual de instrucciones, que me recordaría lo que valía y lo que merecía, con el que tomaría mis decisiones, pues tenía bien aprendido que detrás de cualquier elección se esconden situaciones que ni tan siquiera se aciertan a imaginar. Esa seguridad me dio la oportunidad de empezar de la mejor manera, vislumbrando un luminoso porvenir.

Una sonrisa enorme me pilló desprevenida al ser consciente de que, por encima de todo, en mi vientre se estaba gestando el motivo más grande por el que todo tendría un nuevo sentido.

En los meses posteriores, el nacimiento de mi hija fue lo más importante, perfecto y prodigioso que me sobrevino. Después de un embarazo cargado de emoción y de admiración por la vida que crecía en mí, y tras un largo y emotivo parto, me convertí en la radiante madre de Alma, una bebita hermosa, robusta y saludable.

Todavía me emociono al recordar el momento en el que por fin la pude ver, oler, besar, abrazar… Compartir con Irasema, Claudia, Bárbara y, por supuesto, con mi madre ese hermoso encuentro fue uno de los momentos más maravillosos de mi vida.

Lloraron, se abrazaron y se enamoraron por igual de ese diminuto ser que proclamaba a los cuatro vientos que no era hija del hombre con el que me había casado, pues el mestizaje bañaba su piel con un color de bronceado estival. Un diminuto ser con el que la vida me había premiado para que supiera lo que era el verdadero amor y le pusiera cara a la felicidad. Reconocí en ella mi alma y todo mi corazón.

Alma nutrió mi espíritu y lo colmó de fortaleza. Su primer balbuceo fue para apodarme mamá, una música que siempre dibujaría la sonrisa en mis labios y por la que mi mundo no dejaría jamás de girar.

Revivir con ella mi infancia me llevó a comprender lo importante que era no dejar nunca de soñar. Su espontaneidad, su frescura y su dilatada y mágica imaginación contornearon cada uno de mis avances, logros y triunfos. Aparte de convertirme en madre, Alma también me posicionó

en el lugar de la mía. Al reconocerme en ella, hermané sentimientos y valoré todo lo que había sido capaz de hacer y de sacrificar por mí. Si fue excepcional como madre, como abuela fue magnífica.

Crie a Alma como madre soltera en una época en la que la arraigada moral católica parecía más flexible. Digo que parecía porque algunas estocadas seguían siendo como machetazos. En mi caso, doblemente, con una niña que, debido a su eterno bronceado, no pasaba desapercibida en una España en la que todavía no había la multiculturalidad actual.

A pesar de esa toxicidad, Alma crecía ajena y feliz, pues no le faltaba el apoyo de una familia. Una familia que, sin la unión de la sangre, la quería de manera inquebrantable. Bárbara era su otra abuela e Irasema y Claudia sus tías, ya que vivíamos a caballo entre Madrid y Río.

Con el paso de los años, me posicioné como una empresaria de éxito. La tenacidad y la perseverancia fueron mis aliadas a la hora de conseguir todas las metas que me marcaba, que convertía en pequeñas batallas. Esas modestas victorias me ayudaban a alcanzar grandes objetivos. Desarrollé la capacidad de anticiparme gracias a la intuición que me marcaba mi vena creativa y me impulsaba a buscar más allá de lo establecido, potenciando esa imaginación y mi capacidad de trabajo, que llevaba cabo como una experta cirujana con utensilios que yo misma había diseñado para facilitar la labor de las personas que formábamos el equipo de trabajo: mamposteros de abalorios, lentejuelas, oropeles, quincallas, cuentas o bolitas para formar mosaicos, trenzados, enrejados, toda una miríada de piezas que emergían en diseños complejos y fascinantes con los que conseguía éxitos abrumadores.

En cuanto al sexo, disfruté de la pasión en brazos de algún que otro amante casual, con los que imaginaba cómo sería hacerlo con Héctor. Cuántas veces me pregunté cómo habría sido mi vida si él me hubiese encontrado cuando fue a buscarme, si en vez de casarme con Daniel lo hubiera hecho con él. Pero, por otro lado, pensaba que, de ser así, no habría nacido Alma. Entonces olvidaba esas cuestiones, pues ella era el sol maravilloso que le daba sentido a todas y cada una de las experiencias dolorosas que había sufrido, con las que aprendí a enriquecerme como persona y darle más lucidez a mi mente para construir un camino fértil en el que reafirmarme ante el mundo por encima de juicios, estigmas o comentarios compasivos.

37
Abril

Bajé la ventanilla del taxi para llenar los pulmones con el aire proveniente de las hermosas montañas de bosque tropical que arropan la gran urbe carioca. Habían pasado ocho años desde que las viera por primera vez, cuando hice ese mismo recorrido al llegar. Ocho años en los que mi mirada estaba más preparada, pues la vida se había encargado de esculpirla. Aun así, no podía evitar sentir la misma emoción atrayente, como si la ciudad tirara de mí al ver ese frondoso verdor entrelazado con los icónicos Pan de Azúcar y Cristo Redentor, con los miles de viviendas suburbiales suspendidas en lo alto de la ciudad, con la gran selva humana salpicada de coches, edificios y personas que poblaban la base de ese sueño tropical que denominan Ciudad Maravilla.

Tan solo habían pasado cuatro meses desde la última vez que estuve en Río, pero habían sido muy intensos, pues estaba inmersa en la preparación de una nueva colección. Todo un reto y, aunque se empezara a vislumbrar una gran transformación en los hábitos de consumo, los cambios sociológicos, demográficos y económicos de los siguientes años, eran complementos de moda exclusivamente para niñas, algo muy novedoso.

—Mami, crees que tía Irasema me tendrá preparado quindim.[1]

—¿Acaso lo dudas? Siempre que vienes es lo primero que te encuentras.

—Es que me encanta —dijo colocándose las manos en las mejillas con los dedillos ligeramente abiertos.

Mi madre y yo sonreímos, supongo que a las dos nos hizo gracia recordar que yo tenía el mismo carácter a su edad.

Irasema salió cuando nos oyó llegar. Sin dudarlo, Alma bajó del vehículo, seguida por mi madre y Bárbara, que no lograron acompasar su paso al de la niña. Esta corrió hasta encontrarse con los brazos de Irasema, que la rodearon con todo el cariño que esta le profesaba. Mientras Geraldo ayudaba al taxista a bajar el equipaje, yo miraba la escena agradeciendo lo hermoso que era estar con personas que te quieren.

Irasema se había transmutado en lo que hoy en día se denomina mánager y trabajaba en una gran empresa. Era la brillante encargada de mi negocio en Brasil junto con su prima Luciana, que dirigía todo lo referente al taller.

—¿Estás segura? —inquirió mi madre mientras terminaba una porción del quindim que Irasema nos había preparado como refrigerio de bienvenida.

—Sí, creo que ha llegado el momento —respondí—; además, es justo que lo sepa.

—Estoy de acuerdo —confirmó Irasema, que miraba los posos del café que acababa de tomarme.

—Irasema, ¿cuántas veces tengo que decirte que no lo hagas?

—Lo siento, está en mi genética.

La dejé por imposible con un gesto de la mano.

Tras marcar el número, las dudas me asaltaron. Después de tanto tiempo de repente no estaba segura de lo que iba a hacer o decir. Pero todo eso desapareció al escuchar su voz al otro lado del auricular, pues mi mente reprodujo toda la magia y la esencia de su excepcional rostro, ese que me ayudó a dibujar mi mapa personal con su mirada y el afecto sincero de sus palabras. Paulo formaba parte de ese territorio que conquisté.

—Hola, Paulo, soy Abril.

—Mi bello pajarillo español, ¿de verdad eres tú? —preguntó sorprendido.

—Sí.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó sin darme tiempo a decir nada más. Se notaba que era de verdad y no una fórmula de cortesía—. ¿Dónde estás? ¿No volví a saber de ti? ¿Cómo te va?

—Podríamos quedar y así te cuento.

—Por supuesto —no dudó en decir.

Acordamos un lugar y quedamos para el día siguiente. Al colgar me quedé pensativa.

—Si te sirve de algo —citó Irasema para devolverme al momento mientras señalaba la taza—, es el momento propicio.

—Irasema…

A la mañana siguiente, mientras esperaba a Paulo sentada en la arena, Alma jugaba y correteaba en la orilla del mar. Lo descubrí cuando estaba a tan solo un par de metros de mí. No había cambiado mucho desde la última vez. Nuestras miradas se cruzaron. Nos observamos el uno al otro, sin desviar nuestros ojos, hasta que me alcé para recibirlo, no sin antes vislumbrar lo que pasaba por su mente, pues la inclinación de la cabeza hacia un lado y su sonrisa lo decían todo.

—¡Estás preciosa! —exclamó desplegando todo su encanto antes de envolverme en un abrazo emocionado y sincero. Me apartó sujetándome por los brazos para mirarme de nuevo—. Siempre has sido bonita, pero ahora hay un no sé qué… Algo que te da luz.

—Y tú sigues igual de adulador —le contesté con una media sonrisa—, aunque he de decir que el tiempo te trata francamente bien.

—Mi pajarillo ya tiene garras…

—No me ha quedado más remedio que dejarlas crecer y aprender a afilarlas.

—Mmmm… Pensar en que esas garras marquen mi espalda… —argumentó mirándome como si fuera una fruta apetitosa, confirmando la atracción que nos unió en el pasado.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? —dije rogando para que no viera el rubor que me provocaba esa

mirada.

—No está en mi naturaleza —reconoció con ese tono de voz que provocaba que el vello se me erizara.

—Pues, como sigas por esos derroteros, no vamos a llegar a ninguna parte y he venido a hablar contigo.

—Está bien, te escucharé e intentaré que nada me distraiga, aunque no prometo nada.

Hice un aspaviento con intención de desviar esos instintos primarios. Él emitió una mezcla entre risa y gruñido que no dejaba dudas de lo que pensaba. Por eso, cuando volví a retomar mi vida, tuve muy presente la manera de pensar de Paulo en cuanto al sexo, tanto que disfrutaba de amigos con derecho a algo más sin juegos de sentimientos, es decir, cero compromisos.

Nos sentamos. Es curioso, pero en estos últimos años había estado tan ocupada que me había olvidado de Daniel y de toda esa bascosidad que arrastró con su marcha. Pues como los restos de una marea, Daniel se llevó todo lo malo por delante.

—A veces hay acontecimientos que acaban siendo maravillosos, a pesar de haberse iniciado llenos de miedo.

Así empecé el relato de todo lo acontecido desde nuestro último encuentro, a la par que vigilaba los correteos de Alma y observaba las reacciones de Paulo en el ámbar de sus ojos, tan iguales a los de Alma.

En el momento más duro de mi historia, mantuvo los puños apretados y la expresión sombría.

—No importaba que mi corazón estuviera hecho añicos, pues en mi interior estaba creciendo una nueva vida y la responsabilidad era enteramente mía. Discúlpame por elegir que tú siguieras con tu vida al no decirte nada.

Su mirada se suavizó.

—Entiendo perfectamente que tenías que liberar capas nadando a contracorriente entre traumas y fantasmas para superar tus miedos.

Su comprensión me transmitió lo que ya sabía, que la buena amistad no va de cuánto tiempo la compartas y de cuánto hace que conoces a esa persona, sino de aquel que llega y nunca se va.

—Tomar la decisión de seguir adelante sola me ayudó a comprender y descubrir de todo lo que era capaz. Ser madre es mi mejor logro. Mirar la cara de mi hija me convierte en una persona plena y feliz. Con ella he confirmado que existe el amor puro y sin fisuras.

—No necesitas justificar lo hecho —señaló Paulo—. Ni tu actitud ni tu comportamiento. Elegiste y estabas en todo tu derecho.

Agradecida, tomé su mano y la acuné con las mías, pues la magia de la amistad radica en saber que se lleva en el corazón.

—Paulo —dije dándole un suave apretón—, gracias a ti soy una persona plena y feliz. Tú me has enseñado los distintos caminos del amor. Me disté la oportunidad de creer, de olvidar todo lo amargo del pasado, de cambiar las cosas y de crear una vida. Mírala —señalé a mi pequeña, que

jugaba con otras niñas—, está llena de vida, es alegre, inteligente, creativa y tiene tus ojos.

La forma en la que la miró hizo que mi corazón se llenara de calor. Esa chispa picante y arrebatadora de su mirada había desaparecido y brillaba con una infinita ternura.

—Un hijo es el hecho más maravilloso que puede ocurrir en la vida. Nunca te oculté cómo vivo la mía, pero si hay algo que de verdad enorgullece mis días son mis hijos —balbuceó con emoción—. ¿Puedo ir a verla?

—Por supuesto, pero antes —dije atrayendo su mirada—, quiero pedirte que no la confundamos, tan solo tiene seis años. Te prometo que le diré quién eres cuando tenga la edad suficiente para comprenderlo.

—Lo entiendo —me rozó con los dedos la mejilla—, has sido muy valiente, pajarillo —dijo apartando un pequeño mechón de pelo de mi mejilla, que colocó detrás de la oreja—. Gracias.

—No tienes por qué dármelas —murmuré confusa, pues su mirada era la típica con la que una mujer puede perder la cabeza durante un momento de calentón.

—Ya lo creo que sí —insistió—, podías no haberme dicho nunca nada.

Sonreímos.

—Vamos —lo animé.

Alma corrió hacia mí al ver que me acercaba a ella. Extendí los brazos y ella saltó sin dudarlo. Sin perder la sonrisa, se giró curiosa hacia Paulo.

—Hola —saludó con cara angelical—. ¿Cómo te llamas?

—Paulo —respondió encantado— y yo sí sé cómo te llamas tú. Alma.

—Pero seguro que no sabes cuántos años tengo —formuló retadora, haciéndole sonreír.

—Seguro que no —respondió divertido.

—Tengo seis años —soltó mostrándoselo con los dedos.

—¡Guau, seis años! —exclamó Paulo—. Es una edad realmente importante, ya que has pasado todos los dedos de una mano.

—¡A que sí! —respondió vivaracha.

—Y apuesto a que a las niñas de seis años les gustan los helados —dijo guiñándole un ojo.

Alma abrió los suyos y asintió encantada.

Durante el resto del día, Paulo demostró que era todo un padrazo. A pesar de saber que nunca ejercería como tal con Alma, se esforzó por que ese encuentro dejara en ella una maravillosa huella.

—Me has hecho muy feliz —dijo rozando la nariz con la mía al despedirnos—, tienes una hija preciosa.

38
Abril

Los días siguientes pasaron entre trabajo y reuniones familiares, pues Claudia y los suyos se habían convertido también en parte de esa familia que iba más allá del vínculo genético, porque la auténtica unión viene del afecto y la lealtad y, aunque a veces estemos a miles de kilómetros, ese nexo es indestructible. Cuando pasó todo lo de Daniel, la excepcional ayuda de Ricardo, el esposo de Claudia, propició mi amistad con él. Por aquel entonces, con Claudia ya tenía ese vínculo irrompible, sincero, sanador y auténtico, vínculo que me regaló de manera genuina desde su primera sonrisa.

En cuanto a mi trabajo, no hay que olvidar que desde el minuto uno Claudia se convirtió en mi gran representante, pues era mi escaparate y mi relaciones públicas. Gracias a la confianza depositada en mí y en mis elaboraciones, fui capaz de recorrer un camino que no hubiera soñado.

No era la primera vez que organizábamos una exposición promocional de una de mis colecciones; aun así, el nerviosismo era inevitable. El retoque de los últimos detalles en el salón de eventos donde se celebraría la muestra me había mantenido muy atareada durante toda la mañana. Ocuparme de la colocación estratégica de cada artículo, para que destacara y transmitiera sensaciones con las que atraer las miradas, era esencial. Menos mal que Claudia había pasado a recoger a Alma con Berta y Gonzalo y que Irasema y Luciana me ayudaban con la disposición de los artículos.

—Bueno, creo que ya podemos irnos —dije analizándolo todo con ojo crítico.

—Está todo perfecto —señaló Luciana al verme arrugar la nariz.

—¿Tú crees? —murmuré.

—Por supuesto —fortaleció Irasema— y ahora vámonos a reponer fuerzas y arreglarnos para estar igual de perfectas esta tarde.

—Tienes razón, pero antes quiero daros las gracias, os merecéis un aplauso —dije palmoteando — por vuestro apoyo, esfuerzo, paciencia y comprensión, pero, sobre todo, por estar ahí y sacarme siempre una sonrisa.

—No me digas que te vas a poner sentimental —señaló Irasema cruzando la mirada con la mía.

—Es de bien nacido ser agradecido —solté elevando una ceja.

—Bien —dijo buscando la complicidad en la mirada de Luciana—, entonces nosotras queremos agradecerte esos valores tuyos que te liberan del egoísmo para tenderle una mano sincera y auténtica a unas amigas.

—Sí —aprobó Luciana—, tú nos has ayudado a darle la vuelta a nuestra vida, hemos progresado como personas y gracias a ello tenemos expectativas y recompensas.

—Vaaale —dije tragando el nudo de emoción que de repente atenazaba mi garganta—, vámonos antes de que esta exagerada expresión de sentimientos nos ahogue.

Al salir, inspiré el viento embriagador que precede uno de esos chaparrones cortos y frecuentes de los climas tropicales, ese estado de placer que me embarga en situaciones en las que me siento genuina, plena y feliz. Aceptar las emociones negativas después de haber transitado por ellas me sirvió para cultivar la positividad y crear la mejor versión de mí misma, esa que me hace sonreír cada día. Paré un taxi y, cuando me acomodé en el asiento, vi caer las primeras gotas que mojaban la calzada. Durante el trayecto, me abstraje contemplando los destellos de las luces y de los coches mezclados con la lluvia, que caía con más fuerza y vigor. A tan solo una cuadra de mi destino, el coche tuvo que parar. Atasco. Miré la hora. « Supongo que mamá y Bárbara ya habrán recogido a Alma » . Observé el exterior. Seguía lloviendo. Menos mal que el coche arrancó de nuevo, pues me estaba costando contener esa reconfortante sensación que tiraba de mí hacia la lluvia.

Cuando me bajé del taxi y Alma me asaltó con su habitual jovialidad y entusiasmo, con intención de convencerme para saltar por los charcos, no le hizo falta esforzarse mucho, aunque, a decir verdad, era algo que compartíamos siempre. Nunca le diría que no y ella lo sabía.

39
Héctor

El tiempo, el trabajo y mis múltiples compromisos hacen imposible que vea a mi hermana con la frecuencia que a ella le gustaría, así que, después de mucho tiempo sin vernos, nos pusimos al día de nuestras novedades sentados en la terraza de su casa, frente al mar. Hacía calor, pero donde nos encontrábamos corría una agradable brisa y se podía ver gran parte del paseo marítimo, que a esas horas era un hervidero de gente, miraras donde miraras.

La vida que desbordaba este punto de la ciudad no dejaba nunca de atraparme. Cariocas, jóvenes y viejos, turistas de todo tipo. Sol, chanclas, arena, música, clamores y risas, conseguían que no se perdiera detalle de cada uno de ellos; sobre todo, yo, que todavía tenía la esperanza de encontrar rondando por ahí a Abril.

Pese a los reiterados fracasos, me costaba aceptar, como un hecho irremediable, que no fuera ella la mujer que vi años atrás saltando en los charcos. Todavía no podía quitarme de encima la sensación de que era ella. Y tenía otra todavía más extraña, que ella estaba cerca de mí.

Después de que Claudia me expresara su consabido descontento por que no me quedara en su casa y lo hiciera en un hotel, me dijo:

—Me gustaría que esta tarde vinieras a un importante evento.

—Sabes que eventos, los justos y necesarios —señalé.

—Este te puede interesar…

—¿De qué va?

—Es la presentación de una colección de complementos para niñas.

—Ya veo, totalmente transcendental para mí —prorrumpí sarcástico.

—Oh, vamos, ya sé que eso no te interesa, pero ¿te acuerdas de esa amiga mía a la que fuiste a ver al hospital cuando su marido le propinó una paliza? Pues…

—Sí, la recuerdo.

« Y a lo largo de estos años ha estado en mi memoria más veces de las que podría enumerar, pues en ocasiones caía como una bruma cuando evocaba a Abril. No sabría explicar por qué, era como algo indefinible, como si las cosas encajaran, como un sentimiento agradable y a la vez perturbador, a medio camino entre la conciencia y la imaginación » .

—¿Me estás escuchando?

—Eh... sí —confirmé sin tener claro qué me estaba diciendo.

—Pues entonces allí nos vemos.

« ¿Allí dónde? » .

—Perdona, ¿dónde?

—Y decías que me escuchabas… —recriminó exasperada—. Te salvas porque llegan los niños.

Dirigí la mirada a donde ella enfocaba la suya.

—Pero qué estirón habéis pegado —les dije cuando mis sobrinos llegaron sonrientes ante nosotros.

Nos abrazamos, bromeamos y yo no dejé de agradecer cada encuentro con ellos, pues es muy hermoso saber que me quieren.

—Hola.

Algo me tembló por dentro. El dulce sonido de esa voz hizo que me girara de golpe. Una preciosa chiquilla, de nariz pequeña y respingona, de labios carnosos, me miraba esbozando una sonrisa que iluminaba sus ojos. Tragué saliva; por un instante fue como si retrocediera en el tiempo… hasta que el ámbar de sus ojos y su piel canela me trajeron de vuelta.

« Por un momento… » .

—¿Y tú quién eres? —pregunté todavía impactado.

—Soy Alma— respondió—, y yo sí sé quién eres tú.

—¿Ah, sí? —murmuré mientras delineaba con la vista su pequeña nariz que, al llegar a la punta, terminaba con una ligera y deliciosa curvita que le otorgaba el aspecto de un duendecillo.

« Estoy empezando a desvariar » .

—Sí, eres Héctor, el tío de Berta y Gonzalo.

Cuando terminó de hablar, se mordió el labio inferior y descubrí que era ligeramente más grueso que el superior.

« Definitivamente, sí » .

—Eres médico, ¿verdad?

—Sí —conseguí articular, pues su melena me creaba más confusión al ver que terminaba con unos adorables ricitos.

« Este pelo es más oscuro » .

—Pues yo de mayor quiero ser médico —dijo gesticulando con unos graciosos movimientos que me llevaron a tragar saliva de nuevo; le salían de forma natural y eran tan parecidos…—, pero de animales —concluyó con una pícara sonrisa.

« Esa sonrisa… ¡Oh, Dios! Tengo que sacarme de una vez por todas a Abril de la cabeza o perderé definitivamente el norte » .

El sonido de la pequeña carcajada que soltó a continuación me sacó de mis soliloquios; sonaba como el tintinear de unas campanillas de viento.

« Es concluyente, lo he perdido » .

—Alma, cariño —llamó Claudia—, ¿qué tal lo estás pasando?

—Genial, tía Claudia —exclamó mientras rompía a correr en dirección a mis sobrinos, que la llamaban con aspavientos.

—¿Tía Claudia? —pregunté.

—Alma es la hija de mi amiga, la de la presentación de esta tarde. Por cierto, la colección se llama Besos de Hada.

La piel se me erizó, pues esas palabras robaron toda mi atención.

—Besos de hada… —musité tocándome la mancha del cuello.

Miré a la niña de nuevo y tuve que contener el aliento cuando vi que la pequeña levantaba el delgado brazo con la delicadeza de una bailarina de *ballet* para coger el dulce que le estaban ofreciendo.

—Allí estaré —conseguí decirle a mi hermana.

40
Claudia

Cuando era pequeña, la nana me decía: « Si el destino quiere, aunque corras, pero si este no quiere, ¡ja! Ya puedes ponerte delante » .

En mi humilde opinión, creo que no es el omnipotente viento el que nos balancea, creo más bien que somos nosotros los patrones de nuestro cascarón, pues es el corazón quien decide la estela que hay que seguir mientras los brazos manejan el timón.

Pero en algunas ocasiones hay que darle un toque desde fuera, tanto al viento como al cascarón.

Besos de Hada.

¡Menudo toque! ��

41
Héctor

Con el corazón a punto de saltarme por la boca, inventé una excusa y me fui, pues se me habría hecho un mundo fingir una normalidad que estaba lejos de sentir. Sorprendentemente, Claudia no se quejó como en otras ocasiones; es más, parecía contener una sonrisa. Después no sé cuánto tiempo pasé recorriendo de arriba abajo la acera opuesta al portal de su casa, hasta que por fin vi movimiento frente a ella.

Un coche paró y de él descendieron dos mujeres. Si una era morena y de aspecto discreto, la otra era de un rubio sin distinción. No podían ser más opuestas y, sin embargo, en una segunda mirada, el absoluto dominio de sí mismas y la determinación que conformaban parecían ser un nexo común. Pero lo que atrajo poderosamente mi atención fueron los reflejos caobas del cabello oscuro. Al observar más detenidamente a su portadora, vi en el ligero dorado de su palidez el de la hermosa y delicada mujer que antaño hablaba con dulzura a Abril mientras le secaba el pelo.

¡Era su madre! ¡La madre de Abril!

Y de pronto hilé todos esos momentos que siempre habían destacado con luz propia y que nunca habían dejado de brillar, no había sido consciente de que me traían aquello que buscaba y que mi esperanza daba por perdido.

¡Tantas señales y yo sin caer en la cuenta! A pesar de que estaban claramente delante de mí, no había sido capaz de darles el valor necesario para descifrarlas.

Al rato, Alma y las dos mujeres subían al coche que esperaba frente al portal.

« Más allá del parecido físico —me dije prestando atención a la niña—, lo que la mimetiza con Abril son los gestos, la manera de hablar y, sobre todo, la sonrisa y el sonido que sale de ella » .

Paré un taxi.

—Siga a ese coche.

El taxista me miró de tal forma que por un momento me sentí como en una película. ¿Quién no ha visto alguna en la que alguien monta en un taxi y le grita al conductor esa frase?

—Le daré una buena propina si no lo pierde de vista —me escuché decir rematando así la escena.

« ¿Y si ella no compartía mis sentimientos? ¿Y si lo que sentimos se había diluido con el paso del tiempo? » .

Pensar la situación de forma lógica estaba afectando mi estabilidad emocional, pues la relación

que había proyectado desde siempre con Abril me mostraba de repente vulnerable. El anhelo y la expectativa me hicieron dudar y alargaron esta agonía durante la persecución.

Cuando el coche paró frente a un edificio residencial, el taxista hizo lo mismo a una distancia prudencial. Esperé a que las mujeres bajaran del coche junto a la pequeña. La niña no paraba de hablar. Era tan espontánea y colorida como la niña que yo conocí, un alma pura que volaba sin cadenas ni grilletes. Antes de que entraran en el portal, llegó otro taxi. La niña se giró al oír el sonido. Fijó la mirada en el interior y sus ojos se abrieron dichosos antes de dibujar una radiante sonrisa.

La niña corrió hacia el automóvil. Sentí que se me aceleraba la respiración y el latido se disparaba cuando vi a la mujer que descendió de él. Una agradable y expansiva emoción me embriagó.

Era más hermosa de lo que había recordado. Sin poder evitarlo, le di un repaso de arriba abajo. Reparé en sus largas y curvilíneas piernas, en el esbelto cuerpo que se descubría bajo la ropa, en su frondosa melena, que ondeaba orgullosa con el mismo castaño cobrizo de antaño y en su carnosa boca, cuyo labio inferior era como recordaba, ligeramente más grueso que el superior.

« Incitaban a morderlos, a hacerlos míos... » .

Totalmente hipnotizado, pagué al taxista sin perder de vista a la niña, que agarraba a su madre de la mano a la vez que gesticulaba de una manera encantadora, persuadiéndola con unos adorables mohínes.

Una vez engatusada, Abril, que ya nada tenía de criatura, pues se había convertido en una bellísima mujer que me estaba provocando un cúmulo de sensaciones, correteó calle abajo junto con su hija, con una hermosa sonrisa, sin esquivar los charcos y con la misma libertad de aquel lejano día. Saltando, explorando hasta dar con un gran charco para comenzar una aventura. Cuando lo encontraron, se pararon en el borde y contaron hasta tres antes de saltar dentro con ambos pies. Chapotearon, saltaron y rieron.

Fascinado, no podía dejar de mirar. La alegría era tan contagiosa que, sin darme cuenta, me vi caminando hacia ellas.

De repente, la ansiedad se adueñó de mí. Mi corazón galopaba y cientos de mariposas ocuparon mi estómago. Temí precipitarme, temí perderla.

Y de pronto esos preciosos ojos negros, grandes y brillantes, esos con los que tantas veces había soñado y que con los años habían aumentado su atrayente poder de seducción, se encontraron con los míos y…

Sucedió de nuevo. Fue como si una fuerte ráfaga de viento, etérea pero magnética, golpeara en ese radiante momento para dejarnos sumidos el uno en el otro. El tiempo se paró durante unos segundos. En ese corto espacio, el mundo dejó de existir a nuestro alrededor. Mi corazón vibró con una fuerte sacudida de sentimientos, como en un perfecto *collage*, con la visión de la imagen actual, que despertaba todo un universo, pues ella no era solo el enamoramiento y la idealización de un primer amor. Ella era la certeza, ella era desde siempre. En su mirada se habían concretado tal cantidad de sentimientos que en ese instante me parecía que estaba en el paraíso.

Elevó el brazo de la misma manera, delicada y pausada, de la primera vez. Después movió los

dedos para que fuera hacia ella. Con una voz que calaba todavía más hondo, encandilando mi oído como el dulce llamado de una sirena, dijo:

—Ven, salta conmigo.

Me sentí tan familiarizado con ese instante que mi corazón convulsionó desaforado.

—Siempre.

42
Abril

En el instante en el que nuestras miradas se encontraron, el tiempo se congeló. Mis latidos se aceleraron con un renovado vigor cuando reconocí su rostro, sus ojos, su boca y esa pigmentación, ligeramente más oscura que la piel tostada por el sol, de un cuerpo que ya nada tenía que ver con el de aquel chiquillo desgarbado, de ojos aniñados y circunspecto. Héctor era alto, esbelto y con una buena complexión muscular que le daba un aspecto atlético y muy atractivo.

Estaba claro que nuestros corazones habían decidido hacía mucho tiempo. Pero primero tuvimos que crecer, conocer a otras personas, vivir experiencias y aprender de ellas para convertirnos en las personas que éramos.

Por fin había llegado nuestro momento.

—Ven —dije persuadiéndolo a la par que movía la mano—, salta conmigo.

Mi corazón temblaba; por un momento creí que su ensordecedor sonido se oía con cada paso que daba mi príncipe troyano para acortar la distancia.

—Siempre.

Sobre la autora.

Nací en Madrid, un día siete de… hace mucho. Casada, también hace… mucho. Madre de un hijo y una hija. Aparte de ejercer de madre y esposa, he trabajado en la decoración y el diseño de interiores en una tienda de muebles e interiorismo. Apasionada de las novelas de todo tipo, siempre he encontrado un ratito para perderme entre sus páginas.

Ahora, en una etapa de la vida donde la rutina ha cedido su lugar a la libertad y la exploración, me dedico a disfrutar de los pequeños placeres y momentos mágicos que la vida me brinda. Sin ataduras de horarios ni imposiciones, tengo el lujo de valorar cada instante y dedicarme a lo que me divierte. Inventar ficciones y dejarlas por escrito es una de esas cosas. El día que ya no me complazca hacerlo, lo dejo. Así que, mientras que disfrute escribiendo, seguiré haciéndolo.

Como a la gran mayoría de la gente me gusta viajar. También el cine, los paseos, el chocolate, las palomitas y el helado y, por supuesto, me encanta la lectura de la misma manera que imaginar historias. Como la trilogía, PERO TE GUSTO, que ha capturado el corazón de muchos lectores y que está disponible en Amazon, para llevarte a un mundo de romance ardiente.

---

[1] Dulce tradicional del noroeste de Brasil a base de yema de huevo, azúcar y coco rallado.